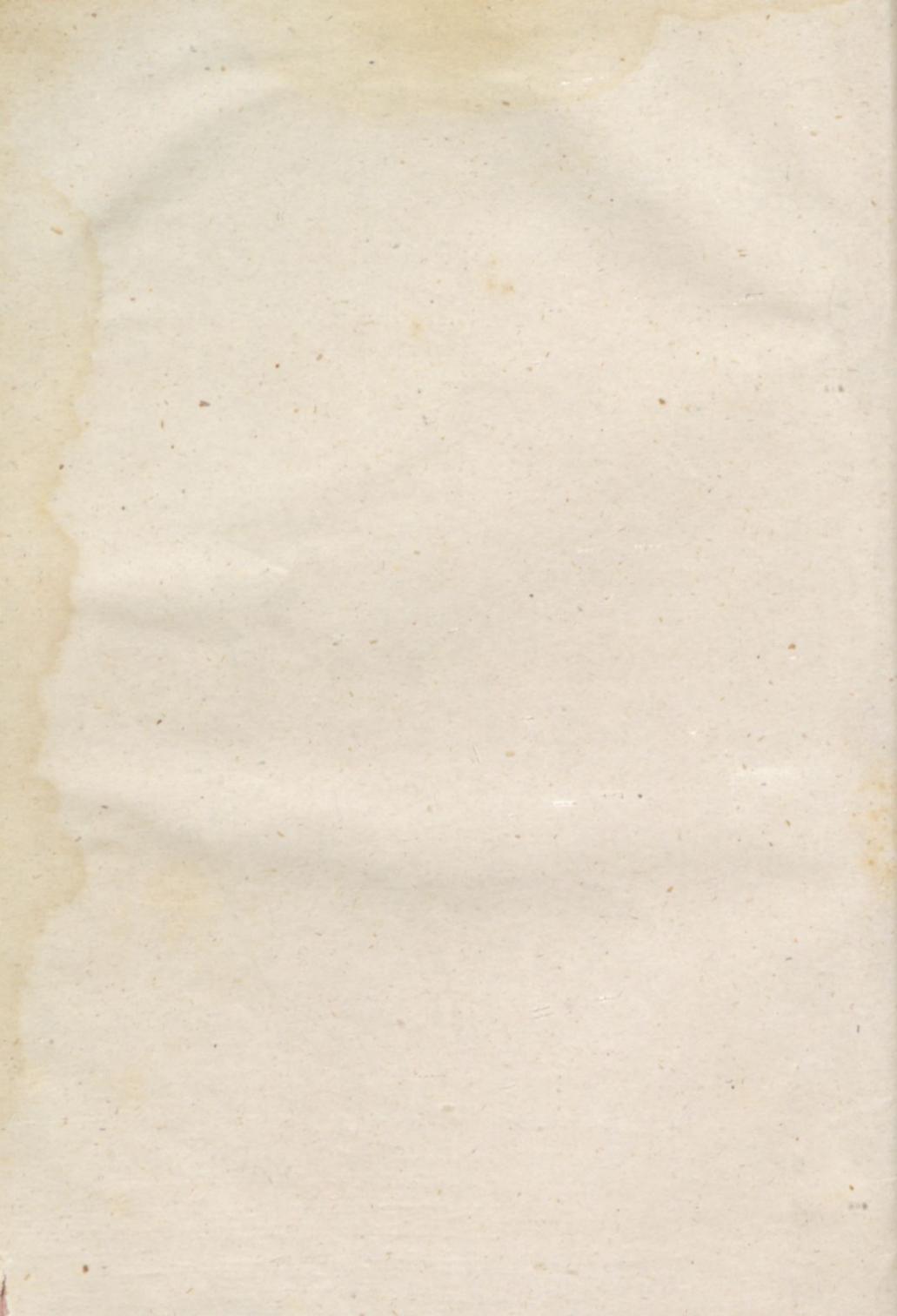


~~ANT~~

XIX

861



R-43.558



DOS CUÑADAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

FRANÇOIS MARTEL

TRADUCIDA Y ADAPTADA

POR

DOS CUÑADAS.

TOMO I.

SEVILLA - 1859.

Imprenta de José Gómez, editor, calle de la Muela,

núm. 32.

DOS CURADAS.

16 cms.

R-43.556

DOS GUÑADAS.



NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR M. ARNAUD.

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. F. C. C.

TOMO I.

SEVILLA.—1850.

Imprenta de José Gomez, editor, calle de la Muela,
núm. 32.



12-4-81
1850-1851

DOS CUÑADAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR M. A. R. I. A. U. D.

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR



TOMO I.

SEVILLA.—1850.

Imprenta de José Gómez, editor, calle de la Muela,
núm. 32.

Una defunción.

DECLINABA el sol hácia el horizonte, y sus resplandores teñían de púrpura la superficie de las verdes colinas que circundan el valle de Meudon. La atmósfera presentaba esa agradable transparencia que dá á los paisajes del Mediodía una suavidad de tonos tan delicada, y bajo la influencia de un hermoso día de primavera, el cielo triste del Norte se cubría de una tinta roja y azulada, como en los países en que florecen los limoneros y en que los pinos y los negros sicómoros entregan á las blandas brisas de la tarde su frondoso ramaje.

Antes que el sol hubiese acabado de arrojar sus últimos destellos, la puerta de una de las risueñas casas de campo, cuyas blancas fachadas

se destacan del sombrío verdor del bosque de Meudon, se abrió de par en par y un criado sacó fuera de ella un sitial, dejándole á poca distancia. Un hombre envuelto en una ancha bata y apoyado en el brazo de una jóven se adelantó lentamente pasados algunos minutos, y despues de dar unos cuantos pasos por el terrado que habia delante de la casa, se dejó caer estenuado de fatiga sobre el sillón, y reclinando su cabeza en el respaldo, cerró los ojos y se quedó inmóvil, como para reponerse de un cansancio superior á sus fuerzas. La jóven, despues de haber cruzado la bata sobre el pecho del enfermo, permaneció en pie al lado suyo, águardando con ansiedad á que saliese de la especie de desmayo en que tan corto paseo le habia sumerjido.

No pasaba aquel hombre de la edad madura; pero las líneas de su semblante, alteradas por una estremada falta de carnes, eran angulosas como las de la cabeza de un anciano. Sus cabellos, negros y lasos, estaban pegados á sus hundidas sienes, y sus ojos, cuyos delgados párpados tenian una azulada transparencia, estaban casi enteramente ocultos bajo sus órbitas, que formaban un semicírculo prominente en aquel rostro descarnado. Su cuerpo, sepultado entre el algodón y seda de una ancha bata, no era mas que un amazon de huesos, y sus largas y pálidas manos, que reposaban estendidas sobre las rodi-

llas, tenían los diáfanos matices de la cera. Su rostro, en que la enfermedad y el sufrimiento habían in.preso sus terribles huellas, formaba un doloroso contraste con el de la jóven, que, reclinada á la sazón sobre el sillón, esperaba con impaciencia que el enfermo volviese á abrir los ojos.

Era aquella jóven de elevada estatura, y sus formas, bastante pronunciadas, aunque finas y esbeltas, indicaban una vigorosa organizacion y una salud lozana. Su tez tenía esa pureza y ese tinte sonrosado que dá á un rostro de diez y seis años un colorido tan suave como armonioso; y la juventud, la fuerza y la vida rebosaban, por decirlo así, en aquella hermosa criatura, cuyas facciones tranquilas y encantadoras parecían reflejar la serenidad de un alma en que aun no ha bramado la tempestad de las pasiones. Tomó entre sus manos suaves & frias la mano calenturienta del enfermo, y cuando este dirigió hácia la jóven su amortiguada pupila, le habló aquella en estos términos:

—¿No es cierto que te encuentras mejor aquí, amigo mio?

—Sí,—respondió el enfermo con voz débil, y reanimándose por un esfuerzo de su voluntad;—sí, me siento mucho mejor... La atmósfera de mi cuarto es la que me causaba aquellas opresiones.

Y volviendo el rostro hácia el lado de donde

soplaba el viento, á fin de aspirar la frescura que despedía el bosque, añadió:

—Mañana quiero ir allá, debajo de los árboles... ¡Se respira allí con tanta libertad!... Mañana estaremos á primero de mayo, ¿no es verdad, Felicia?

—Si, amigo mio, el mes de Maria,—respondió la jóven, á cuya memoria se ofreció entonces el recuerdo de la vida de sus primeros años:—este es el mes que mas nos gustaba en el convento, porque los rosales del jardín estaban todos cubiertos de flores y podíamos hacer diariamente ramilletes para la capilla.

Al decir estas palabras, dejó escapar un suspiro y calló; pero siguió pensando en los dias tranquilos de su infancia, sin soltar la mano de su esposo, que habia cojido entre las suyas.

—Hoy apenas he sufrido nada,—repuso el enfermo, reprimiendo una tos seca:—me encuentro muy bien... y dentro de pocos dias podremos volver á París... ¿Te parece bien, Felicia?

—Perfectamente!—replicó con viveza la jóven:—puede que entonces te decidas á consultar á los médicos. ¿Sabes, amigo mio, que tu obstinacion sobre este punto me ha causado varias veces sérias inquietudes?... Hoy mismo me parecia que estabas peor; ¡mira qué simpleza!... cuando indudablemente estás mucho mejor; no hay mas que mirarte para conocerlo.

— Con efecto, los últimos rayos del sol, derramando un tinte rosado sobre el semblante del enfermo, le hacian perder en cierto modo el matiz lívido y parduzco de su piel, y parecia que la sangre, circulando nuevamente bajo aquella árida epidermis, volvía á dar alguna animacion á aquel pálido rostro.

— ¡Cuánto me alegro de haberme asustado sin motivo!— continuó diciendo la jóven, sentándose sobre un taburete á los pies del enfermo y apoyando su cabeza sobre el brazo del sillón con un abandono infantil.— Ahora voy á descansar un poco, si me lo permites, querido Pablo, y hablaremos....

— Si, habla, hija mia, —respondió el enfermo, aplicándose el pañuelo á la boca para contener un nuevo acceso de tos.

— Formemos proyectos, —añadió la jóven, cerrando los ojos como para recojer su pensamiento y reunir todos los recursos de su imaginacion;— pero proyectos magníficos.... Voy á ver si me acuerdo de todos los que hacia en el tiempo en que era tu pupila. En primer lugar, mi querido tutor.... quiero decir, mi querido esposo, nos estableceremos en cualquier poblacion, y no viviremos enteramente aislados, porque procuraremos relacionarnos en la sociedad.

— Precisamente es esa mi idea, —dijo el enfer-

mo con voz débil, pero con acento animado:—
 tan luego como me restablezca, te presentaré en
 esa sociedad en que estás llamada á vivir. Hasta
 ahora, querida Felicia, no has tenido ocasion de
 apreciar la feliz posicion en que el cielo nos ha
 colocado. Soy rico, y tú no has disfrutado aún de
 nuestros bienes: tienes designado un puesto en la
 alta sociedad, en la que yo he vivido siempre, y
 no le has ocupado todavia. ¡Qué alegría para mí
 la de proporcionarte en cierto modo toda clase de
 comodidades! ¡Con qué impaciencia aguardo el
 dia en que te presente por primera vez en un
 baile...! Vamos! no creas que tu anciano marido,
 aunque de treinta y siete años, haga en ello un
 sacrificio, pues á mí me gustan tambien la socie-
 dad y las diversiones.

—Y acaso mas que á mí, que nada de eso co-
 nozco, sinó por las relaciones que me has hecho,
 —repuso alegremente la jóven;—pero puesto
 que eres tan mundano, me resignaré á ir al bai-
 le todos los dias. Conque hé aquí ya nuestros pro-
 yectos bien combinados: dejaremos esta soledad
 para que vuelvas á ver á tus amigos, y pasare-
 mos el verano pensando en cómo establecernos
 en el invierno próximo. Cuando nos canse el bu-
 llicio de París, vendremos á respirar aquí por un
 dia ó dos, trayendo siempre en nuestra compa-
 ñía algunas de las personas que tratabas con inti-
 midad en otro tiempo, tales como tu hermana....

—Mi hermana! No hablemos de ella,—replicó con mal humor el enfermo;—no quiero volverla á ver.

—Oh! ¡qué injusticia!—esclamó la jóven.

Pero despues, sintiendo haber suscitado una cuestion enfadosa, y deseando distraer á su marido de aquel pensamiento, añadió, levantándose con viveza y corriendo al otro extremo del terrado:

—Amigo mio, un pájaro gorjea en aquel vallado de murta... y es un ruisenor... Todavía no le habíamos oido cantar este año, y sin duda lo hace ahora para saludar el hermoso mes de mayo y la serena noche que se presenta.

Subió, al decir estas palabras, al pretil de mármol que circundaba el terrado, y recorrió con la vista el paisaje medio oculto por el crepúsculo, que sucedia rápidamente á la última claridad del dia. Los rojos destellos de sol acababan de desaparecer, las estrellas iban mostrándose en el manto azul del cielo, y una brisa juguetona robaba á las flores del campo sus agradables perfumes. Aspiró la jóven por un momento aquel balsámico ambiente, y despues volvió al lado del enfermo, fijos sus ojos en una flor que se estaba colocando en el pecho. Cuando estuvo en frente de él, levantó sonriéndose la vista; pero aquella sonrisa desapareció muy pronto, y la palabra que iba á pronunciar espiró en sus lábios. Habíase amorti-

guado la animacion de aquel rostro, á que el astro vivificador prestó por un momento los colores de la vida; la lividez tomó nuevamente posesion de él, y los mustios párpados volvian á caer sobre aquellos ojos fijos y medio abiertos.

—Amigo mio,—dijo la esposa con una ansiedad, que trataba en vano de disimular,—temo que la frescura de la noche no te sea provechosa...

—Sí,—respondió con voz débil el enfermo,—tengo frio... recojámonos.

Trató de levantarse; pero sus piernas se doblaron, y volvió á caer sobre el sillón, barbotando:

—El fresco de la noche me hace daño... mejor estaré en mi cuarto.

—Entremos, pues, cuanto antes en él,—repuso la jóven.—Luis, Antonio!—añadió, gritando para llamar á los criados.

Llegaron estos y llevaron el sillón, arrastrado suavemente sobre sus ruedas, á un aposento del piso bajo, que era el del enfermo, y en el que se hallaba ya todo dispuesto para que este se acostára.

El aspecto de esta habitacion, sin tener nada de lúgubre, era triste en extremo. Un pálido fuego ardia en la chimenea y las ventanas estaban cerradas, como si el viento helado de enero hubiese zumbado detrás de los vidrios. La lampa-

rilla, ya encendida, derramaba su trémula y débil luz sobre un velador cubierto de redomas, en el que habian colocado un termómetro y un reloj de instantes fijos.

En el momento en que el enfermo entraba de vuelta de lo que él llamaba su paseo, hallábase una muger de unos cuarenta años de edad en pie delante del velador-botiquin, ocupada en preparar una pocion calmante.

—Os encontrais acaso peor?—le preguntó esta muger con ansiedad al enfermo, acercándose á él.

Hízole este señas de que se tranquilizára, y despues, sintiendo un fuerte estremecimiento, dijo:

—Casi hace aqui tanto frio como allá fuera... Ya vuelve otra vez á acometerme la opresion... Por fuerza es una enfermedad nerviosa....

—Dorotea, traedme el calmante, —dijo la jóven, arrodillándose junto á su marido para presentarle la bebida.

Tomó este un sorbo, y se durmió á muy poco rato sobre la almohada que uno de los sirvientes habia colocado debajo de su cabeza. Entonces la criada invitó con un movimiento de inquietud á su ama para que pasára con ella al salon, y en él dijo:

—Dispensadme, señora; pero no puedo menos de haceros presente que la enfermedad del amo va de mal en peor.

—Ay, Dios mio! harto lo veo,—respondió tristemente la jóven;—pero qué he de hacer?

—Llamar a un médico.

—A un médico? Ya sabeis, buena Dorotea, la aversión que manifiesta M. de Clavieres á todo lo que se asemeja á una consulta... Un solo hombre hay de quien admitiria gustoso los cuidados, no por su cualidad de médico, sinó por la de amigo; pero desgraciadamente M. de Ramsay está á doscientas leguas de aqui. Por un estraño capricho de enfermo, mi esposo no ha querido escribirle el estado en que se halla, y yo no me he atrevido á hacerlo.

—Pues yo sí,—repuso la criada.—Me he adelantado á dar ese paso, segura de que no dejará de merecer vuestra aprobacion.

—Oh! sí por cierto,—contestó la jóven.—M. de Ramsay nos profesa tan grande amistad, que no dudo de que vendrá... Y hasta me atrevo á decir que vendrá aparentando no saber nada, como para causarnos una sorpresa.

—¡Quiera Dios que no llegue demasiado tarde!—esclamó la criada,—pues tiene esta noche el amo un semblante que infunde miedo.

—Pero no hay hasta ahora el menor peligro,—replicó la jóven, queriendo tranquilizarse á sí propia;—no, gracias á Dios, no le hay todavía... No hace mucho me hablaba como de costumbre, y estaba muy contento y animado, formando con-

migo mil proyectos... Sin embargo, daria de buena gana diez años de mi vida porque estuviese aqui mañana M. de Ramsay.

—Pues no seria eso extraño, porque me he tomado la libertad de decirle que vos estábais sumamente inquieta y que solo su presencia podria tranquilizaros.

—Y asi es la verdad. Pero ¿por qué no me lo habeis comunicado antes, buena Dorotea?

—Porque no sabia si lo aprobaríais enteramente; y como el amo se hallaba mejor estos últimos dias, no me parecia que estábais con tanto cuidado que fuera preciso decíroslo.... Hoy, que os veo tan angustiada, espero que me perdoneis este exceso de celo.

—No solo lo perdono, sinó que lo agradezco con todo mi corazon.... Oh! sí, habeis hecho muy bien en escribir á M. de Ramsay.... Lo que me infunde ahora mas pavor es el aislamiento en que estamos... ¡Dios mio! ¿es posible que se pase asi en un momento de la seguridad mas completa á un estado de temores mortales?... Acaso debiera, mientras llega M. de Ramsay, enviar á buscar un médico á Paris y consultarle... aun cuando no fuera mas que para oirle decir que soy una loca en asustarme de este modo.

—Segura estoy de que el amo no querrá recibirle,—replicó Dorotea;—pero yo sabré hacerle una relacion tan esacta, que, aun sin haber visto

al enfermo, podrá deciros cosas que os sirvan para vuestro gobierno.

—Sí, sí,—añadió madama de Clavieres;—que vaya Julian al momento.

—Escuchad, señora,—dijo la criada, prestando atencion:—me parece que oigo el ruido de un carruaje.... Será ya M. de Ramsay? Se me figura imposible.

Las dos mujeres corrieron al terrado.

Con efecto, se acercaba á todo escape un carruaje, en el que, á la luz que despedian sus faroles, se distinguia el vestido galoneado y el reluciente sombrero del postillon.

—Es una silla de posta!—esclamó la jóven con mucha alegría.—Ah! nuestro buen amigo no ha titubeado un solo instante; ya le tenemos aquí.

—Al fin podremos saber á qué atenernos,—barbotó Dorotea.—Ya está en casa el médico; ¡quién sabe si mañana tendremos que llamar al escribano!

Un minuto despues dió la silla de posta la vuelta al terrado y se detuvo delante de las gradas; pero, antes de que bajasen el estribo, se adelantó la jóven hácia la portezuela, y tendiendo sus dos manos al hombre que estaba aun sentado en el fondo del empolvado carruaje, exclamó:

—Doctor!

—Querida Felicia!... Señora!—contestó con

acento conmovido el recién llegado, besando las manos de madama de Clavieres, que se habían dirigido en busca de una de las suyas.

Apoyándose en seguida en el hombro del criado que había abierto la portezuela, bajó trabajosamente de la silla de posta y empezó á caminar con ayuda de un baston, que podia tambien llamarse muleta. No era, sin embargo, de avanzada edad, pues su hermoso y apacible semblante no representaba arriba de treinta años; pero aun cuando de elevada estatura, estaba enormemente grueso y cojeaba mucho.

—Y nuestro enfermo?—preguntó, subiendo lentamente las gradas del terrado.

—Ya se me figura que está bueno, puesto que os veo aqui, doctor,—respondió la jóven;—pero no hace un momento que me hallaba bien triste y acongojada...

—Será preciso avisarle inmediatamente de mi llegada.

—Al instante, doctor. ¡Qué sorpresa tan agradable va á tener! Estoy segura de que vuestra presencia será el remedio mas eficaz para su enfermedad.

Hablando de este modo entraron ambos en la sala que precedia á la habitacion del enfermo, y conduciendo la jóven al médico hácia una silla, añadió en voz mas baja:

—Descansad aqui, querido doctor, pues debeis

estar muy cansado. Dorotea va á dar las órdenes convenientes para que os dispongan una habitacion, y os prevengo que no os recibo por menos de un mes.... Esta es una condicion indispensable.... Oh! si supiéseis cuán dichosa soy con volveros á ver!

Al pronunciar estas palabras, le apretó la mano por segunda vez, y se dirigió con lijero paso al cuarto de su marido, á fin de avisarle la llegada de M. de Ramsay.

Este, que habia quedado solo por un momento en la habitacion, dirigió en torno suyo una mirada melancólica, y echando un profundo suspiro, descansó su frente sobre sus dos manos, que tenia apoyadas en el baston; pero reprimiendo casi al punto sus dolorosas impresiones, medio cerró sus ojos, entregándose á pensamientos al parecer mas tranquilos.

Entró Dorotea un instante despues con el aire de importancia y algun tanto familiar de una criada de buena casa que ha visto nacer á las personas á quienes sirve.

—Ah, señor doctor!—esclamó, levantando los ojos al cielo,—¡ya era tiempo de que viniéseis!... La señora no se hace cargo de lo que puede suceder, y únicamente se acongoja; pero sin prevision.... Yo, por el contrario, estoy temblando... Cuando una ha llevado el peso de una casa por mas de veinte años, conoce muy bien lo que

interesa á los amos.... Por eso me he tomado la libertad de escribiros, señor doctor....

—A dónde querrá venir á parar?—se preguntó á sí mismo el médico.

Pero antes de que hubiese tenido tiempo de pedir la esplicacion de aquellas palabras, entreabrió madama de Clavières la puerta y dijo á media voz:

—Está descansando, doctor, y no me atrevo á despertarle... Entrad, sin embargo, á verle...

Estaba sentado aún el enfermo, ó mejor dicho, tendido en su sillón. Descansaban sus pies sobre un ancho almohadon, y tenia la cabeza como sepultada en la almohada que habian colocado á toda prisa debajo de ella para sostenerla. La llama de la chimenea arrojaba por intervalos sobre sus facciones una viva luz, y no es posible describir con palabras el efecto que producian aquellos súbitos resplandores en aquel lívido semblante: parecian siniestros relámpagos que iluminaban una de esas lúgubres efigies que los estatuarios del siglo XV colocaban sobre las tumbas, pues el mármol no puede presentar tonos mas frios y apagados que los de aquel rostro, cuyos puntos prominentes reflejaban otros tantos matices lustrosos y amarillentos.

La tupida alfombra que cubria el suelo apagaba enteramente los pasos, y ni el mas ligero ruido podia hacer sentir la presencia de las perso-

nas que entraban en el aposento. Dirigió M. de Ramsay una mirada en torno suyo, y se fué acercando con precaucion, mientras que la jóven le mostraba una silla al lado del enfermo y se sentaba tambien junto á su marido.

Dorotea, en pie detrás de su ama, observaba con curiosa inquietud todo cuanto estaba pasando.

El médico fijó la vista en su amigo, apoyó ligeramente el dedo índice sobre el brazo izquierdo de este, que se estendia inerte sobre el cuerpo, y bajando la cabeza, pareció meditar; pero su fisonomía permaneció serena é impenetrable, y las dos mujeres trataron en vano de adivinar sus temores ó su confianza á través de la gravedad de su reposado semblante.

Hubo un momento de silencio, durante el cual no se oyó otra cosa que la respiracion corta y precipitada del enfermo: poco despues el médico se levantó é hizo seña á la jóven de que le siguiese. Abandonó esta su silla, é invitando con una mirada al ama de llaves á que la reemplazase, y encomendando por un gesto el silencio al criado que atizaba el fuego, pasó á la pieza inmediata.

—Vamos, doctor,—dijo con viveza,—no está e cuidado, ¿no es verdad?

Y como el médico titubease en responder, añadió con un terror súbito y una agonía cada vez mayor:

—Pero veo que no estais enteramente tranquilizado. ¿Es acaso el peligro mayor de lo que os habíais figurado? Decidme, doctor, en nombre del cielo, qué debo temer y qué puedo esperar.

—Nada, querida Felicia,—respondió el doctor, con lágrimas en los ojos;—á mi pobre amigo no le quedan quizás sinó muy pocas horas de vida.

Lanzó la jóven un grito sofocado, y prorumpiendo en amargos sollozos, se dejó caer sobre una silla: habíale afectado tan vivamente las palabras del médico, que no habria experimentado mayor sorpresa, desesperacion y terror, si su marido hubiese caido muerto de un balazo á sus pies.

Casi al mismo tiempo salió Dorotea de la habitacion, y viendo á su señora anegada en lágrimas, preguntó:

—Conque el amo está peor?

—Su agonía principia en este momento, y es preciso alejar á su mujer,—contestó el médico en voz baja;—yo velaré con vos en esta triste noche... sin duda la última.

—Qué desgracia!—esclamó el ama de gobierno con todas las demostraciones de un dolor hipócrita y llevándose el pañuelo á los ojos, que permanecian no obstante enjutos.—¡Conque mi pobre amo se encuentra en el artículo de la muerte!... ¡Ah, si lo hubiésemos sabido antes!... Pero todavia no será tarde, señor doctor: será pre-

ciso que nos demos prisa, ¿no es así? El tiempo urge, y voy á mandar llamar á un escribano....

—Un escribano! ¿y para qué?—preguntó madama de Clavieres, levantando su rostro, bañado en lagrimas.

—Para qué ha de ser! para que el amo haga testamento antes de morir,—respondió con animacion Dorotea.—El pobre señor jamás ha pensado en ello, ¡tan lejos se creia de semejante trance!... y si ahora entrega su alma á Dios sin haber hecho sus disposiciones, su hermana es quien le hereda.

—Asi es, Felicia mia,—añadió el médico, afectado con estas últimas palabras:—os habeis casado sin llevar dote, sin haber estipulado pension alguna de viudedad.

—Y la muerte del amo dejaria á la señora sin un sueldo siquiera; lo sé muy bien,—continuó el ama de gobierno con enerjía:—su tío, que ha sido su tutor, la amaba tiernamente, y despues de haberla dado una brillante educacion, la tomó por esposa, sin prever que la dejaria viuda en la flor de su vida y sin pensar siquiera en asegurarla su porvenir. Pero yo tengo bien conocidos sus deseos. Muchas veces me ha dicho: «Mi buena Dorotea—(el ama de llaves se apretaba el pañuelo contra la boca, como para sofocar los sollozos),—tengo veinte años mas que mi mujer, y es natural que esta me sobreviva: pienso legarle

la mejor parte de mis bienes.» Sí, esto es lo que me ha repetido mas de una vez, y estoy segura de que ahora no titubeará en lo que ha de hacer... En cuanto conozca que se acerca el fin de su vida, preguntará por el escribano.... Voy á mandarle llamar ahora mismo.

—Es inútil,—replicó la jóven con tono resuelto:—nada tiene que hacer aquí.

—Cómo? señora!—esclamó Dorotea, que no era capáz de comprender el desinterés y la abnegacion que habian dictado aquellas palabras.

—Reflecionadlo bien, pues os va en ello nada menos que vuestro porvenir,—añadió el médico.

Esta terrible situacion reveló repentinamente á madama de Clavieres cosas en que jamás su imaginacion se habia parado, y aunque hasta entonces frívola é indiferente, halló en su corazon sublimes pensamientos y una jenerosa é irrevocable resolucion.

—Pues qué!—repuso con vehemencia,—habia yo de manifestar á mi marido por heredar parte de sus bienes, que su muerte estaba próxima? ¿Habia de decirle: ha llegado tu última hora... piensa al abandonarlo todo en dejarme á mí poderosa? ¿Habia de marcarle su postrer momento y verle impasible ajitarse entre las convulsiones de la agonía y entre los horrores de este terrible tránsito, que se halla próximo á pasar

sin sentirlo apenas?... Oh! si cediendo á sujes-
tiones interesadas llegase á cometer accion tan
villana, los remordimientos emponzoñarian el res-
to de mi vida, y no podria disfrutar de un caudal
adquirido á costa de las angustias, de los terro-
res, de los pesares y tormentos de mi desgra-
ciado esposo. El cielo no me ha concedido el tiem-
po suficiente para hacer dichosa su ecsistencia;
pero considero un sagrado deber el procurar que
su muerte sea tranquila.

—Teneis un corazon jeneroso y un alma lle-
na de nobleza, Felicia,—dijo conmovido el mé-
dico.—Ya yo lo sabia.

—Mi ama está loca!—decia para sí el ama de
gobierno.

—Hija mia!—añadió el doctor,—acaso podrian
evitarse con alguna prudencia el pronunciar las
terribles palabras de disposicion testamentaria.
En esta clase de enfermedades los moribundos
conservan sus facultades intelectuales hasta el úl-
timo momento: cuando vuestro marido vuelva
del letargo en que se halla sumerjido, me oirá,
me hablará, y entonces podré hacerle presente...

—Oh! no le digais ni una palabra, no hagais
ni una alusion siquiera al particular; os lo ruego
encarecidamente,—repuso madama de Clavieres,
interrumpiéndole.—Comprenderia demasiado bien,
pues le conozco bastante. La idea de la muerte es
horrible para él, y jamás se ha detenido en ella.

¡Era tan dichoso!... ¡le parecía la vida tan dulce!... ¡Cuántas esperanzas, cuántos proyectos mueren con él! Oh! ¡Dios mio, que ignore hasta el último instante que va á abandonarnos!

—Pero, señora, ¿sabeis el precio á que vais á pagar la tranquilidad de sus últimos momentos? —preguntó Dorotea, fuera de sí.—Pues os cuesta mas de un millon...

—Si fuera posible, la pagaria con mi propia vida,—respondió la jóven.

—Pero vais á sacrificar nada ménos que vuestra ecsistencia entera,—continuó el ama de gobierno:—mañana os despertaréis privada de todo y mas pobre aun que yo... La señorita de Clavieres va á ser su única heredera... ese monstruo, como la llaman. Oh! señora, no puedo consentir en que os arruineis de esa manera.

Dió un paso, al decir esto, hácia la alcoba; pero interponiéndose su ama entre ella y la puerta, le dijo con una dulzura mezclada de dignidad:

—No, Dorotea: vos os quedaréis aqui, velando con los criados. Que nadie entre sin mi permiso ó el del señor doctor.

Y dirijiéndose hácia la puerta, la abrió: en el momento de penetrar en la fatal habitacion, se detuvo estremecida de horror, pues donde habia creido dejar un enfermo, halló un moribundo en la agonía. El médico la sostuvo y la hizo entrar, despues de lo cual cerró tras sí la puerta.

—Esa mujer ha visto, por decirlo así, nacer á vuestro marido,—le dijo, escuchando con ansiedad á Dorotea, que estaba sollozando y hablando en voz alta en la pieza inmediata:—acaso tenga interés en que vuestro esposo haga testamento, y no sería extraño que, á pesar de vuestras órdenes, se atreviese á entrar aquí esta noche....

—Yo sabré impedirlo,—repuso madama de Clavieres, corriendo el cerrojo;—no se acercará á este lecho de muerte.

La ternura, el reconocimiento y un sentimiento de sublime generosidad, prestaban en aquel momento á la aflijida jóven el valor, la enerjía y la vijilancia que tan frecuentemente inspira la codicia á los que rodean el lecho de un moribundo.

—Doctor,—dijo, procurando ahogar los sollozos,—la Providencia os ha enviado á mi socorro. Ay! Dios no me ha abandonado enteramente en estos terribles momentos... Y ahora es preciso no llorar, sinó aparentar un semblante tranquilo.

Enjugó sus lágrimas, y acercándose al enfermo que, con los ojos cerrados, escababa débiles quejidos, se arrodilló á su lado, murmurando con acento de dolor y firmeza al propio tiempo:

—Aquí velaré... y no abandonaré este sitio sinó cuando....

Espiró la palabra en sus labios; pero añadió á poco, reprimiendo sus lágrimas:

—Sinó cuando quede tranquilo para siempre.

A pesar de las órdenes de su ama, Dorotea se atrevió á llamar á la puerta é intentó abrirla; pero conociendo que estaba echado por dentro el cerrojo y sabiendo que no habia otra entrada, prorumpió en lamentaciones, y llamando á gritos á los criados, les manifestó las órdenes de madama de Clavieres.

—No me moveré de aqui hasta mañana,—dijo, sentándose en frente de la puerta.

La noche estaba serena y hermosa, y el ruiseñor cantaba entre los floridos setos. Un profundo silencio reinaba en la casa del valle de Meudon, y los criados, reunidos en la sala, velaban con el oido atento al menor ruido que se percibiera en la alcoba, esperando con una ansiedad mezclada de terror el fatal acontecimiento.

Dorotea, triste, irritada y con los ojos fijos en la puerta, vertia de vez en cuando lágrimas de coraje, y le decia á uno de los sirvientes, amigo y confidente suyo:

—Perdemos por lo ménos una renta de mil francos.... Un amo tan bueno!... Dejarle morir así!... Oh! ¡ya se arrepentirá la señora de lo que está haciendo! ¡y bien pronto, yo lo aseguro!.... ponerme á la puerta del cuarto del amo, á mí, á Dorotea Carbonnet, que soy casi de la familia!... Este es un ejemplo mas de la ingratitud de los amos... Ah! otra cosa seria si yo hubiese podido

prever que la muerte iba á visitar tan pronto esta casa... Pero, ¡necea y tonta de mí! ¿qué necesidad tenia yo de médicos para conocer que el amo estaba afectado del pecho, como su padre, como su hermano mayor y como toda la familia? Todos han muerto del mismo modo: sin sospecharlo y sin pensar siquiera en dejarme el menor recuerdo... Despues de haber servido veinticinco años en esta casa, saldré de ella ¡quién lo habia de pensar! nada mas que con mis ahorros... Vamos, esto es inconcebible!

El ama de llaves, durante esta terrible noche, fué mas de veinte veces á aplicar el oido en la puerta de la alcoba; pero nada oyó: era tan profundo el silencio que reinaba en ella, que no parecia sinó que estaba desierta. No obstante, detrás de aquella puerta cerrada pasaba una escena á la vez tierna y terrible: el enfermo seguia recostado en el sillón, teniendo á su lado á su mujer y á su amigo, á quienes hablaba por intervalos con voz cortada y débil, pero clara todavía. Habiendo preguntado por qué no estaba allí Dorotea, que era la que ordinariamente se quedaba á velarle, le contestó madama de Clavieres:

—Está muy cansada, amigo mio, y como seguís mas aliviado, la he mandado acostar. El doctor la reemplazará.

—Querido Adriano! ¿qué feliz idea ha sido la de veniros á ver?—esclamó Mr. de Clavieres

con voz apagada y haciendo frecuentes pausas.— Vos me curaréis, y partiremos juntos á la Suiza... á la Suiza es á donde quiero ir... necesito respirar el aire puro de las montañas... En el próximo invierno volveremos á París... y tendremos una brillante reunion... ¿No te agradan mis proyectos, amada Felicia?

—Muchísimo,—respondió esta con la sonrisa en los labios,—pero traspasado de dolor el corazón.

Un instante despues añadió el moribundo con voz todavia mas débil:

—Aqui falta el aire.... Felicia, manda abrir esa ventana.... quiero ver el cielo.

Abrió el médico las persianas, y penetró en la habitacion una ráfaga de viento impregnada en perfumes de rosa y resedá.

—Ah! ¡qué olor tan suave!... ahora me siento bien,—murmuró M. de Clavieres, reclinando la cabeza en el brazo de su mujer y suspirando débilmente, como un niño que se duerme.

Despues sus ojos se cerraron y se quedó inmóvil.

M. de Ramsay aplicó la mano á la muñeca de su amigo y en seguida se la puso en el corazón. La arteria habia cesado de latir; el último aliento se habia escapado de aquel pecho. Entonces el médico volvió á colocar la cabeza del cadáver sobre la almohada, y tomando la mano de Felicia,

le dijo con voz ahogada en lágrimas:

—Venid.

La jóven comprendió que nada habia ya que esperar, y prosternándose, prorumpió en sollozos; pero pasado este primer acceso de dolor, cedió á las instancias del doctor, que le rogaba se retirase, y dirijiendo una última mirada sobre aquel semblante, cuyas facciones, léjos de hallarse desfiguradas por las convulsiones de la agonía, parecian tener impreso el sello de la mas apacible serenidad, dijo, consolada por la idea de aquel fin tranquilo:

—Al ménos no ha sentido los horrores de hora tan terrible.... no ha muerto.... se ha dormido!



II.

La viudita.

EN los mas dolorosos trances de la vida y en medio de los pesares que nos causa la pérdida de las personas á quienes amamos, hay frecuentemente crueles necesidades, que suspenden nuestra afliccion y contienen nuestras lágrimas. En esta terrible situacion se hallaba madama de Clavieres despues de la muerte de su marido. Sin embargo, no por eso abandonó el valle de Meudon; pero aquel amigo que le habia prestado sus jenerosos auxilios en aquellos tristes momentos continuaba al lado suyo en la desierta y desolada casa. La desconsolada viuda no habia vuelto á ver la luz del dia, por decirlo así: encerrada en la habitacion mas apartada de la quinta, lloraba á su esposo, no con la mortal desesperacion de

una mujer que ha perdido el objeto de su amor, sinó con el dolor profundo de un alma tierna y reconocida, que echa de menos á un bienhechor, á un amigo.

El médico se habia ocupado de las tristes formalidades que siguen á un fallecimiento: ecsaminó las escrituras que radicaban en poder del escribano, y se aseguró de que el contrato de matrimonio de madama Clavieres no le dejaba pension alguna de viudedad. A pesar de que era parienta bastante prócsima de su marido, no podia alegar derechos á la sucesion, puesto que este tenia una hermana única, que heredaba lejítimamente la totalidad de aquel considerable caudal. Felicia no tenia otros parientes ni otra familia que su cuñada y su abuela paterna, mujer bastante anciana, que vivia en un pueblo lejano, y á quien apenas conocia.

La desgracia persiguió en cierto modo á aquella jóven desde antes de su nacimiento, y no pocas escenas de luto y desolacion habian rodeado su cuna; pero estos eran secretos de que no le habló jamás su esposo: únicamente sabia que su madre, cuyo apellido era Clavieres, se habia unido en matrimouio con un hombre sin bienes de fortuna y sin nombre, y que habiendo muerto ambos todavia jóvenes, habia quedado ella huérfana á la edad de tres años. La persona que acababa de perder la adoptó jenerosamente, y

como todo se lo debía, se había acostumbrado á considerarla como el único objeto de su cariño y como el único apoyo con que podía contar en el mundo.

Algunos días despues del funesto acontecimiento, condujo M. de Ramsay una tarde á la jóven al terrado. Al ver el campo iluminado por los resplandores del sol, que se precipitaba en su ocaso, y las purpúreas nubes, que vagaban por un cielo azul, prorumpió la viuda en lágrimas, exclamando:

—Ay! ¡nada ve ya de todo esto!

Hasta entonces no intentó el médico consolarla; pero había llegado el momento en que era preciso distraerla de su dolor, hablándole del porvenir y poniéndole de manifiesto las pruebas porque tenía que pasar en una vida, cuyos senderos, tan fáciles y risueños en un principio, se presentaban de súbito sombríos, escabrosos y desamparados.

—Querida Felicia,—dijo M. de Ramsay,—yo, antiguo amigo de nuestro pobre Pablo y que os conozco desde vuestros tiernos años, me he permitido tomar la iniciativa en un asunto importante y que os concierne personalmente; pero á fin de saber si he hecho bien, es preciso que hablemos de vuestros intereses y de vuestro porvenir. Ya sabeis, hija mia, que vuestra cuñada Serafina de Clavieres es la heredera universal.

—Sí, ya lo sé,—respondió la jóven con sereno semblante;—sé que quedo pobre, sé que los escasos recursos que pudiera proporcionarme con la venta de las alhajas y todo lo que es propiedad particular mia no bastarán para asegurarme la subsistencia; pero no importa, yo trabajaré: daré lecciones de música y de dibujo.

—No esperaba de vos ménos resignacion ni ménos valor,—añadió el médico, enternecido;—pero ¡ay! no es tan fácil como parece llegar á conseguir la noble independendencia que procura el trabajo.

—Pero no es imposible,—repuso la jóven;—á fuerza de perseverancia lograré vencer todas las dificultades.

—No las que provienen de vuestra falsa posicion: vuestra pobre madre quiso tambien arros-strar esa dura prueba, y sucumbió al esceso de sus pesares.

—Mi madre!—esclamó Felicia con dolorosa sorpresa.—¿Conque mi madre ha sido desgraciada, y yo lo ignoraba?

—El que velaba con tanta solicitud por vuestra felicidad, no queria entristecer vuestro ánimo con semejantes recuerdos,—respondió M. de Ramsay.—Esperaba que seríais siempre dichosa, y procuraba apartar de vuestra imaginacion todo cuanto pudiera turbar la tranquilidad de vuestra vida. Pero ahora, hija mia, es preciso que se-

pais los disgustos y miserias que abruman á una jóven educada en la opulencia y que se vé de repente reducida á sostenerse con su trabajo. Vuestra madre, viuda de un hombre que en pocos años habia disipado todos sus bienes, tomó la valerosa resolucion que vos misma acabais de manifestar. Malquistada con su familia, que habia desaprobado su matrimonio con M. Delange, y no permitiéndole su orgullo intentar una reconciliacion, que hubiera podido atribuirse á miras de interés, prefirió soportar con valor su miseria á aceptar socorros....

—Qué bien hizo!—esclamó Felicia, levantando al cielo los ojos con melancólica altivez.

—Sí, hizo bien,—continuó el médico,—porque esos socorros venian de una persona que abria, sí, su mano, pero cuyo corazon permanecia cerrado; de la que, si hubiese vivido, habria sido vuestra suegra.

—Madama de Clavieres?... ¿Pero y su hijo? ¿no estaba allí su hijo?

—Estaba viajando; nos hallábamos juntos en Italia. A su regreso á París fué cuando supo que una mujer de la familia de Clavieres, prócsima parienta suya, se hallaba reducida casi á la indigencia y vivia en una pequeña habitacion en las inmediaciones de su casa. Salimos juntos una tarde, y con el pretesto de buscar una persona que diese lecciones de piano, nos presentamos

en casa de madama Delange....

—Habeis conocido á mi madre?—dijo Felicia conmovida.

—Si,—respondió el médico con una profunda tristeza;—y se os parecia tanto, como puede parecerse la sombra al cuerpo que la produce, el crepúsculo que se estingue al dia que nace, la flor que el viento ha roto y marchitado al boton fresco y brillante que nace del mismo tallo. Pobre señora! ¡cuánto debió sufrir! ¡en qué soledad vivía! ¡en qué indijencia! Habitaba en el cuarto piso de una casa bastante hermosa de la calle de *Provence*; pero el solo aspecto de la habitacion indicaba lo bastante las terribles privaciones que debia imponerse para satisfacer los alquileres. Cuando llegamos á su casa era ya de noche, una noche de invierno, en que helaba cruelmente. Madama Delange no esperaba discípulo alguno, ni tampoco visitas, y estaba sola delante de su piano, trabajando sin lumbre y casi sin luz. El mueblaje era decente y el suelo estaba sumamente limpio y curioso; pero cada objeto de aquella habitacion, tan arreglada, revelaba una tristeza, que desgarraba el corazon mas todavía que el aspecto de una miseria desnuda y patente.

Vuestra pobre madre se apresuró á encender las dos bujías que adornaban la chimenea y reunir los tizones apagados que en ella habia, despues de lo cual se informó del motivo de nues-

tra visita. Era una mujer á quien la desgracia habia dejado toda su dignidad, y que aparecia imponente bajo su vestido negro de lana, tan claro por algunos lados en fuerza del uso, como la muselina. Pablo no se atrevió á decirle que era hijo de aquella parienta, cuyos ausilios habia rehusado con noble altivez, y se limitó á suplicarle nos diese leccion de piano, que iríamos á tomar en su propia casa, manifestándole mi apellido únicamente al decirle quienes éramos. Mientras que hablaba, me habia acercado yo á un sofá, sobre el que dormia tranquilamente envuelta en una manta de lana la criatura mas encantadora, de rosadas mejillas y ensortijados cabellos, que he tenido ocasion de admirar en mi vida. Erais vos, Felicia, vos, que estábais todavía casi en la cuna....

Este recuerdo alteró la voz de M. de Ramsay, y, no pudiendo dominar enteramente la emocion que sentia, volvió á otro lado sus ojos y permaneció por un momento en silencio. Luego continuó con acento mas sereno:

—Despues de aquella primera visita, veíamos todos los dias á madama Delange. Estudiaba yo medicina á la sazón, y tenia ya los conocimientos suficientes para notar en ella los síntomas funestos de una enfermedad que no alcanza á curar nuestra ciencia: pronto conocí que vuestra madre habia perdido la salud para siempre y que

no tardaría mucho en sucumbir. No quedaba otro recurso que el de hacer lo mas llevadero posible los últimos instantes de aquella vida, tan tepranamente agostada por padecimientos superiores á las humanas fuerzas. Vos habeis tenido ocasion de apreciar la jenerosidad y esquisita delicadeza de Pablo, y aquella bondad de corazon que le hacia compadecer tan vivamente las desgracias de sus semejantes. Es preciso haberle conocido como yo, para saber todo lo que hizo con madama Delange. Era necesario socorrerla sin herir su orgullo y sin que pudiera sospechar de donde procedia el beneficio. Pablo lo consiguió. Un mes escaso haria que nos daba leccion, cuando su salud llegó á empeorarse de una manera fatal; pero con aquella enejjía y aquella voluntad de hierro que presta la necesidad, queria continuar en su trabajo y en ir á casa de sus discípulos. Pablo se lo impidió, proporcionándole ocupacion para dentro de casa, y halló mit ingeniosos medios de procurarle, sin que lo conociera, todos los recursos de que tenia necesidad. Ah! si el cielo le hubiese llevado al lado suyo algunos meses antes, tal vez vuestra madre no habria muerto; pero la pobre señora habia agotado todas las fuerzas de su vida en la desesperada lucha que estaba sosteniendo hacia tres años contra los disgustos, las fatigas y la miseria. No es posible describir las muchas penas materia'es que

habia tenido que sufrir; pero la que afectaba su delicadeza y su altivez era superior á todas.... Pablo la alivió, por lo ménos, de sus últimos sinsabores; y solo en el lecho de muerte fué cuando llegó á conocer la persona que le habia prodigado tan solícitos cuidados. Yo me hallaba presente, y jamás se borrará de mi memoria el tierno y melancólico recuerdo de aquella escena de dolor. Vuestra madre, despues de haber firmado el acta que contenia sus últimas disposiciones, os tomó en sus brazos y os estrechó contra su corazón. En seguida os puso en manos de mi amigo, y le dijo:—Mi hija queda huérfana... yo os la confío.... muero tranquila.

Al dia siguiente entregó su espíritu al Criador.

—Ah! ¡y yo que ignoraba cuánto debía al que la muerte, la cruel muerte, me ha arrebatado!—esclamó Felicia, levantando al cielo sus ojos, bañados en lágrimas.

—Ya lo habeis satisfecho jenerosamente, hija mia,—replicó M. de Ramsay--haciendo por él en sus últimos momentos mas todavía de lo que él hizo por vuestra madre. Ay! ¡no pudo calcular mi pobre amigo que os dejaba espuesta á las mismas terribles pruebas que la que os dió el ser habia sufrido! Si hubiese tenido un minuto para reflexionar y reconocerse antes de haber dejado este mundo, yo sé cuál habria sido su voluntad...

—Cualquiera que esta sea, es una órden para

mí,—dijo conmovida madama de Clavieres.

—Os habria aconsejado fuéseis á vivir con vuestra familia.

—Sí, eso es lo que debo hacer,—añadió la jóven con distraccion.—Mi familia está ¡ay! reducida á mi anciana abuela que vive en una pequeña posesion á doscientas leguas de aqui. Le he escrito la desgracia que me ha sobrevenido. ¡Qué dias tan felices pasé en su casa hace un año!... Seis meses hacia que estaba yo casada, y acabábais de separaros de nuestro lado. ¿Quién me habia de decir entonces que cuando os volviere á ver se habria ensañado el destino tan cruelmente contra mí?

Al escuchar estas palabras, M. de Ramsay dejó escapar un suspiro, y repuso con acento triste:

—Entonces me auseuté deseándoos la tranquilidad y los goces apacibles y continuos que no son concedidos á todos; pero Dios no ha escuchado mis votos!

—Iré á buscar á mi buena abuela,—dijo madama de Clavieres,—y viviré á su lado mientras Dios me la conserve.

—Querida Felicia,—replicó M. de Ramsay,—yo aprobaria esa resolucion, sinó hubiese en el mundo otra persona, en cuya casa ocuparéis el sitio que os corresponde naturalmente, una persona que es parienta consanguínea vuestra y por afinidad.

—Mi cuñada!—esclamó la jóven con acento repulsivo y casi de terror; pero arrepintiéndose al punto, añadió:—Jamás he tenido motivo para quejarme de ella en nuestras relaciones, que, á la verdad, no han sido muy continuadas: su hermano no la amaba, y no sé por qué aprension de enfermo declaró terminantemente que no queria volverla á ver.

—¿Y creéis que esa determinacion era solo hija de un simple capricho?—preguntó el médico con aire pensativo.

—Yo, al ménos, no la veia justificada,—contestó madama de Clavieres:—varias veces me ha pasado por la imaginacion la idea de....

Calló, como temiendo acusar á su marido de una puerilidad; pero añadió á poco:

—Acaso no habria podido acostumbrarse á ver el semblante de su hermana.

—En verdad que es horroroso!—esclamó el médico.

—Me he figurado eso, porque yo misma cuando la miraba no podia ménos de sentir un movimiento interior, así como de espanto. Pero esta impresion se desvanecia á medida que nuestra entrevista se iba prolongando. Me llegaba poco á poco á acostumbrar á aquel rostro, y ¡cosa extraña! mas miedo me causa ahora, que me lo represento en mi imaginacion, que cuando lo tenia delante de mí.

—Vamos! ¡esa es una niñería!—dijo sonriéndose M. de Ramsay,—y puesto que, gracias á la Providencia, no hay sérios motivos de desavenencia entre vos y vuestra cuñada, creo haber hecho bien en acercaros una á otra.

—¿Era eso de lo que me queríais hablar hace poco?

—Sí; he escrito por mí y ante mí á la señorita de Clavieres. ¿Desaprobais este paso, Felicia?

—No,—respondió esta con voz casi imperceptible.

—Le he participado el funesto acontecimiento. Ya sabreis vos que está en los baños de Plombieres, puesto que Dorotea es la que me lo ha dicho á mí. Ha insistido de tal manera esta mujer en la necesidad de preparar á la señorita de Clavieres para recibir la triste nueva y de anunciársela con la mayor precaucion, y me ha suplicado tanto que en atencion á sus dilatados servicios le conceda el permiso de ir á llevar la carta ella misma, que al fin he consentido.

—Ya sabia yo que habia marchado,—dijo la jóven;—y á la verdad que habia formado mal juicio de ella, pues creí que me dejaba por un sentimiento poco noble... acaso por resentimiento de interés frustrado....

—Quién sabe? Dorotea salió inmediatamente para Plombieres, y vuestra hermana puede llegar de un dia á otro. Creo que os ofrecerá su ca-

sa: este es al ménos su deber y lo que aconseja el bien parecer. Ella es ya muy rica, mas todavía que lo era vuestro hermano, y la herencia que vá á recojer nada puede añadir á su lujo y á sus comodidades: será un aumento de caudal que no sabrá en qué emplearlo. No creo que os quiera devolver estos bienes; pero sí que haga partícipe de ellos á su parienta mas prócsima, á la viuda de su hermano. Nada hay en todo esto que pueda herir vuestra susceptibilidad, y antes bien me parece que será un beneficio para las dos, pues ella adquirirá una agradable compañera, que le distraerá en la soledad de su hogar, y vos un guia y un apoyo.

—Seguiré vuestros consejos,—contestó la jóven viuda con la docilidad y deferencia que la eran naturales.

Costábale muy poco el renunciar á sus ideas, pues guiada por sus instintos, mas bien que por sus propias luces, se habia inclinado sucesivamente á dos partidos extremos: M. de Ramsay le indicaba un tercero, que tal vez á ella no se le hubiera ocurrido y que, á pesar de las objeciones que se le presentaban confusamente en su imaginacion, no titubeaba en aceptar.

Al dia siguiente de aquella conversacion recibió dos cartas; la una, escrita con letra gruesa y desigual y al parecer con mano trémula, y contenia mas que los siguientes renglones:

«Querida hija mia: la noticia de tu desgracia me ha causado la mas profunda afliccion, y desde que he recibido tu carta no he cesado de rogar á Dios por tí. Mi casa es la tuya, hija mia: ven á mi lado, si una soledad casi absoluta y la sociedad de una anciana achacosa y casi ciega no te asustan. Tu presencia llenaria de gozo á tu abuela, que te abraza y bendice de todo corazon.

=V. DELANGE.

La segunda carta, cerrada con lacre negro, estaba concebida en estos términos:

«Querida hermana mia; muchas lágrimas he derramado al saber la fatal noticia que me comunica M. de Ramsay. Esto es un recuerdo de lo que somos en este mundo: todas las prosperidades, todos los goces de la vida no son bastantes á defendernos contra la muerte, que hiere á los dichosos y parece olvidar á los desgraciados. Ay! ¿cómo habia de creer que cuando me despedí de mi pobre hermano le veia por la última vez?

«Ahora, mi querida Felicia, te has quedado, como yo, sola en el mundo, y concibo muy bien la amargura de tus pesares y la profunda melancolía que deberá consumirte. Creo que viviendo reunidas podremos hallar un consuelo á nuestro dolor comun. Tienes mi casa á tu disposicion, y me consideraré dichosa si te resuelves á vivir en ella. Aqui encontrarás una amiga, una hermana,

que, sin embargo de haber vivido separada de tí y de la persona que lloramos, os ha amado siempre á entrambos y os ha echado mas de una vez de ménos en el aislamiento en que vive.

«Dejo á Plombieres para regresar á París, y á los dos dias de recibida esta carta llegaré á aquella capital.

«Adios, querida Felicia: no espero tu contestacion, pues iré yo misma á buscarla, y confio en que será tal como la deseo.

«Tu afectísima hermana, =SERAFINA DE CLAVIERES.»

Leyó la carta M. de Ramsay por dos veces, y entregándola despues á madama de Clavieres, dijo con aire pensativo:

—Creo que esta oferta sea sincera. No conozco mucho á vuestra hermana, y me abstengo de juzgarla; pero me parece que entre ella y vos habrá á lo ménos un motivo de simpatía y una conformidad de sentimientos, pues tampoco ella es dichosa.

—Oh! lo sé, respondió la jóven; mi hermana tiene un secreto pesar, que le rae y le mina el corazon: el de no ser como las demás...

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando advirtió todo lo que tenian de cruel para M. de Ramsay. Confusa y con lágrimas en los ojos calló de repente, volviendo á otro lado la vista. El médico habia perdido el color, y su

mirada se clavó involuntariamente en sus disformes piernas. Después de un momento de silencio tomó la mano de la joven y le dijo con una sonrisa llena de dulzura y de melancolía:

—Mi buena Felicia, vuestra cuñada va sin duda á llevaros consigo. Yo iré tambien á París, y no os dejaré sinó cuando os halleis mas tranquila y consolada.

—Oh! amigo mio, ¡mi mejor amigo!—esclamó enternecida madama de Clavieres;—mientras que vos veleis por mí, tendré valor para sufrir todos los pesares. En los momentos de angustia y de afliccion, cuando me vea triste y desgraciada, os abriré mi corazon.

—Felicia,—añadió M. de Ramsay, mirándola fijamente,—puede que algun dia os recuerde esas palabras.



III.

Serafina de Clavieres.

EL reloj daba las cuatro, y el día, que empezaba á despuntar, iluminaba con su apacible claridad las calles aun desiertas de la populosa ciudad de Paris, á tiempo que una silla de posta, rodando bajo la puerta abovedada de una magnífica casa de la calle de San Honorato, daba vuelta en el patio, parándose delante de una ancha escalera, adornada de naranjos y laureles. Una mujer bajó del carruaje, seguida de otra, que iba vestida de luto como la primera. Llamábase aquella Serafina de Clavieres y su única heredera, y la segunda, Dorotea Carbonnet. La última tenía ya el aire importante y solícito de una ama de gobierno consentida. Riñó al paso á los criados, y acompañó á su señora al salon.

—Jesus! ¡qué cansada debeis estar, señorita!— dijo, poniendo un almohadon bajo los pies de la viajera. Una noche entera en carruaje es capaz de matar á la persona mas fuerte: así dan calambres en las piernas y tiene una la piel tan encendida...

—Nada de eso me sucede á mí,—respondió con sequedad la señorita de Clavieres:—lo que sí es que aqui se ahoga una. Haced abrir todas las puertas.

Al decir estas palabras, se desató las cintas del sombrero, y arrojándolo sobre un sillón, antes de que Dorotea hubiese tenido tiempo de acercarse para recibirlo, apoyó el codo sobre un velador, medio cerrando los ojos, como si le incomodára la claridad del dia. El ama de gobierno permaneció de pie delante de su ama, esperando órdenes.

Tenia ciertamente algo de espantoso el rostro de la señorita de Clavieres, y al verla se experimentaba ese sentimiento de penosa curiosidad y de triste admiracion que infunden los séres que se apartan de la ley comun.

Serafina de Clavieres no contaba arriba de veinticuatro años; era alta, y su cuerpo no tenia defecto a'guno chocante: únicamente carecia de gracia; pero sobre aquel cuerpo de mujer habia colocado la naturaleza una cabeza, cuyas facciones tenian bastante analogía con las del bruto. Era un tipo de fealdad casi monstruoso. Su frente era

aplastada; los ojos muy pequeños y hundidos, y tenían un color verdoso, que recordaba la pupila fija y vidriosa de las aves nocturnas; su nariz, ancha y corta, se había quedado en el estado de la infancia, mientras que la parte inferior del rostro adquirió un desarrollo desproporcionado. Aquella boca prominente, aquellos labios gruesos y aquella barba, que parecía querer escaparse, daban á su fisonomía un aspecto tan horrible, que ni la mas esquisita espresion de bondad serian capaces de embellecer unas facciones que se negaban, por decirlo así, á reflejar los sentimientos del alma, y cuya inmovilidad tenia algo de siniestro.

Desde muy temprano, habia comprendido la señorita de Clavieres que era en la naturaleza una triste escepcion, y ni por un solo momento se habia forjado la menor ilusion sobre la repugnante fealdad de su rostro. Como tenia un talento despejado y penetrante, mucho orgullo, cierto despejo y un carácter resuelto conoció desde luego cual seria su posicion en el mundo, y adoptó al entrar en él un partido decisivo. Renunciando á toda pretension, determinó no casarse jamás, y se propuso desde un principio conducirse de manera á hacer creer que se consideraba, no como una jóven soltera, sino como una mujer de cincuenta años, que quiere gozar de las preeminencias de su edad y de su independenciam.

Los bienes que heredó cuando niña de una tía suya, la enriquecieron, y su madre, que falleció habiendo entrado ya Serafina en la pubertad, le dejó también una pingüe herencia; todo lo cual constituía un caudal considerable, que empleó con el egoísmo inteligente que era la cualidad principal de su carácter. Alhajó magníficamente su morada, se rodeó de todos los caprichos del lujo más refinado, se lanzó enteramente al mundo, y recibió en su casa una brillante sociedad, entre la que se hizo un lugar que ninguna mujer de su edad le hubiera ciertamente envidiado.

Es necesario decir en elogio de los jóvenes pobres y de los viejos fátuos arruinados que encontraba todos los días, que ni un solo partido se le presentó, ni tampoco hubo persona agoviada de deudas que encargase á ningún escribano que sondease sus disposiciones; de consiguiente la joven quedó bien y debidamente clasificada en la categoría de las jorobadas, de las solteras de medio siglo, y de esas otras desgraciadas criaturas que se ven precisadas á renunciar para siempre al matrimonio. En París nada se decía de ella, sinó que las embarazadas no se atrevían á mirarla el rostro, y que tenía riquísimos vestidos y adornos, que se ponía con muy mal gusto. Con efecto, una hábil modista hubiera podido sacar algún partido de su cuerpo largo, enjuto y escurrido, ocultando sus huesudos brazos y dándole un

aspecto elegante; pero fuese indiferencia ó descuido, nunca empleaba esos recursos del arte, y no parecia sinó que tenia una especie de vanagloria en no hacer cosa alguna para disminuir su fealdad. Las personas que no la conocian mucho, podrian creer que se habia resignado con su suerte; pero las que la habian tratado algo mas, adivinaban, como Felicia, que ni su inmenso caudal, ni su independendia, ni todas las ventajas de su posicion habian podido consolarla de su rostro. El fastidio, la agitacion de su ánimo y el vacio que notaba en su ecsistencia, la impulsaban á variar á cada paso de sitio; y esto fué lo que la llevó á Plombieres, donde pensaba pasar la estacion de los baños; pero no habia hecho el menor sacrificio al renunciar casi inmediatamente á su proyecto, porque estaba ya cansada de una mansion á la que habia llevado las amargas disposiciones que la hacian tan odiosa en la sociedad como en la soledad.

La muerte de su hermano le habia causado un profundo dolor, y le lloraba sinceramente; pero ¡cosa terrible! esta afliccion era en cierto modo un consuelo para ella, una diversion, que la distraia de otros pesares sombríos y devoradores, los que estaba acostumbrada á sufrir sin quejas ni lágrimas. Recordaba en aquel momento, no los áridos dias de su vida, sinó los primeros años del que ya no ecsistia, el tiempo en que ella, niña todavía, y él, jóven, elegante y gallardo, vivian al lado de

su madre en aquel suntuoso edificio, que ahora habitaba sola. En aquella época no amaba verdaderamente sinó á aquel hermano, que le inspiraba una admiracion mezclada de envidia, y muchas veces se decia, considerándolo con un sentimiento extraño de ternura y de pesar:

—Pablo es dichoso! Oh! ¡si yo me pareciese á él!...

Y entonces se preguntaba qué habia hecho la muerte de aquellas facciones tan hermosas, de aquel cuerpo tan elegante, que habia envidiado en mil ocasiones.

Viéndola absorta en sus reflexiones, Dorotea se aventuró por fin á preguntarle:

—¿No me dijísteis, señorita, que teníais órdenes que darme á vuestra llegada?

—Sí,—respondió Serafina con tono seco, y como incomodada de la necesidad de explicar sus ideas de otro modo que con una sola palabra;— haréis arreglar la habitacion que mi hermano ocupaba en otro tiempo: quiero que se muden todos sus muebles, que quede sencilla, pero elegantemente puesta; que se adorne la sala con mayor esplendidez y al gabinete que se le dé una forma de gusto mas moderno; los cuadros que en él hay y representan cacerías y carreras de caballos, serán reemplazados con los paisajes y aguadas que están en el primer lienzo de la galeria; que se pongan en la repisa de la chimenea lindos jugue-

tes de china y en el sitio que ocupa la mesa de despacho, otra de labor. Es preciso que todo esté concluido para la noche.

Y como Dorotea, en lugar de apresurarse á obedecer, la miraba fijamente y como asustada, añadió:

—No lo habeis comprendido?

—No del todo,—respondió el ama de gobierno. Si la señorita no tiene á bien explicarme... acaso no pueda ejecutar sus órdenes como desea... Si conociese los gustos de la persona que debe ocupar la habitacion, podria quizá caminar con mayor seguridad.

—La destino para mi cuñada,—respondió la señorita de Clavieres.

Mordióse los labios Dorotea y poniéndose encendida de despecho y de secreta rabia, exclamó con aire de respetuosa aprobacion:

—Qué buena sois, señorita!

—Mi hermana tendrá sin duda una satisfaccion en hallaros aquí,—añadió Serafina,—y esta consideracion es la que me ha decidido en favor vuestro, pues mas bien me habeis dado motivos de resentimiento que de otra cosa. Despues de tantos años de buenos servicios, abandonásteis mi casa por la de mi hermano y me dejásteis plantada, madama Carbonnet.

—En otro tiempo me llamábais Dorotea simplemente, señorita,—repuso el ama de llaves, apa-

rentando enjugar una lágrima.

—Pues bien, sea así, Dorotea, ya veis que me he portado jenerosamente; habeis ocupado vuestra antigua plaza en la casa de Clavieres, y ahora solo depende de vos que sea para mucho tiempo, ó acaso para siempre.

—Hasta que me haya proporcionado mis dos mil cuatrocientos francos de renta,—dijo para sí la hipócrita, inclinándose con aire compunjado y como si la agitacion la hubiese embargado la voz.

Despues, levantando al cielo los ojos, exclamó:

—¡Un solo favor pido á Dios, señorita, y es el de que me conceda morir en vuestro servicio!

Dos horas despues subia Serafina de Clavieres al carruaje que iba á conducirla al valle de Meudon.

—Ni ha dormido, ni ha comido casi nada: preciso es que tenga esa mujer cuerpo de hierro,—murmuró Dorotea cuando la vió partir.—Siempre la misma, con su jénio inquieto, turbulento y que no la permite estar por mucho tiempo en un sitio. ¿Quién habia de quererla servir si no fuese rica? ¿quién aguantaria tener delante de sí un rostro semejante?

Al acabar de pronunciar estas palabras á media voz, levantó el ama de gobierno los ojos y se miró en el espejo de una mesa de tocador, que acababa de hacer colocar en la habitacion destinada para madama de Clavieres, ecsaminando por un

momento con bastante complacencia su lleno y rubicundo semblante, al que prestaba el luto cierto brillo, que con un poco de indulgencia podría llamarse un resto de frescura. Comparando entonces su semblante con el que estaba viendo á todas horas hacia algunos dias, le pareció que todavía se hallaba hermosa y de buen ver, á pesar de sus cuarenta y tantos años, y se dijo con el corazon oprimido de pesar y de resentimiento:

—Si el amo no hubiese muerto sin hacer testamento, tal vez ahora me pudiera volver á casar. Ah! la señora se ha empeñado en hacer su desgracia y la mia... ¡pero ya me lo pagará!

Muy temprano era aun cuando llegó la señorita de Clavieres al valle de Meudon. A su llegada se abrió la verja del parque y entró el carruaje en la alameda, recorrió con una mirada melancólica aquellos sitios, donde en otro tiempo pasaba la hermosa estacion y á los que no habia vuelto desde que la quinta quedó de propiedad de su hermano. El cielo estaba sereno: mil trinos confusos y armoniosos salian de las frondosas espesuras del parque, en cuyo recinto brotaban infinidad de flores, y la bella primavera derramaba en todo el campo una alegria pura y tranquila. La desgraciada jóven arrojó un suspiro al contemplar aquella risueña perspectiva y al respirar los templados perfumes que embalsamaban la atmósfera, pues el espectáculo de la naturaleza vigorosa y rejuve-

necida le causaba siempre un secreto pesar. A su aspecto le acometia el deseo de vivir en ingratos climas, bajo un cielo pálido y frio, y le parecia que la vida le seria menos desagradable en aquellos paises tristes y desolados en que reina un continuo invierno y en que la tierra, siempre estéril y desnuda, le ofreceria por donde quiera la imagen de su propia ecsistencia, la soledad, el aislamiento, la nada.

En esta disposicion de ánimo llegó á la puerta de la quinta y se apeó del carruaje. El criado que se presentó, hacia poco tiempo que estaba en la casa y no habia visto nunca á la señorita de Clavieres. Cuando esta se adelantó y levantó su velo, retrocedió aquel un paso, y barbotó:

—La señora ha ido á dar un paseo por el parque, y debe estar allá abajo, junto á la fuente... Voy á avisarla de vuestra llegada.

—No, no, es inútil,—replicó Serafina con el tono seco y adusto que le era peculiar:—yo misma iré á buscarla, é iré sola.

Atravesó el terrado y se adelantó por el tortuoso paseo que conducia á la fuente. Su alma estaba triste, y caminaba lentamente y como agoviada de dolor, pues le parecia que á medida que se iba acercando hácia la jóven á quien habia llamado su amiga y su hermana, y que queria fuese su compañera, le gritaba una voz interior: «¿De qué te servirá una amiga? ¿podrás descubrirle lo ín-

mo de tu pensamiento, revelándole el suplicio continuo de tu alma, el fastidio y la cruel desesperacion que te consumen? ¿te atreverás á confiarle el motivo de tus padecimientos? y en caso de confiárselo, ¿podrá ella comprenderlo, ella que es hermosa? No, no: vuelve á tu soledad y cierra tu corazon, pues todo lo que te rodee te será fatal.»

Seguia caminando, sin embargo, y cuando llegó á veinte pasos de la fuente, divisó por entre los árboles á la que iba á buscar, la cual no sospechaba su presencia en aquel sitio.

Estaba la viuda sentada en un banco rústico, bajo los sauces que daban sombra á la fuente: un vestido negro de lana cubria su cuerpo; un largo chal de la misma tela, sus hombros, y una papalina de crespon, sus cabellos, recojidos en graciosa forma. Su rostro, algo descolorido, descansaba sobre una de sus manos, y toda su postura revelaba una profunda melancolía. Tenia fija su mirada en el agua que veia serpentear á sus pies, arastrando en pos de sí las florecillas silvestres que habian nacido en las orillas, y esta imájen verdadera del tiempo que pasa para no volver, llevándose los dias buenos y malos de nuestra vida, tenia sin duda afectada á la jóven, sujiriéndole ideas graves y relijiosas, pues de vez en cuando derramaba lágrimas y suspiraba, levantando al cielo sus ojos.

—Llora,—dijo para sí Serafina.—Con efecto, todo lo ha perdido: su posición social, sus bienes, la persona á quien amaba... ¡Qué aislamiento y qué desgracia!... Pero su dolor no será eterno... y el sombrío horizonte que ahora se le presenta llegará á despejarse. Ella no lleva, como yo, su desgracia consigo..... ¡y desde su nacimiento hasta su muerte no arrastrará sin interrupción esta cruz! No hay más que un ser verdaderamente miserable sobre la tierra; y ese ser soy yo...

Al decir esto pasóse el pañuelo por la cara, para enjugar las lágrimas que le arrancaban sus dolorosos pensamientos, y en aquel momento apareció M. de Ramsay por lo último de la alameda. Adelantábase trabajosamente, apoyado sobre su muleta, y Serafina tuvo tiempo bastante para contemplarle. Su rostro era agraciado y hermoso, y su espesa cabellera negra caía formando lijeros bucles alrededor de su grueso cuello; pero como un busto magnífico colocado sobre un iaforme y tosco pedestal, pues su abultado cuerpo y sus piernas delgadas y desiguales recordaban las figuras grotescas de Callot, y su manera lenta y penosa de andar indicaba una enfermedad incurable.

La señorita de Clavieres experimentó á la vista de aquel hombre, que era como ella una excepción en la naturaleza humana, una especie de consuelo, y sintió una simpatía egoísta hácia una desgracia casi semejante á la suya. En estas dispo-

siciones más tranquila se hallaba cuando se acercó M. de Ramsay.

—Caballero, —le dijo, tendiéndole la mano, —habéis sido el mejor amigo de mi pobre hermano, y es para mí un consuelo el encontraros aquí.

M. de Ramsay se inclinó sin responder. No obstante que otras veces se había hallado en presencia de Serafina, experimentaba la sensación de sorpresa y repugnancia que causaba siempre a primera vista. Ella lo conoció, y continuó en tono casi afectuoso:

Vuestra carta, al anunciarme una desgracia tan cruel é imprevista, me indicaba donde podría hallar un remedio al dolor que me causaba. Ya veis que he comprendido vuestros consejos, puesto que me teneis aquí.

—Ah, señora! —contestó el médico, conmovido, —Dios os confía la suerte de esta pobre joven: llevadla en vuestra compañía y consolad su alma aflijida. Aquí todo despierta sus recuerdos y su dolor: es una de esas naturalezas débiles y sensibles, para quienes la soledad es fatal. Desde su desgracia ha caído en un abatimiento que me asusta y me desespera: es una planta delicada arrancada violentamente del tallo que la sustentaba y que yace marchita en el suelo, donde perecerá infaliblemente si una mano amiga no la recoje.

—Pobre Felicia! ¡es tan desgraciada! —mur-

muró la señorita de Clavieres con una especie de feroz conmiseracion.

Llegaron en esto á la calle de árboles que conducia á la fuente. La jóven viuda los vió entonces, y se levantó, arrojando un débil grito. Al descubrir á su cuñada, se habia puesto trémula, pareciéndole que el corazon se le helaba y que una fuerza invisible la tenia sujeta; pero no era, sin embargo, el movimiento pueril de espanto que habia experimentado otras veces el que la retenia, sinó un vago presentimiento, una especie de temor, que no podia vencer. A pesar de todo, hizo un esfuerzo sobre sí misma, y correspondió al abrazo que le dió Serafina, diciéndole:

—Felicia, hermana mia, vengo á llevarte conmigo.

—Te esperaba, y estoy dispuesta á seguirte,
—contestó la viuda:—¡Ay, querida Serafina!
¡ya no tengo á nadie mas que á tí en el mundo!



IV.

La casa de Serafina.

LAS dos cuñadas llegaron la tarde del mismo día á la casa de Serafina de Clavieres, acompañadas del médico.

La jóven viuda, no obstante los continuos esfuerzos que hacia sobre sí misma, se hallaba sumergida en un profundo abatimiento, y cuando pisó el umbral de la suntuosa habitacion en que debía vivir en adelante, sus ojos se bañaron en lágrimas. Sin poderse dar cuenta de los motivos de aquella impresion, sentia que á las disposiciones de su alma se mezclaba ya una secreta amargura, y que no le unia la menor simpatía á la persona de quien debía ser una compañera inseparable. Á pesar de todo, no podia

menos de confesarse interiormente que no habia motivo alguno para aquella repugnancia tan marcada y que la acogida que recibia debia dejarla satisfecha. La señorita de Clavieres no carecia de cierta grandeza en su carácter, y tenia además ese tacto y esa delicadeza que en ciertas ocasiones hacen veces de una verdadera jenerosidad de corazon. Así es que comprendió los deberes de hospitalidad que tenia que cumplir para con su cuñada y todos los miramientos que ecsijia su posicion desgraciada.

—Querida Felicia,—dijo á la jóven viuda, conduciéndola á la habitacion que le estaba destinada,—te hallas en tu casa, y puedes mandar y disponer con entera libertad; mis criados están á tus órdenes, y puedes hacer uso de todo cuanto hay aquí: en una palabra, eres la dueña lo mismo que yo.

Enternecida Felicia, con estas palabras tan cordiales, apretó la mano á Serafina, diciéndole con voz conmovida:

—Gracias, mi querida hermana.

—Has hecho mal, amiga mia,—añadió la señorita de Clavieres,—en despedir á todos los criados: será preciso que vuelvas á recibir á la Rosita; y entretanto aquí tienes á Dorotea, que podrá servirte de doncella.

Despues de pronunciar estas palabras, se retiró dejando discretamente á Felicia entregada á

sus reflexiones, y fué á reunirse en el salon con M. de Ramsay.

Mientras que el ama de llaves arreglaba la habitacion y ponía cada cosa en su respectivo sitio, la jóven se habia sentado maquinalmente delante de una mesa de tocador, y recorria con mirada melancólica y distraida aquellos lugares, en donde entraba por primera vez. Los muebles eran de una elegante sencillez y exactamente adecuados á los gustos y hábitos de una mujer de buen tono. Nada habia que indicase que aquel cuarto hubiese sido habitado anteriormente por un hombre aficionado á ciertos caprichos de moda entre las personas ricas: los trofeos de armas, los cuadros de cacerías, habian desaparecido, y veíanse en su lugar grandes lienzos, que representaban asuntos relijiosos, ó graciosas escenas, vírjenes, santos de austero semblante, ó frescos paisajes animados por figuras pastoriles; la tapicería y colgaduras, enteramente blancas, formaban un armonioso contraste con los vestidos de luto de la que iba á habitar aquellos aposentos de un aspecto á la vez suntuoso, elegante y triste.

Dorotea terminó silenciosamente sus quehaceres, y en seguida con tono respetuoso, pero seco, dijo:

—Estoy á vuestras órdenes, señora: ¿teneis algo que mandarme?

—Nada, por ahora, mi buena Dorotea,—respondió Felicia con dulzura;—podeis marcharos.

El día iba declinando: los castaños del jardín, elevando hasta los balcones su espeso ramaje, interceptaban los últimos rayos del sol; una luz melancólica penetraba apenas por entre su frondoso follaje, perdiéndose enteramente en el interior de la habitación, cuyas blancas colgaduras hacían en aquel momento un lúgubre contraste con los oscuros tonos del artesonado; las anchas molduras doradas brillaban todavía en la sombra, y el crepúsculo, que sucedía rápidamente á la claridad del día, comunicando una forma extraña y dudosa á todos los objetos, parecía destacar figuras fantásticas del fondo negro de los cuadros y hacerlas salir fuera de sus dorados marcos.

Madama de Clavieres estaba en aquella enfermiza disposición de ánimo que ecsalta hasta las menores impresiones, y se sintió acometida de un vago malestar al hallarse enteramente sola en aquel vasto aposento y en medio de las tinieblas. Su habitación, que formaba una de las alas que daban vuelta al jardín, estaba separada de la de la señorita de Clavieres por una larga galería, y á juzgar por el silencio que reinaba en aquel momento en torno suyo, hubiera podido creer que el edificio se hallaba enteramente deshabitado. Una tristeza mezclada de temor se apoderó de su alma, y experimentó una cosa semejante al

pueril espanto que sentia en otro tiempo en el convento, cuando á la caída de la tarde pasaba por delante del fúnebre recinto en que se enterraba á las relijiosas. Levantóse apresuradamente, y cojiendo con un lijero temblor el cordon de seda que colgaba á la cabecera de su cama, tiró de él con viveza; pero casi al mismo tiempo una circunstancia muy sencilla, y que sin embargo le pareció estraña, vino á calmar súbitamente sus temores. Sin duda que no estaba sola enteramente, puesto que una voz de hombre se dejaba oír en aquel momento, cantando el estrivillo de una cancion amorosa con la música de la de *Venecia la bella*. Esta voz, que en un principio parecia salir de la pieza inmediata, se fué alejando poco á poco, y se perdió muy luego, repitiendo como un eco lejano las últimas palabras de la barcarola.

Felicia estaba aun escuchando, cuando entró Dorotea con dos bujías encendidas, las que dejó sobre la mesa del tocador, diciendo:

—¿Me necesitais para algo, señora?

—No, querida Dorotea,—respondió Felicia;—solo desearia saber quien es la persona que cantaba aquí cerca hace un momento.

—Aquí cerca!—repitió el ama de gobierno.—Sin duda quereis decir en la calle.

—No, no; en aquel cuarto: me parece que es allí donde cantaban,—repuso la jóven, señalando una puerta que habia en el rincon opuesto al

en que estaba la que daba entrada á la habitacion.

—No puede ser, señora,—respondió Dorotea;—quizás os habeis equivocado: esa pieza, que comunica con este gabinete de tocador, no tiene otra entrada que la que veis, y si alguno hubiese penetrado en ella, deberia haber pasado por aquí.

—Pues es extraño!—murmuró Felicia, fijos sus ojos en la puerta del gabinete.

El ama de llaves tomó una luz, abrió de pronto la puerta, y recorriendo con una mirada el interior de la pieza, la volvió á cerrar, diciendo:

—Bien sabia yo que no habria nadie.

—Cada vez me admiro mas!—añadió madama de Clavieres, echando un suspiro;—¡por fuerza debo tener sumamente débil mi cabeza!

—No es de admirar,—repuso Dorotea con tono hipócrita y contrayendo sus delgados labios para suavizar el metal de su voz:—como habeis pasado momentos tan crueles y experimentado tan terribles desgracias!... Ya se vé! perder á la vez un marido excelente y un caudal considerable, son cosas que pueden hacer morir á cualquiera de dolor. Afortunadamente la señorita es persona muy buena y jenerosa: os ama como si fuéreis su propia hermana y os trata con toda especie de miramientos. Aunque á la verdad, no hace en ello mas que lo que debe, pues gracias á vuestro desinterés, se encuentra poseedora de todos los

bienes de su hermano; pero ¡hay en el mundo parientes tan malos y almas tan desagradecidas!... Puede que otros en su lugar no se hubiesen portado del mismo modo.

—Ay! bien lo conozco,—contestó Felicia, conmovida interiormente por aquellas muestras de interés, cuya perfidia no podía sin embargo comprender.

Después, arrastrada por su natural bondad, añadió:

—Agradezco infinito á mi hermana el que os haya tomado á su servicio, querida Dorotea, porque al menos nada habréis perdido en mi cambio de suerte, puesto que encontraréis aquí las ventajas que disfrutábais en mi casa, y á mí me sirve de satisfaccion el ver que vuestra posicion continua siendo feliz.

—Sois en extremo buena, y os estoy sumamente reconocida por el interés que me manifestais,—respondió la hipócrita con amarga sonrisa.

En casa de la señorita de Clavieres se acostumbraba cenar: esta era una innovacion que habia querido introducir, una antigua moda que procuraba restablecer. Tenia además arreglada su casa con cierto ceremonial, que disimulaba en algun modo el vacío y las monotonas costumbres de su método de vida, que no era al fin mas que el de una solterona vieja y acomodada. Cuando Felicia pasó á la habitacion de su cuñada, encon-

tró los salones abiertos é iluminados, como si se esperasen quinientas personas; y sin embargo, Serafina se hallaba sola con el médico en]lo último de aquella série de piezas magníficas y desiertas.

Un momento despues abrió el mayordomo las dos hojas de la puerta del comedor y anunció que la cena estaba dispuesta. La señorita de Clavieres tomó la mano á Felicia y la condujo lentamente, dirijiendo una mirada á sus espaldas para observar á M. de Ramsay, que seguia detrás con paso desigual. Hacia algunas horas que experimentaba una especie de satisfaccion interior, que provenia, acaso sin que ella lo notára, de la semejanza que advertia entre su destino y el del doctor: la desgracia de otro la consolaba, y sin confesárselo á si propia, conocia que era de un grande alivio para ella la idea de que aquel hombre, cuyo distinguido talento y noble carácter apreciaba en extremo, estaba condenado tambien á arrastrar una vida para siempre solitaria, estéril y miserable. Esta disposicion de ánimo la hizo mas afectuosa con Felicia, y desde entonces empezó á tratarla con una benevolencia verdadera. Considerándose menos digna de lástima se volvía mas amable.

M. de Ramsay no se ocupó en averiguar el motivo de las atenciones de que era objeto, ni trató de penetrar el oríjen del afecto particular

que le manifestaba Serafina. Como todas las personas que se hallan por su posición muy relacionadas en el mundo, vivía concentrado en sus propias sensaciones, sin cuidarse mucho de las de los demás y sin tratar de profundizar sus sentimientos ni sus intenciones.

La mesa estaba servida con el lujo espléndido que resplandecía por todas partes en aquella triste y magnífica casa; desplegábase en ella una prodigalidad, una elegancia, un boato, que recordaban las tradiciones casi enteramente perdidas de los brillantes banquetes en que los grandes señores del siglo XVIII hacían gala de fausto, de ingenio y de alegres locuras. Pero faltaban á este festín los convidados de aquellos tiempos, los deslumbradores marqueses, las amables duquesas, los joviales abates y los agudos ingenios que dieron fama al reinado de madama de Pompadour. Las enlutadas damas, sentadas á la mesa, formaban un singular contraste con todo lo que las rodeaba. El médico, colocado entre las dos cuñadas, las contemplaba alternativamente, entregado á una estraña idea, y le parecía ver la realidad de un cuento que hemos oído todos en nuestra infancia con vivo interés. Como en el palacio encantado en que florecían las rosas de la India, se hallaba cubierta la mesa de esquisitos manjares, el oro y el cristal reflejaban torrentes de luz y la atmósfera estaba embalsamada

por el perfume de las flores y de los frutos, que se elevaban formando pirámides sobre las bandejas de plata; veía sentadas á la mesa dos personas, una jóven, hermosa, fresca y seductora, y la otra de una fealdad horrible, que tenia cierta semejanza con un animal inmundo; y antojábasele reconocer á la encantadora hija del mercader de Ormuz y al desgraciado príncipe metamorfoseado por una maldita bruja, en la última parte del entretenido cuento que lleva por título: *La Bella y la Bestia*.

Mientras que la imaginacion de M. de Ramsay se dejaba llevar en alas de su fantasía, la señorita de Clavieres fijó sobre él sus ojos alonados, festoneados de amarillentas pestañas, y dijo con una siniestra sonrisa, que descubrió sus dientes blancos, largos y salientes, como los de ciertos carnívoros:

—¿Sin duda, caballero, que no pensaréis en dejar todavía á París?

—Eso es conforme;—respondió el médico, mirando involuntariamente á Felicia;—creo, sin embargo, que no volveré á la Provenza hasta mediados del verano.

—Cabalmente es esa la época mas á propósito para huir de la Provenza,—repuso con viveza Serafina,—pues suele reinar en ella una temperatura, que ni la de la Zona Tórrida. ¿No os valdria mas esperar el otoño bajo nuestro cielo templado?

—Mucho me alegrará; pero probablemente me veré obligado á regresar antes á Ramsay.

—¿Sin duda para atender á las obligaciones de todo buen propietario; para inspeccionar los trabajos de vuestras casas de labor y presidir los comicios agrícolas?

—Nada de eso, señorita.

—¿Pues entonces qué haceis en el campo?—preguntó Serafina.

—Visitar á mis enfermos,—contestó el doctor.

—Sí; pero no decís á mi hermana el modo como ejerceis vuestra profesion,—replicó entonces Felicia,—ni le explicais tampoco el noble uso que haceis de vuestro tiempo, de vuestro saber, de vuestra salud y de vuestro caudal.

—Procuro hacer algun bien, y no siempre lo consigo, repuso M. de Ramsay con injenuidad.

—Hermana,—añadió con viveza la jóven,—el doctor no quiere responder á tu pregunta, y yo voy á decir por qué desea volver á Ramsay; pero antes debo darte á conocer la triste comarca en que pasa la mitad del año.

—¿Has estado en Ramsay, hermana?—preguntó la señorita de Clavieres.

—Sí, querida Serafina,—respondió la jóven viuda, arrojando un suspiro;—el año último pasamos allí los primeros quince dias del mes de mayo.

Este recuerdo alteró su voz, y le acudieron las

ágrimas á los ojos. Calló por un instante, y despues continuó, algun tanto mas serena:

—Figúrate, hermana mia, á doscientas leguas de Paris y hácia la embocadura del Ródano una llanura pantanosa, sobre la que crece el junco y el tamariz, y en la que se ven, sin embargo, de trecho en trecho algunos islotes de verdura y casitas de aldeanos. En medio de esta comarca y sobre una eminencia, que domina toda la llanura, se halla construido el castillo de Ramsay, antiguo edificio cercado de murallas, como una fortaleza, y sólido como la roca sobre que descansa. No te puedes imaginar una cosa mas triste que el paisaje que se descubre desde su terrado: por un lado la llanura árida y desnuda que se estiene hasta el horizonte, y por el otro el mar, ya tranquilo, ya borrascoso, que azota las costas con espantoso ruido. Tal es el aspecto que presentan aquellos sombríos lugares; pero aun no te he dicho el terrible azote que viene á visitarlos todos los años. Cuando llega el verano y el sol calcina la tierra, desecando los pantanos, se desprenden de aquellas salobres aguas miasmas ponzoñosos, que producen la peste. Entonces es cuando se presenta M. de Ramsay: recorre sus tierras, visita las habitaciones en que reina la fatal enfermedad, lleva socorros á los infelices, los consuela y los asiste. He aquí, hermana mia, á lo que él llama ejercer su profesion y el motivo porque

quiere dejarnos para regresar á Ramsay.

—Mucha filantropía es esa!—esclamó Serafina con mayor sorpresa que simpatía y admiracion por una beneficencia tan rara como jenerosa.

—Y no es eso todo,—continuó diciendo Felicia:—M. de Ramsay se ha propuesto esterminar el azote que tantas víctimas hace todos los años; y consagra la totalidad casi de sus rentas á la ejecucion de obras inmensas: trata de desecar los pantanos, cuyas aguas estancadas emponzoñan el aire, y de volver para siempre la salud y la vida á aquellos desgraciados, que le miran como á su bienhechor, como á su ángel tutelar.

—Muy bueno es todo eso,—dijo con frialdad Serafina.

—Nada tiene de particular,—repuso el médico con tristeza:—¿qué habia de hacer con mis bienes si no los empleára de esa manera?

—Nunca falta en que emplear el dinero,—replicó la señorita de Clavieres, dirijiendo en torno suyo una mirada, como para acreditar la verdad de este trivial axioma.

M. de Ramsay y Felicia se miraron, abundando ambos en un mismo pensamiento: uno y otro estaban admirados y entristecidos por el profundo egoismo que revelaban aquellas palabras; pero Serafina no advirtió la desagradable impresion que habia causado, y dirijiéndose al doctor, añadió:

—¿Y no renunciaríais gustoso á esa existencia insípida y monótona, cuyas distracciones y satisfacciones se reducen todas al cumplimiento de una obra de filantropía?

—Es la única clase de vida que puede convenirme, —respondió suspirando M. de Ramsay:— el mundo tiene para mí muy escasos atractivos, y lo he frecuentado además bastante poco.

—Creo que tú no tengas ideas semejantes, hermana mia, —dijo Felicia con una débil sonrisa, — y me parece que entiendes la vida de otro modo.

—Sí, —contestó la señorita de Clavieres con una vehemencia mezclada de amargura;— amo el fausto, lo confieso. La soledad me causa horror y necesito el ruido, el brillo y el movimiento del mundo. Es preciso que oiga zumbiar á las jentes á mi alrededor, y la tristeza se apodera de mí cuando, apartándome por un momento del torbellino que me aturde y me arrastra, me encierro en mi habitacion y paso un solo dia entregada á mí misma.

—Querida Serafina, —dijo la viuda, —¿qué valeo debes encontrar en este momento al lado tuyo! ¡M. de Ramsay y yo somos tan poco á propósito para distraerte!....

—Mientras que esteis ambos á mi lado, no tendré necesidad de las distracciones que voy á buscar en las reuniones, —repuso la señorita de Clavieres con tono verdaderamente afectuoso y

con una sensibilidad, de que acaso se admiraba ella misma.

Estas palabras tranquilizaron á Felicia, y creyó todavía en la ternura y en la amistad de su cuñada. Resolvióse, pues, á amarla, reconviniéndose interiormente por haberla juzgado mal. El corazon de Serafina era un abismo, cuya profundidad no habria podido sondear una mirada mucho mas penetrante que la de la jóven viuda.

A muy poco de terminada la cena, se retiró M. de Ramsay. Felicia, recojiéndose á su habitacion, se hizo desnudar y despidió á Dorotea. En seguida, antes de acostarse, ecsaminó cuidadosamente el cuarto, tanteando todas sus puertas, y asegurándose de que estaban cerradas, pues no se le apartaba de la imaginacion el canto que habia creído oír en aquel vasto aposento, donde sin embargo estaba sola. No pudiéndose explicar un hecho que le parecia tan singular, no habia querido hablar de él; pero su imaginacion no podia apartar de sí aquella idea, y en vano procuraba comprender por qué efecto de acústica habian sido engañados sus oídos. A pesar de lo que le habia dicho el ama de llaves, no creia que fuese una ilusion, un sueño que habia tenido despierta, y este incidente no dejaba de causarle alguna inquietud. Al llegar á la puerta del gabinete donde le pareció oír la voz misteriosa, puso la mano en la llave y vaciló un momento;

mas llevada de un impulso de curiosidad, abrió la puerta de aquella habitacion en que no habia entrado todavía. Hallóse en una linda piececita, que aun no habian tenido tiempo de arreglar, y cuyos muebles eran bastante orijinales. Aquel recinto parecia consagrado al descanso, á la molicie, al p'acer: un divan sumamente bajo rodeaba todo el interior; el artesonado estaba pintado al estilo oriental, de colores vivos mezclados con algunos dibujos en oro; hermosos vasos del Japon, destinados para ramilletes de flores, adornaban los rincones; varias pieles de tigre, esparcidas por el suelo, servian de alfombra; grandes cortinas de seda carmesí, como el divan, caian delante del balcon, el cual debia dar á los jardines de la vecindad; y sobre un velador y al lado de una lámpara, que sin duda debia hacer mucho tiempo que estaba apagada, se veian algunos libros. Pero lo que mas vivamente llamó á Felicia la atencion, fué un cuadro, cuyo ancho marco tocaba por su parte inferior al divan y por la superior llegaba casi al techo, y cuya pintura representaba una mujer de pie en traje de amazona. Con una de sus manos, pequeñas y bien formadas, levantaba la cola del vestido, y con la otra cubierta de un fino guante, tenia asido un látigo con puño de oro. Un sombrero negro estaba caido á sus pies, y los rizos ondulantes de su blonda cabellera parecian flotar á mer-

ced del viento. Pero por una rara aprension del modelo, ó por un capricho del artista, no podia reconocerse á la elegante amazona que representaba aquel retrato, pues no se veia ni su mirada ni su sonrisa: un antifaz de terciopelo ocultaba su rostro, dejando apenas entrever la parte superior de una frente ancha y serena y el gracioso hoyito de una barba redonda y sonrosada, bajo la cual tenia varonilmente anudada una corbata de seda negra.

Felicia se hallaba contemplando esta pintura, cuando llegó á sus oidos un ruido lijero, que la hizo estremecer y casi al mismo tiempo escuchó el estribillo de la barcarola amorosa.

Era la misma voz, una voz de hombre, una voz jóven y fresca la que cantaba, y esta vez no le quedó á Felicia la menor duda. Aquel músico invisible estaba cerca de ella, en una pieza inmediata, y no se hallaba separado mas que por una puerta ó por algun delgado tabique. Pálida, asustada y reteniendo el aliento, siguió escuchando todavía, y pronto advirtió, como la vez primera, que la voz se iba alejando, hasta perderse á lo lejos.

Entonces principié á registrar con la bujía en la mano, tratando de averiguar como llegaban los sonidos tan distintamente hasta ella; pero por todas partes despedian las paredes un sonido seco, y no logró descubrir la menor señal de puerta

secreta ni de ningun otro medio de comunicacion entre las dos casas.

— Repuesta algun tanto la jóven de su emocion, mas sobrecojida aun por un vago temor, salió del gabinete, dirijiéndose de espaldas hácia la puerta, y despues de dar vueltas á la llave y dejándose caer sobre una silla á los pies de su cama, barbotó:

— ¡Dios mio, aqui deben haber sucedido cosas muy extraordinarias!



Los interlocutores invisibles.

ERAN las diez de la mañana. La viuda, sentada delante de su tocador, se peinaba lentamente y sin dirigir la vista hácia el espejo, que reflejaba sus facciones encantadoras, sus brazos medio desnudos y su elegante talle, alrededor del cual flotaban libremente los pliegues de un peinador de muselina. Dorotea, de pie á su lado, le iba dando de uno en uno los alfileres con que sujetaba con distraidas manos las largas trenzas de su cabellera. Desde que entró aquella mujer vacilaba la jóven en preguntarle y hablarle del extraño incidente que habia escitado en ella tanto temor como curiosidad. Sin desconfiar precisamente del ama de llaves, no contaba ni con su buena voluntad ni con su discrecion, y no se atrevia á con-

fiarle un hecho que para ella tenia todos los visos de misterioso. Por su parte la malvada Dorotea le contemplaba con una maligna alegría.

—Teneis, señora, esta mañana un semblante que me causa pena,—la dijo al fin;—vuestros ojos están hinchados y alterado el color: sin duda habeis pasado mala noche.

—Verdad es,—contestó Felicia;—apenas he dormido.

—Y acaso habréis llorado mucho,—añadió el ama de gobierno con acento de hipócrita sensibilidad:—deberíais, á mi parecer, procurar cuidaros y considerar que vuestro estado puede empeorarse.....

Iba á proseguir por el mismo tono; pero advirtiendo que Felicia escuchaba con distraccion y no atendia casi á sus palabras, mudó de pronto de asunto, y dirijiendo una mirada alrededor del aposento, continuó diciendo:

—Creo, señora, que estaréis contenta con vuestra habitacion; á lo menos he hecho por mi parte cuanto me ha sido posible para conseguirlo. La señorita no me habia concedido sinó muy pocas horas; pero como me ordenó al mismo tiempo que no perdonase gasto alguno, he podido cambiar todos los muebles.

—¿Quién ocupaba esta habitacion antes que viniera?—preguntó Felicia.

—Nadie,—respondió Dorotea, ecshalando un

hondo suspiro:—¡era el cuarto de mi pobre amo M. de Clavieres! Desde que dejó de habitarlo ha permanecido siempre cerrado.

—Y hace mucho tiempo de eso?—volvió á preguntar la jóven con admiracion.

—Cerca de cuatro años. Despues de la muerte de su señora madre, no quiso el amo continuar viviendo en esta casa; pero se reservó estas habitaciones que, como podeis ver, forman un cuerpo separado del edificio. No sé cual fuese su idea: el amo dejó aqui sus muebles y su biblioteca, y me dijo varias veces que pensaba venir algun dia á ponerlo todo en órden. Entretanto las cosas han seguido en el propio estado, y la señorita ha heredado esto como lo demás. Ayer, por órden suya, hice trasladar á otro sitio los sables turcos, las escopetas, los libros, etc., y he mudado todos los muebles.

—Pero me parece que no habeis tocado á esta pequeña habitacion,—dijo Felicia, señalando al gabinete.

—Con efecto; no hemos tenido tiempo,—contestó el ama de gobierno;—pero podeis estar segura de que hoy quedarán enteramente cumplidas las órdenes de la señorita, y se cambiarán los mueb'les de ese cuarto.

—No, no, querida Dorotea,—repuso la jóven, interrumpiéndola:—dejemos ese gabinete tal como se encuentra.

Y despues de un momento de silencio y de reflexión, añadió:

—¿Fué M. de Clavieres el que la hizo amueblar así?—

—Sí señora; pero no se advierte en él su gusto.

—Lo que mas me ha llamado la atención es ese gran cuadro.

—Cuál? ¿esa mujer que tiene cubierto el rostro con un antifáz negro?—preguntó con desden Dorotea.—¡Vaya un modo gracioso de hacerse retratar! Esta idea solo ha podido ocurrírsele á una mujer tan fea como...

Deteniendo aquí la espresion que iba á soltar imprudentemente, continuó en voz mas baja:

—Tan fea como el mismo diablo.

—¿Con que creéis que sea un retrato?... ¿Y conocéis al orijinal?

—No, señora: el amo trajo ese armatoste creo que á su regreso de Italia, y no sabiendo donde colocarlo, le puso ahí.

Estas noticias, tan poco detalladas, nada esplicaban á Felicia: las vagas sospechas que habia concebido desaparecieron casi enteramente y su imaginacion se fijó en otra conjetura tan plausible que se admiró de que no le hubiese ocurrido antes.

—¿Podríais manifestarme, buena Dorotea,—añadió,—si vive alguien encima ó debájo de mi habitacion?

—En el piso bajo están las cocheras y los cuartos de los lacayos,—respondió el ama de llaves, algo sorprendida del interés que la jóven manifestaba en saber quiénes eran sus vecinos,—y en el superior los de los otros criados.

—Vamos, ya entiendo,—se dijo la viuda á sí misma, casi avergonzada de las vueltas que habia estado dando á su imaginacion:—sin duda era algun lacayo el que cantaba esta noche, y quizá por la disposicion de las localidades, que no puedo comprender, habrá llegado su voz hasta mí á través de las paredes, y con el silencio de la noche he creído oirla á mi lado. ¡Cuántos vanos temores y qué ideas tan locas, por un hecho en sí tan sencillo!

Un momento despues entró la señorita de Clavieres. Ni Felicia ni Dorotea habian sentido su paso fuerte y cortado, pues desde el día anterior hasta habia variado de modo de andar. Su fisonomía, ordinariamente triste y ceñuda, tenia en aquel momento una espresion jovial y afable, que hubiera embellecido cualquier otro rostro que no fuera el suyo.

—Parece que el ama está contenta,—barbotó al retirarse Dorotea.—Esta es una gran novedad.

—Buenos dias, querida Serafina,—dijo la jóven viuda con acento afectuoso:—no creia

que madrugases tanto.

—Felices, amada hermana, —contestó la señorita de Clavieres: —tenia en verdad la mala costumbre de levantarme tarde, lo cual era perder una parte del dia; pero ahora no siento aquel mortal fastidio que me hacia las horas tan largas. Desde ayer he mudado de vida... y á tu influencia debo semejante transformación.

—Querida hermana, ¡qué grato me es oírte hablar de ese modo! —esclamó Felicia, abandonándole las manos y levantando la cabeza para presentar la frente á Serafina, que se acercaba á besársela.

—En aquel momento se reflejaron ambos rostros en el espejo, y la última vió de frente su repugnante máscara al lado del perfil delicado y encantador de la joven viuda. Levantóse inmediatamente con un movimiento brusco, y sentándose á alguna distancia, dijo con sequedad á Dorotea, que volvía:

—Acabad de vestir á mi hermana, pues ya hace una hora que por culpa vuestra está en el tocador.

—Tenemos que salir esta mañana? —preguntó Felicia, algo admirada de aquella especie de reconvenccion.

—No, no tengo formado proyecto alguno, respondió la señorita de Clavieres con algun despego; —nada me parece mas insípido que el pa-

sear por la mañana: si salgo en coche creo ser una litiganta que corre á visitar á los jueces una hora antes de la audiencia, ó una lady del Northumberland, que anda á caza de los monumentos de París; si voy á pie, es mucho peor todavía, pues sufro mil codazos de los aguadores, y los vendedores de pescado me estropean los vestidos con los pinchos de sus cestas. No pienso salir esta mañana.

—Me alegro, pero M. de Ramsay me ha prometido que vendria temprano.

Estas palabras cambiaron repentinamente el humor y las disposiciones de Serafina: su fisonomía se despejó, y animándose como por encanto, dijo con viveza:

—Vendrá el doctor esta mañana? Le haré que se quede á comer. Vamos á pasar un dia agradable, querida Felicia: él es inteligente en pintura, y quiero enseñarle mi galeria, que no es del todo mala. He hecho docuras para formar esta coleccion. De paso podrá ver mis estátuas, mis objetos de la China, mis vasos etruscos y mis animales disecados. ¡Qué placer tendré en manifestarle todas estas curiosidades!

—Veo que vamos á dar un paseo sin salir de casa, repuso Felicia;—pero, hermana, será preciso caminar poco á poco, y tal vez no tengas paciencia para ello.

—Yo? ¿y por qué no? Ya trataré de arreglar

mi paso al de M. de Ramsay. Jesus! añadió, acentuando cada palabra, como una persona que se complace en sus reflexiones,—¡qué enfermedad tan cruel! Verse reducido á arrastrarse con paso lento é inseguro al lado de los que caminan regularmente; envidiar la suerte de todos los miserables que huellan la tierra con sus pies desnudos y robustos, no poder presentarse en público sin escitar la conmiseracion ó una triste sorpresa, es una ecsistencia muy penosa. M. de Ramsay ha debido maldecir muchas veces el dia en que su madre le dió á luz tan defectuoso y tan monstruosamente deforme.

—Oh! sí, ¡debe ser muy desgraciado!—esclamó la viuda con el corazon oprimido por la enérgica espresion de una compasion semejante, y sin profundizar el oculto resorte de aquella cruel simpatia.

Dorotea penetró quizá mas que ella la idea de Serafina, y desde entonces sospechó que su ama experimentaba en favor de M. de Ramsay los primeros síntomas de un sentimiento bastante vivo. Parecióle aquello tan chocante, que cuando las dos cuñadas, habiendo salido de la habitacion, la dejaron sola, se arrojó sobre un sillón, riendo á mas no poder y exclamando:

—Linda pareja á fé mia!... No dejaria de ser chistoso el ver á la señorita en traje de boda y á M. de Ramsay caminando á la coscojita para abrir

con ella el baile! ¡Dios mio! ¡qué cuadro!... Lo mismo tiene,—añadió, reponiéndose de aquel acceso de jovialidad y volviendo á sus ideas de avaricia, de ódio y de venganza;—lo mismo tiene: si la señorita se llegase á enamorar del cojito, no irian peor las cosas por eso; todo lo contrario. En primer lugar, se dulcificaria su carácter; despues no se cuidaria lo mas mínimo de la compañía de su cuñada, y aun llegaria á sentir tal vez el haberla colocado entre ella y su amante: entonces.... ¡ja! ¡ja! entonces tengo para mí que ha de haber revoluciones en esta casa, y será cosa de ver.

El médico pasó el dia entero en la morada de Serafina. Sin saber cómo, se hallaba en una especie de intimidad, que le era sumamente agradable; pero, contra toda su esperanza, no podia acostumbrarse á mirar el semblante de la señorita de Clavieres, experimentando cada vez que involuntariamente ponía en él sus ojos una sensacion de malestar indefinible. Hallábase no obstante reconocido á la afectuosa benevolencia que le manifestaba, y sobre todo le agradecia en lo íntimo de su corazón su manera de conducirse con Felicia, á la que siempre trataba con semblante risueño y con tal cariño, que habria engañado á personas mas avisadas todavia que M. de Ramsay. Ni siquiera sospechaba este que á él era á quien se dirijian en cierto modo aquellas mues-

tras de afecto y aquellos indicios de un nuevo sentimiento, que se apoderaba súbitamente de un alma inesperta y fogosa.

Serafina no sabia darse cuenta de lo que pasaba en su corazon. Verdad es que no tenia el candor ni la sencillez de una adolescente; pero ignoraba de todo punto lo que es una pasion amorosa, y se engañaba sobre sus propias impresiones, como una niña de quince años que jamás ha fijado su pensamiento sobre ciertas ideas, ni comentado en su imajinacion la palabra amor.

Este dia, que no pareció largo á M. Ramsay, y que Serafina juzgó haber sido el que mejor habia ocupado y el mas agradable de su vida, dejó á la jóven viuda una impresion de profunda tristeza. Notaba en su interior ciertos contrastes, que se acercaban y repelian mútuamente, y sentia con un pesar, mezclado de remordimiento, que su corazon no correspondia á las señales de amistad que le prodigaba Serafina. Por una ley fatal de nuestra naturaleza, debilitando el tiempo nuestros dolores y nuestros pesares, nos sumerje en un mortal abatimiento y en una especie de postracion moral, mas larga y mas difícil aun de curar que la crisis que la ha precedido. Felicia empezaba á caer en este estado, y á medida que su alma se iba reponiendo del terrible sacudimiento que tanto la habia conmovido, notaba en sí misma, en vez de la calma que espe-

raba, una languidez y un fastidio inesplicables. Inquieta y disgustada, deseaba con impaciencia que se terminára aquel dia, y no sin satisfaccion vió llegar la hora de recojerse. Lo mismo que la noche anterior, se apresuró á despedir á Dorotea, y encontrándose sola, respiró al fin con libertad.

Era muy cerca de media noche: el tiempo estaba tempestuoso, y á través de las entreabiertas ventanas se distinguia una parte del firmamento, donde brillaban débilmente las estrellas. Reinaba un silencio profundo bajo las frondosas ramas de los árboles del jardin; pero al otro lado de las tapias, cubiertas de yerba, se oia el murmullo sordo y continuo de la populosa ciudad, el ruido lejano de las olas vivientes que bullen dia y noche sobre el suelo de París.

Acordóse Felicia del cantor de la víspera, y prestó por un momento atencion, porque le pareció que habia entrado alguien en una pieza del piso inferior situada bajo de su cuarto: esperaba volver á oir de un momento á otro la voz pura y armoniosa, y se disponia á observar este singular efecto acústico, cuando en vez del estribillo de la barcarola llegó á sus oidos el murmullo sordo de una série de interpelaciones, mezcladas de epítetos, cuya ortografia no se encuentra fijada en el Diccionario. Era la voz del cochero de la señorita de Clavieres, que reñia á los lacayos.

La viuda se apresuró á cerrar la ventana, y entrando en el gabinete, se sentó delante del velador, en el cual habia colocado durante el dia toda su correspondencia, que era bastante reducida, pues no habia persona en el mundo á quien hubiese escrito mas de tres veces en su vida. Tomó en seguida una pluma, y escribió á M. de Ramsay lo siguiente:

«Mi mejor amigo: ¿no es extraño que habiendo pasado todo el dia en vuestra compañía me sienta arrastrada á manifestaros por escrito mis pensamientos y mis impresiones? Si al menos tuviera algun secreto que revelaros.... pero ninguno tengo; solo deseo hablar con vos, y nada mas. ¡Si supiéseis cuanto me reprendo á mí misma por lo que ha pasado hoy en mi alma y por el efecto que en ella ha producido la presencia de Serafina!.... Mi hermana no puede portarse mejor conmigo: me colma de atenciones, dándome las mayores pruebas de amistad; y á pesar de todo, mi corazón enmudece en presencia suya. Si me habla, se paralizan mis facultades, y si me escucha, nada me ocurre que decir, ni aun á vos mismo.... Amigo mio, vos, que reunís la ciencia á la discrecion; vos, que sabeis curar las enfermedades del alma lo mismo que las del cuerpo, enseñadme como podré vencerme á mí propia.... Lo necesito, porque sufrí en estre-

mo, y hasta vierto lágrimas...»

Al escribir esta palabra dejó escapar la pluma y se pasó la mano por sus ojos humedecidos; pero muy luego cayeron inertes sus brazos, la sangre se le heló en las venas y sintió su frente bañada en un sudor frio. Habia oido hablar detrás de sí y casi á su mismo oido.

Inmóvil y con la mirada fija escuchaba, dudando de aquel prodijio y sin atreverse á volver la cabeza, porque le parecia que iba á ver descender de su cuadro á la dama del antifaz de terciopelo. Un momento despues dijo en tono de reconvencion una voz dulce y sonora de hombre:

—Otra vez, Esteban, aguardad mis órdenes para interrógar á los criados de miss Diana.

—He creido, señor,—repuso otra voz con melifluo acento,—que os daba en ello una prueba de mi celo por serviros; y aun cuando he merecido vuestras reconvenciones, me parece que apreciaréis la intencion.

—Bíen, bien: sé que ha sido buena, y por eso no os regaño.

—Entonces, señor,—continuó con volubilidad la misma voz, me permitiréis añadir que miss Diana está mala, casi morihunda: Betzy, su doncella favorita, es la que me lo ha asegurado, ¡y cómo lloraba la pobre jóven!... Desde esta mañana especialmente ha empeorado la enferma en términos que, en vista del estado de exaltacion en que

se encuentra, es muy de temer un ataque cerebral. James, el ayuda de cámara, con quien también he hablado, se hallaba en la mayor consternación, pues acababa de oír á los médicos que todo el mal estaba en el cerebro... Ya veis, señor, que no he hecho mal en procurar adquirir noticias.

—Otra vez os limitaréis á ejecutar simplemente mis órdenes,—replicó la otra voz con tono seco. Avisad á Piter que mañana temprano pienso partir, y por ahora no os necesito. No entreis hasta que llame.

El ruido que hizo una puerta al cerrarse, indicó que el que acababa de hablar se retiraba, y casi al mismo tiempo se dejó oír la voz de un nuevo interlocutor.

—Está el amo en su cuarto?—preguntó por lo bajo.

—Sí, respondió el otro, y está de un humor capaz de hacer temblar á las mismas piedras: el matrimonio no se efectuará de seguro, Piter... y miss Diana puede morirse cuando quiera, que no será esta casa donde se lleve luto por ella. Vamos, vamos: el señor conde me ha dado ya sus órdenes para tí, y nada tenemos aquí que hacer.

Alejáronse al decir esto, y el ruido de muchas puertas que se cerraban sucesivamente, anunció que al marcharse iban atravesando una série bas-

tante larga de habitaciones.

Felicia, con el cuerpo inclinado hácia adelante, fijos los ojos y el semblante demudado, habia estado escuchando este diálogo con un mudo estupor. Parecíale que hablaban detrás del cuadro y que no se hallaba separada de los interlocutores mas que por el lienzo; pero no acertaba á esplicarse el motivo de ecsistir aquella especie de comunicacion entre las dos casas, ni el objeto con que se habia practicado. Despues de haber prestado atencion por bastante tiempo todavia, á fin de asegurarse de que no habia nadie por alli cerca, tomó una bujía y se puso á ecsaminar minuciosamente la habitacion. La pared estaba por todas partes lisa y sólida, y el cuadro sujeto á ella por medio de unos clavos grandes: era por lo tanto evidente que aquel ancho marco de madera dorada no era movible, ni ocultaba una puerta secreta, porque no podia descubrirse la menor señal de abertura, ni la mas estrecha rendija. La jóven debió renunciar por consiguiente á investigaciones inútiles y á conjeturas en que se perdia su imaginacion. Unicamente deducia de aquel hecho singular, que sin querer habia descubierto un secreto, olvidado quizá hacia mucho tiempo y que tendria relacion probablemente con alguna misteriosa aventura, que nunca acertaria á adivinar.

Despues de muchas reflexiones, juzgó pru-

dente callar su descubrimiento y dejar las cosas tales como se hallaban sin duda hacia largos años. La cerradura de la puerta de comunicacion entre el gabinete y su cuarto la tranquilizaba completamente, y solo experimentaba un vivo sentimiento de curiosidad respecto de aquel vecino desconocido, cuyos secretos habia sorprendido involuntariamente: un matrimonio desbaratado, una novia que se estaba muriendo, un amante irritado y una especie de criado de comedia, que trataba de reconciliar á la desavenida pareja.

Felicia, del mismo modo que el dia anterior, salió del gabinete ajitada y pensativa, y dando dos vueltas á la llave de la puerta, se dijo á sí misma, sin poder apartar la imaginacion de aquel extraño incidente:

—Sin duda era él el que cantaba anoche... y debe ser un jóven.... Pero ¿por qué no querrá casarse? ¿Por qué deja morir de dolor á esa miss Diana? Por fuerza no debe quererla.... Acaso sea fea, tan fea como.... Oh! no puede ser. Mañana trataré de informarme de Dorotea, que debe estar enterada de los nombres de las personas que viven en las casas inmediatas, y sabré por ella quien es este vecino, cuyos secretos, á pesar suyo y mio, me veo espuesta á sorprender.... Pero no, en cuanto oiga ruido en su cuarto, me retiraré discretamente.

mente y le dejaré solo.... Sin embargo, mucho gusto tendria en oirle si otra vez cantára.

Durmióse la jóven entregada á estas ideas, y cuando se despertó á la mañana siguiente, volvieron aquellas á ofrecerse á su imaginacion. Antes de llamar á Dorotea, se levantó, y abriendo el gabinete, con el cual habia estado soñando toda la noche, se asomó al balcon, que estaba practicado en una pared enteramente desnuda, y procuró orientarse. Daba este balcon á un vasto jardin, cuya vejetacion habia vuelto al estado salvaje: veíanse las zarzas enlazadas á los troncos de los olmos, y la arena de los paseos habia desaparecido bajo los magníficos cardos que en ellos crecian interpolados con abundantes ortigas. En la alineacion de las paredes de la casa de Serafina se encontraba otro edificio, construido un poco mas adentro y que daba tambien al jardin; de modo que era preciso sacar el cuerpo bastante fuera del balcon para distinguir las destrozadas celosías, la escalinata cubierta de verde musgo, y las esculturas mutiladas de su fachada interior.

—Allí es donde debe vivir ese jóven,—se dijo la viuda, admirada de tanto descuido y abandono,—y sin embargo, no parece sinó que la casa está desierta.

Un cuarto de hora despues, mientras que Dorotea la peinaba, le preguntó con finjida indiferencia:

—¿Está habitado ese gran edificio que se descubre desde el balcon del gabinete?

—Sin duda me haceis esa pregunta porque parece abandonado, ¿no es verdad?—repuso el ama de llaves.—Pues vive en él, sin embargo, el conde de Albys, á quien pertenece.

—Y es jóven?

—Ja! ¡ja! un jóven de mas de sesenta primaveras; á lo que hay que añadir que las personas que le han conocido de toda la vida, aseguran que nunca ha sido ni hermoso ni amable.

—Qué decís!—esclamó Felicia con injénua sorpresa.

—Y no es esto todo,—añadió Dorotea con un movimiento de labios, con el cual parecia querer aguzar mas su lengua maldiciente,—sinó que por contera es un viejo loco, consumado en picardia y en malignidad. Con el fin de privar de su herencia á sus sobrinos, le ocurrió á los cincuenta años cumplidos la idea de casarse con una jóven, á quien aprisionó inmediatamente en su triste habitacion. La pobre señora se consumia de fastidio, y cayendo enferma, fué preciso hacerla viajar; pero su marido no tardó en volverla á conducir á su antigua morada. Decíase que estaba celoso de ella y que la hacia sumamente desgraciada: lo cierto fué que la pobre mujer tomó su pesadumbre muy á pechos, y alterándose de nuevo su salud, se murió... Desde entonces M.

de Albys jamás se ha afeitado la barba en señal de luto, y nunca sale de su cuarto sinó; es para tomar el aire en ese gran jardín, que parece un cementerio de aldea. Yo no suelo verle; pero le oigo algunas veces.

—Decís que le oís?

—Sí; le oigo toser: la ventana de mi cuarto da al jardín, y percibo á veces su voz, cuando grita con acento regañon: «Hola, Piter! ¡aquí! ¡ven á darme el brazo, tunante!...»

—Vamos, no es este por quien miss Diana se muere de amor,—dijo para sí la jóven.—¿Péro por quién será?... Ah! ¡yo lo sabré!...

Despues añadió mentalmente tambien:

—Y para qué? ¿qué me importa? ¿No soy una loca en ocuparme de este modo de una persona desconocida? Si me hallára á solas con el doctor, le contaria todo esto; pero no puedo hablarle, y tengo que contentarme con escribirle.

Conforme iba monologando en sus adentros, rompía maquinalmente el billete principiado la noche antes, y que habia venido á interrumpir un incidente tan novelesco. Conocia que la impresion de la víspera no era la misma que la de aquel dia, y que la carta no contenia lo que hubiera deseado participar á M. de Ramsay.

VI.

La sordo-muda.

INTERIN Felicia procuraba inútilmente descifrar el enigma que sin saberlo le habia propuesto el ama de gobierno, habia ido esta al cuarto de la señorita de Clavieres para ayudarla á vestir. Ya las demás criadas habian acudido al sonido de la campanilla: una abria las persianas y cubria los balcones con cortinas de raso blanco, sobre las que un artista chino habia pintado pájaros de plumaje desconocido y flores no solo inverosímiles, sinó hasta imposibles; otra replegaba las colgaduras de la cama y componia las ropas de la misma, guarnecidas de encaje; otra, arrodillada sobre la alfombra, estaba pronta para calzar unas chinelas de terciopelo bordado de oro en los pies anchos y enjutos de Serafina. Era aquel un cua-

dro á la vez triste y curioso. El dormitorio de la señorita de Clavieres era digno de una reina ó de una mujer hermosa; colgaduras de lustrina azul celeste, pendientes de varillas de oro, formaban un efecto el mas hermoso y sorprendente. Los muebles á lo Luis XV, parecian haber sido trasladados de las habitaciones de Versailles; y el reló, en cuyo esmaltado cuadrante se leia el nombre de Lepaute, habia debido marcar mas de una vez el momento de galantes citas, dadas para el juego de la reina ó para la hora de levantarse la favorita. Si por un milagro el alma condenada de alguno de aquellos gallardos marqueses, de aquellos aturdidos mozalvetes, que formaban la corte de madama Dubarry, volviendo á tomar su figura mortal hubiese podido penetrar en las mansiones hereditarias de la antigua nobleza, se habria detenido en el umbral de aquella habitacion, en la que nada parecia haberse cambiado desde setenta y cinco años antes, y en donde nada de nuevo habria encontrado, á no ser el periódico emborronado de anuncios y adornado con un folletin de nueve columnas, cuyas gigantescas pájinas cubrian el velador en que la señorita de Clavieres, poco aficionada á novelas, lo habia arrojado con desden.

Serafina se dejó vestir sin pronunciar una sola palabra. Jamás le habia sucedido el hacer observacion alguna sobre su peinado, y sus donce-

llas, acostumbradas á esta indiferencia absoluta la vestian á su capricho con los trajes que la mas hábil modista de París habia escogido á su gusto. Prestábase ella á estas operaciones con una especie de impaciencia, y jamás levantaba los ojos sobre el espejo para juzgar del efecto de sus adornos. Despues que la una hubo peinado y arreglado sus cabellos de manera que formasen un pequeño rodete en la parte posterior de la cabeza, le echó otra un vestido de barés negro, forrado de raso del mismo color, y se apresuró la tercera á terminar aquel tocado de luto cubriendo los hombros de su ama con una mantelleta negra de encaje.

—Bien! ya hemos concluido,—dijo la señorita de Clavieres.

Despidió en seguida con una seña á las criadas, y añadió, dirijiéndose al ama de llaves:

—¿Teneis algo que decirme, Dorotea?

—Nada de particular, señorita,—respondió esta;—únicamente venia á preguntaros si debo continuar al servicio de vuestra cuñada, á pesar de que haya venido Rosita.

—Me parece que es inútil,—respondió Serafina.

Y despues de un momento de reflexion, añadió:

—Decidme, Dorotea: ¿qué motivos habeis tenido para insistir en que vuelva Rosita al lado de mi hermana?

A esta pregunta, meneó el ama de gobierno la cabeza, y se sonrió maliciosamente.

—Es una eleccion á la cual dais alguna importancia,—continuó diciendo Serafina, puesto que ya me hablásteis de ella antes de que fuese á buscar á mi hermana á Meudon, y despues habeis insistido. ¿Qué mira es la vuestra, y quién es esa jóven?

—Una pobre criatura, á quien la señorita tomó á su servicio casi por caridad,—respondió tranquilamente Dorotea.—No sirve para gran cosa, es verdad...:

—¿Pues entonces por qué la habeis propuesto?—preguntó con desagrado la señorita de Clavieres.

—Porque no podrá meter aqui gran ruido, ni se ocupará en observar lo que se hace, ni en escuchar lo que se dice, para ir despues con cuentos á su ama. Es una jovencita muy pacífica, á quien no se le ha podido echar jamás en cara la menor indiscrecion y que nunca ha repetido una sola palabra de lo que se ha dicho en presencia suya....

—Es muda acaso?—preguntó Serafina.

—Sordo-muda de nacimiento. Una mujer que no habla, me parece que es una preciosa adquisicion, y he creído que aprobaríais un a eleccion semejante.

—Eso dependerá de lo que diga mi hermana,

—repuso la señorita de Clavieres, satisfecha interiormente de un arreglo que colocaba al lado de Felicia un ser, cuyo afecto y buena voluntad debian ser necesariamente estériles. —

Un momento despues pasó al cuarto de la jóven viuda para proponerle que fuesen á misa á San Roque, pues aun cuando no era devota, no se dispensaba de ciertos ejercicios relijiosos, que la indiferencia impía de su alma practicaba como por pasatiempo.

Acababa de llegar Rosita, conducida por Dorothea. Era aquella una jovencita bastante linda, que á primera vista parecia salir apenas de la adolescencia, pues sin embargo de que contaba ya unos veinte años, tenian aun sus miembros las delicadas formas de la infancia, si bien su rostro anunciaba mas edad que su estatura. Este contraste provenia de su enfermedad, porque obligada, para hacerse comprender, á valerse de la espresion de sus facciones y á suplir por medio de una pantomima ecsajerada la falta de la palabra, surcaban ya su frente algunas arrugas precoces, y un lijero pliegue marcaba algun tanto las estrechidades de sus rojos labios. Tenia ademas la fisonomía de los seres desgraciados que viven separados moralmente de las personas que los rodean y cuya educacion intelectual es casi enteramente nula: su mirada era viva, inquieta y á veces vaga, y habia en su sonrisa cierta tristeza

y vacilacion, que pintaba el esfuerzo continuo de una intelijencia siempre en ejercicio y siempre dudosa, que luchaba en medio de un silencio eterno.

Cuando entró la señorita de Clavieres, Rosita, en pie delante de su ama, contemplaba á esta con sumo interés y manifestaba la alegría que sentía en volverla á ver con una silenciosa sonrisa, que era la mas fuerte espresion de su contento. En seguida, como para entrar de nuevo en el desempeño de su cargo, le hizo un jesto para darle á entender que no estaba vestida con todo esmero, y se puso á arreglarle el traje con sus diestras y pulidas manos.

La mirada que Felicia dirijió hácia la puerta al oir á Serafina, distrajo á Rosita de aquella ocupacion: volvió tambien los ojos, y se quedó como petrificada á la vista de aquella cabeza de Medusa. Una señal casi imperceptible de la viuda le advirtió que no hiciese hablar á su fisonomía; y levantándose al punto, se adelantó á recibir á su hermana y se la llevó al salon, en donde quedaron solas.

Rosita y Dorotea se retiraron por la escalera interior, y la muda corrió inmediatamente al jardin, en donde acababa de divisar á una de las doncellas, que paseaba sobre el musgo á un perrito del tamaño del puño, y cuyas lanas, graciosamente recogidas, estaban anudadas con cintas de color de rosa.

—Anda y charla si puedes!—esclamó el ama de llaves, viéndola acercarse á su nueva compañera;—nada aventuro en dejaros solas.

—Se debe oír misa todos los domingos y fiestas de guardar,—dijo la señorita de Clavieres á su cuñada:—¿quieres venir conmigo á San Roque, querida Felicia?

—Con mucho gusto, hermana mía,—respondió esta.—Esa era mi idea, y ya ves que estoy dispuesta.

Mientras que se ponía el sombrero delante de un espejo, Serafina se acercó al balcón y miró maquinalmente al jardín: contrájose al punto su semblante, se encendieron sus mejillas, y volvió los ojos con un movimiento de furor, de despecho, de confusión y de dolor, pues acababa de ver á las dos doncellas paradas sobre el musgo, riendo la una á mas no poder, mientras que la otra, con esa espresion mínima peculiar á los sordos-mudos, contrahacia el hocico prominente y el juego de quijadas de un lechón.

Antes de que Felicia hubiese acabado de atarse el sombrero, habia ya Serafina recuperado la espresion ordinaria de su rostro. Durante el día olvidó aquel incidente; pero por la noche, luego que sus criadas la ayudaron á acostarse, mandó que la dejarán sola y que hiciesen subir á Dorotea.

—Estoy sumamente disgustada,—dijo con acritud cuando esta entró,—pues me veo servida con una negligencia que ya pasa de raya. Esas jóvenes tienen una torpeza insufrible..... Hasta aquí lo he llevado con paciencia; pero todo tiene su término, y he resuelto poner orden en esto.

—No teneis mas que hablar, señorita,—balbuceó el ama de gobierno, cortada y procurando adivinar la verdadera causa de aquellas palabras.

—Es preciso ante todo despedir á Zoe,—añadió Serafina,—porque de ella principalmente es de quien estoy descontenta: no sirve para otra cosa que para pasear á Cupido en el jardin.

—Teneis razon, señorita,—contestó oficiosamente Dorotea,—y no sé como habeis tenido paciencia para conservar por tanto tiempo á una muchacha, cuyo talento está reducido á peinar á un perrito y adornarle con cintas de color de rosa.

—Mañana por la mañana le ajustaréis la cuenta, y que no vuelva á presentarse delante de mí. Tambien quisiera que hiciéseis de modo que mi hermana despidiese á esa jovencita muda, vuestra protegida: me disgusta en extremo.

—Ya os hice presente las cualidades que me habian hecho pensar en ella.

—Sí, sí, ya me hicísteis su descripcion,—repuso la señorita de Clavieres con acento irónico:

—una muchacha reservada, discreta, muda, en

una palabra... Sí! ¡tan bachillera es ella como las otras!

—Bien!—dijo en su interior Dorotea, para quien estas palabras fueron una revelacion,—la tontuela se habrá puesto á hacer jestos delante de Zoe, y no se le han escapado á la señorita.

—Es preciso que mi hermana despida á esa criatura,—continuó diciendo Serafina,—y la reemplazaréis vos definitivamente.

Esta orden contrarió en gran manera al ama de llaves, porque vió no le traia cuenta; pero conocia demasiado bien á su señora para permitirse una negativa, ni aun aventurar siquiera la menor observacion: asi es que, inclinándose con aire respetuoso, respondió insidiosamente:

—La mudita es con efecto una criatura estúpida, y los criados se burlan ya de ella. Para que se quedára en casa, seria preciso tenerla encerrada dia y noche en el cuarto de su ama; bien que no desearia el'la otra cosa... pero, por lo demás, vuestra hermana no tiene gran interés en que la sirva, solo el doctor es quien la ha tomado bajo su proteccion.

—M. de Ramsay?—preguntó con viveza Serafina.

—Sí, señorita,—contestó Dorotea, procurando hablar con acento compunjado:—¡Es un hombre tan bueno y tan caritativo!... Tiene prometido á los padres de Rosita, que son muy pobres, el to-

mar á su cargo la suerte de la muchacha, y estoy segura de que hará todo lo posible por encontrarle otra colocacion.

—Pues en ese caso, puede quedarse aquí. Ya que el doctor se interesa por ella, no hay mas que hablar. Pero no quiero que sirva de mofa á mis criados, y os encargo que arregleis las cosas de manera que no tenga comunicacion alguna ni con la antecámara, ni con la cocina.

El ama de gobierno se marchó, restregándose las manos y diciendo entre dientes:

—Bien! ¡perfectamente!... ¡Cómo ha cambiado de idea en cuanto le he hablado de M. de Ramsay!... ¡Una mujer que jamás habia tenido con nadie la menor condescendencia!... ¡Ja! ¡ja! ¡será gracioso el verla enamorada de buenas á primeras!... Acaso llegue á ser yo su confidenta.

VII.

Revelacion interrumpida.

PASÁRONSE muchos dias sin que ocurriese acontecimiento alguno que de contarse sea: las relaciones entre Serafina y su cuñada seguian tranquilas y serenas, y M. de Ramsay terciaba naturalmente en aquella intimidad, que procuraba cultivar con el mayor esmero y delicadeza. Muy pocas visitas iban á la casa de la señorita de Clavieres, y la vida que en ella se hacia era uniforme y monótona. Habia, sin embargo, en el corazon de las personas que la habitaban secretas agitaciones, y dos de ellas se hallaban devoradas por las turbaciones y emociones violentas de una pasion oculta y refrenada. Pero estos tres seres, que se veian todos los dias y casi á todas horas, no sospechaban sus mútuos secretos, y guarda-

ban para ellos sus pensamientos.

Serafina habia llegado por último á conocer que experimentaba hácia M. de Ramsay un sentimiento de que hasta entonces no habia tenido la menor idea. Admirada de lo que pasaba en lo interior de su alma, se entregaba sin reserva á aquella imperiosa inclinacion, saboreando, por decirlo así, su pasion; y embriagada secretamente con sus desconocidas emociones, nada advertia de lo que pasaba en torno suyo; tan absorta le habia dejado el descubrimiento de que tenia un corazon. Como no carecia de talento y estaba habituada á no formarse la menor ilusion respecto de su persona, no se lisonjeaba con la idea de agradar á M. de Ramsay, ni ménos concebía el proyecto vano é inútil de hacerle olvidar á fuerza de amor la atroz fealdad de su rostro. Conocia muy bien que era una de aquellas mujeres desheredadas del cielo, á quien nadie podría amar; pero se figuraba que el doctor recibiria sin desden los testimonios de su afecto, y que podría casarse con él sin que su matrimonio fuese ridículo. Sentia ademas en su alma un instinto de rabiosos celos, y quizá era esto lo que hasta entonces la habia preservado del amor; pero la deformidad de M. de Ramsay la tranquilizaba completamente sobre este punto, pues estaba convencida de que jamas habia amado aquel hombre y de que tampoco se atreveria á amar en adelante.

Esta seguridad era bastante para ella, y el monstruoso egoismo de su pasión no le dejaba ver ni calcular otra cosa que su propia felicidad.

M. de Ramsay, por su parte, no adivinó ni los proyectos ni los sentimientos de Serafina, y aceptaba con mayor sorpresa que simpatía las muestras de interés que le prodigaba, sin agradecerle verdaderamente otra cosa que la amistad que manifestaba á Felicia. Entregado además á sus propios pensamientos y guiado por una sola idea, fijaba forzosamente sobre sí mismo su atención para disimular las amargas alegrías, los sufrimientos y los arrebatos involuntarios de su corazón.

Hallábase la jóven viuda muy léjos de sospechar lo que pasaba en aquella alma, subyugada hacia mucho tiempo por una pasión fatal: así es que continuó atormentando inocentemente á M. de Ramsay con las muestras de su cruel amistad y con las familiaridades injenuas y encantadoras que se permitía cuando, solo por un instante podía hablarle como en otro tiempo con un afecto sencillo y confiado. Pero en presencia de Serafina no encontraba siquiera espresiones que dirigirle, pues la influencia de aquel carácter árido é imperioso contraía todas sus impresiones y helaba su pensamiento. La señorita de Clavieres, viéndola siempre del mismo modo, taciturna, algo triste y concentrada en sí misma, dedujo que era simple y apocada. Este creído descubrimiento la

confirmó en sus buenas disposiciones y acabó por hacerle agradable una intimidad, de la que no habia esperado tanto en un principio. No concibiendo el mas leve recelo de una persona que se oscurecia tan completamente, le perdonaba de buen grado la belleza de su rostro, en gracia de lo que ella llamaba su nulidad de entendimiento.

Las costumbres de la casa de Serafina dejaban á Felicia muchas horas de soledad y de libertad, pues pasaba la mitad del tiempo sola en su cuarto. No le habia sido posible desechar enteramente la especie de temor que le causaba su misteriosa vecindad. Durante el dia se estremecia al mas ligero ruido, y por la noche se despertaba sobresaltada, creyendo oir pronunciar á su lado el nombre de miss Diana ó cantar el estribillo de alguna cancion amorosa. Sin embargo, ninguna voz alteraba el silencio de su aposento, y únicamente se percibian los pasos lijeros de Rosita, que iba y venia alrededor de su ama con movimientos parecidos á los de una cervatilla aprisionada.

Por espacio de algunos dias permaneció el gabinete cerrado con llave, hasta que una mañana entró la viuda en él casi temblando y fué á asomarse al balcon que daba á aquel jardin semejante á una selva virgen, donde, segun Dorota, solia pasear algunas veces el conde de Albys; pero la jóven no vió á nadie, ni oyó otra cosa que el

bullir de los pájaros entre las hojas de los castaños y el murmullo de la brisa, que movia dulcemente las cimas de los álamos. Por la tarde entró á buscar un libro que se habia dejado olvidado por la mañana, y se volvió á salir precipitadamente. Penetró otra vez al dia siguiente en la misma pieza, y se sentó á leer junto al balcon; despues se determinó á colocar otra vez sobre el velador su escribanía y su papel, y, por último, se decidió á hacer del aposento su cuarto de estudio y su taller de pintura. Ya empezaba á persuadirse que únicamente en sueños habia oido el nombre de miss Diana y el estribillo de la barcarola; pero no dejaron de pasarse bastantes días antes de que tomara entera posesion de aquel gabinetito, que le agradaba mucho mas que su elegante salon y su magnífico dormitorio. Siempre que entraba en él, no podia reprimir cierta emociion, y se le figuraba que iba á dejarse oir una voz detrás de la dama del antifaz de terciopelo. Muchas veces, fijando sus ojos en aquella desconocida, trataba de quitarle en su pensamiento la negra careta, que acaso el mismo pintor no habria levantado, y figurábasele ver oculto detrás de él un semblante pálido é inundado de lágrimas.

— El traje del retrato parecia indicar una fecha no muy lejana, y era verosímil que la persona, cuya imájen habia sido reproducida con tanta

discrecion, viviese todavía y estuviera aun en la flor de su juventud y de su lozanía. Felicia, contemplándola con particular interés y con una injénuo admiracion, solia decirse muchas veces:

—Oh! si alguna vez llegara á encontrarla, estoy segura de que al punto la conoceria.

Tambien habia deseado preguntar á M. de Ramsay sobre el particular, pues suponía que debia haber visto aquel cuadro en la época en que su esposo le adquirió; pero los momentos en que podia hablarle con entera libertad eran tan cortos, que no se le habia presentado aun una ocasion favorable. No obstante, una vez en que se halló á solas con él en el salon, exclamó la jóven, tendiéndole afectuosamente las manos, como si le viese despues de una larga ausencia:

—¡Cuánto me alegro de veros, mi buen doctor! ¡tengo tantas cosas que deciros!

Al oír aquella voz tierna y dulce, el desgraciado se estremeció, y volviendo á otro lado el rostro, para no encontrar la apacible mirada que Felicia le dirijia, replicó, procurando dominar la turbacion de su alma:

—Hija mia, y yo tambien.... yo tambien deseaba hablaros... Teneis casi siempre una fisonomía que me causa pena, y preferiria veros triste alguna vez á hallaros continuamente con un humor tan igual y tan indiferente. ¿Por qué vivis concentrada de ese modo dentro de vos misma?

—Porque no podría decir á otro que á vos lo que siento y lo que pienso,—respondió Felicia, arrojando un suspiro.—Yo amo á Serafina, ¡es tan buena para mí! pero hay en ella no sé que cosa, que me impone y que me hiela: creo que la temo, y me reprendo por ello, porque es casi una ingratitud, despues de las muestras de afecto que continuamente me está dando.

—¡Hay en esa jóven contrastes particulares!—barbotó M. de Ramsay.

—Yo no puedo dominar estos sentimientos,—continuó diciendo la viuda con tristeza,—y me seria imposible manifestaros delante de ella mis pensamientos. Pero vos mismo, mi buen doctor, no me hablais ya como otras veces, ni me dirijís los nombres afectuosos á que me habíais acostumbrado; antes bien, con mucho cumplimiento, me llamais señora, y desde que mi cuñada está entre nosotros, no soy para vos vuestra hija, vuestra querida Felicia...

—Oh! ¡siempre lo sois y lo seréis!—esclamó M. de Ramsay:—todo puede variar y perecer en el mundo menos mi cariño hácia vos.

—Sí, sí; lo sé muy bien,—dijo la jóven, tomando una mano del médico y oprimiéndola contra su corazon.

Siguióse un momento de silencio: el doctor, absorto en una cruel sensacion de felicidad, sen-

tia que su razon se estraviaba y que iba á dejarse abandonar á esta dolorosa dicha; pero el esceso mismo de su agitacion le ayudó á vencerse á sí propio, y mudo, inmóvil y con la mirada fija en el suelo, parecia insensible á aquellas terribles muestras de cariño, á aquellas dulces palabras que la jóven le dirijia con el candor y la tierna sensibilidad de su alma.

—Mi buen amigo, —añadió la viuda, dejando escapar la mano que tenia aun entre las suyas y mirando á M. de Ramsay de un modo que debió darle á conocer que iba á hacerle alguna confianza, —tengo que contaros una cosa muy extraordinaria; pero ante todo, decidme: ¿habeis venido aqui alguna otra vez? ¿conoceis la habitacion que ahora habito?

—Sin duda alguna, —respondió el médico, admirado del tono que habia empleado la jóven para hacerle una pregunta tan sencilla.

—Entonces, —prosiguió ella, —debeis haber visto aquel singular cuadro que hay en el gabinete.

M. de Ramsay parecia no comprender de qué cuadro queria hablar Felicia, por lo que esta añadió:

—Es un retrato á no dudarlo, el retrato de una jóven, que tendria sin duda sus motivos para no mostrar su rostro, puesto que se ha hecho retratar con un antifaz de terciopelo.

—Cómo!—esclamó el médico con estremada sorpresa, —¿está acaso ese cuadro aquí?.... ¿en vuestro cuarto?

—Sí... Lo habeis visto, doctor? os acordais de él?

—Perfectamente.

—Y en dónde estaba entonces?

—En Roma, en el taller del pintor.

—Y es efectivamente un retrato?

El médico hizo una señal afirmativa.

—Retrato de una mujer hermosa?

—Sí, era hermosa,—respondió M. de Ramsay con un suspiro.

—La habeis conocido!—esclamó la viuda.— Oh! entonces me diréis su nombre y me contaréis su historia, ¿no es verdad?

El doctor vaciló por un instante antes de contestar, y despues dijo con acento grave y melancólico:

—No, hija mia: son secretos que no puedo revelaros. Ignoraba que ese cuadro estuviese aquí; pero no habeis, ni preguntéis á nadie sobre él, porque, sin saberlo y sin querer, podriais hacer sospechar cosas que deben estar ocultas para siempre.

Al acabar de pronunciar estas palabras, entró la señorita de Clavieres. Su presencia impidió á Felicia concluir la confianza que habia empezado á hacer, y guardó la mitad de aquel secreto.

que tanto la ocupaba hacia un mes.

Por la noche, cuando se retiró á su cuarto, hizo seña á Rosita de que aun no queria acostarse, y pasando al gabinete, se sentó delante del misterioso retrato. Su imaginacion se forjó entonces una novela en pocos minutos.

—Esta será una jóven, se dijo á sí misma, que no ha podido casarse con la persona á quien amaba, y acaso habrá llegado á ser mujer de algun otro... M de Ramsay ha sido el confidente de sus amores... ¿Pero por qué estraña casualidad está aquí este cuadro?... ¿Cómo ha venido á caer en manos de personas indiferentes?... Sin duda será porque ya no existe la que representa. Pobre jóven!

Un suspiro ahogado pareció responder al pensamiento de Felicia. La viuda se estremeció, y levantándose, dió un paso hácia la puerta; pero despues se quedó inmóvil y se puso á escuchar con atencion. Estaban hablando detras del cuadro.

Una escena invisible.

Habiase quedado Felicia en pie delante del cuadro, fija la mirada y latiéndole el corazón de sorpresa, de temor y de curiosidad. Sin duda esta persona, que de aquel modo suspiraba,—no estaba separada de ella mas que por la tela del retrato, pues distinguia, en medio del silencio que habia sucedido á aquella explosion de dolor, el débil ruido de una respiracion oprimida y angustiosa. Poco despues, el ligero roce de un vestido de seda le hizo conocer que la persona sentada al otro lado del lienzo se habia levantado con un movimiento repentino, y le oyó esclamar:

—No vuelve!... Hetenido valor para venirle á buscar; pero no le tengo para esperarle... Si

dura una hora mas este suplicio, me hallará sin vida.

Esta voz, cuyo metal era de persona jóven, tenia un acento impetuoso y una vibracion fuerte y sonora, que llamó la atencion á Felicia. Creyó ver al punto la fisonomia, el jesto y la actitud de aquella desconocida, y le atribuyó la belleza varonil y sombría de una Medea ó de una Herodias. Parecia que, al espresarse aquella mujer como lo hacia, se habia dirigido á alguno que hasta entonces habia guardado silencio. Con efecto, no tardó en sentirse el paso de un hombre que parecia aprocsimarse, y la viuda oyó otra voz, que decia:

—Si tarda mas, será preciso renunciar á esperarle.

—¡Renunciar á verle, despues que he venido á buscarle hasta aquí!—replicó la dama con violencia.—Oh! no, no: es forzoso que apure hoy este cáliz que estoy bebiendo gota á gota hace un mes... necesito salir cuanto antes de esta agonía, ó sucumbir.

—Hablad mas bajo, por Dios,—dijo el hombre á media voz,—pues podria andar por aquí algun criado de la casa, y oiros.

—¡A qué extremo me ha reducido!—balbucoè con amargura la desconocida:—¡verme precisada á introducirme furtivamente en su casa para obtener una entrevista!

—Ese es un favor por el que una persona de cabeza como la mía os daría las gracias de rodillas,—repuso el otro interlocutor con un acento resuelto, que formaba singular contraste con la exaltación de la joven;—pero él!.... él es capaz, á fé mía, de sentir que una mujer se comprometa por su causa.

—Esta noche no teneis sino palabras crueles que decirme: ¿es posible qué habéis de esa manera, vos, que sois su pariente, su amigo?

—Su pariente y nada más,—replicó el hombre, siempre con el mismo tono frío y casi sardónico. ¡Oh! yo no me lisonjeo de ser amigo de un sujeto tan virtuoso... yo, la flor y nata de los calaveras, al verdadero tipo de los sobrinos bribones, que descuentan en vida la herencia de un tío millonario, no me considero digno de alternar con ese modelo de jóvenes, sin deudas y sin queridas. Y á pesar de todo no dejo de hacer en este asunto un papel magnífico, pues, dejando á un lado toda pretension y olvidando que habéis desdeñado mis homenajes y rechazado la oferta de mi corazón, he llegado á ser vuestro confidente discreto y leal.

—¡Es una generosidad de parte vuestra! exclamó la dama con sordo acento; pero vuestros consejos y vuestros consuelos han sido hasta ahora bastante funestos para mí.

—Algun dia.... que acaso no está lejano, me haréis mas justicia,—repuso el confidente en tono singular:—estoy seguro de ello.

Despues de un momento de silencio, añadió:

—Luciano no debe saber que os he acompañado hasta aquí: cuando venga, saldré por esta puerta, que da á la escalera interior, y no sospechará mi presencia. Os aguardaré á cincuenta pasos de la casa; el ayuda de cámara que nos ha introducido estará en acecho, y cuando venga á avisarme que bajais, encontraréis el carruaje á la puerta.

—Bien,—respondió la jóven secamente.

Siguióse un largo silencio á estas palabras. Felicia, inmóvil y con el cuerpo inclinado hácia adelante, parecia clavada en el sitio en que se habia parado al oír las primeras palabras de aquel diálogo. Reconveníase por haberlo escuchado; pero una curiosidad mezclada de cierta emocion sofocaba sus escrúpulos, y esperaba con una viva ansiedad el desenlace de aquella escena extraordinaria. En la inocencia y pureza de su alma y en su ignorancia absoluta de lo que eran pasiones, jamás se habia formado idea de una situacion semejante, y lo que acababa de oír era una especie de revelacion, que llenaba su alma de sorpresa, de turbacion y de espanto.

La aguja del reló iba entretanto á señalar las doce: reinaba el mayor silencio, y madama de

Clavieres habria podido creer que los personajes invisibles de aquel drama, que se estaba representando allí cerca, se habian retirado, si no hubiese oido por intervalos algunas palabras sordas é ininteligibles, que se escapaban de los lábios de la jóven, y el paso cortado del hombre, que se paseaba por el aposento.

Por último, un ruido lejano distrajo de pronto á los dos desconocidos de sus silenciosas meditaciones. El chirrido de una puerta hizo conocer á Felicia que el hombre habia desaparecido por la escalera interior, y oyó á la dama dirigirse al fondo de la habitacion y dejarse caer sobre una silla, murmurando con voz apagada:

—Él es!

Casi al mismo tiempo entró un nuevo personaje, quien con un acento inesplicable de sorpresa, de inquietud y casi de espanto, exclamó:

—Miss Diana!

Al momento conoció la viuda aquella voz por la del vecino á quien habia oido cantar el estribillo de la barcarola. Durante un minuto no escuchó mas palabras, ni exclamacion alguna, ni el mas leve suspiro; pero percibia los pasos del reien venido, que se iba aprocsimando lentamente, y hasta le pareció sentir que la dama se estremecía y temblaba. Por un movimiento simpático oprimió sus manos contra su corazon, que latia con violencia, y reteniendo el aliento, se ar-

rodilló sobre el divan y se puso á escuchar con la mayor atencion.

La dama pudo al fin dominar la terrible emociion que le habia embargado el uso de la palabra, y dijo con voz cortada y débil en un principio, pero que muy luego se fué animando hasta la vehemencia:

—Es verdad que no esperábais este paso, Luciano? Pues él puede probaros la situacion en que me encuentro y la desesperacion en que vuestra conducta me ha sumerjido.... No me ha quedado otro recurso que venir á esta casa.... no os dignábais contestar á mis cartas, y cuando os he pedido una última entrevista, os habeis ausentado sin hacerme saber siquiera vuestra negativa.... Os he estado esperando un dia entero, y cuando llegó la noche supe que habíais abandonado á París.... ¡Sabeis que entonces me acometió un terrible temor.... el de morir antes de que volviérais?... Porque debeis suponerlo, Luciano: me era necesaria una esplicacion.... y quiero saber por qué y por quién nos vemos separados.... ¿De dónde procede este rompimiento? Nada, al menos que yo sepa, ha podido motivarlo.... y no ha provenido ni de un disgusto, ni de un capricho de vuestro corazon.... No me habeis sido infiel; pero un dia, sin saber por qué, os alejasteis, dejándome abandonada.... Ah! ¡caballero! vuestra conducta es cruel y hasta villana.



No profirió el jóven una palabra; pero Felicia adivinó que protestaba contra aquel cargo con un jesto de dolerosa indignación.

—¿Qué ha ocurrido que pueda explicar vuestra conducta?—añadió la dama;—¿qué podeis decir para disculparla?... Que no me amais ya?

—Mentiria, entonces—contestó el jóven.

—Sí,—repuso ella,—porque jamás me habeis amado... He leído hasta en lo íntimo de vuestro corazon, y nunca me he lisonjeado de haber logrado subyugarle... lo habia seducido, y nada mas... No me he llegado á formar la menor ilusion sobre vuestros sentimientos, ni aun cuando tenia la esperanza y la certeza de que uniríais vuestra suerte á la mia... Sabia que mi propia pasion era la que arrastraba y encendia vuestra alma, y que estábais, por decirlo así, embriagado con este manantial de fuego... Pero os amaba lo bastante para contentarme con ese débil reflejo de mi amor... Sí, el derecho de vivir para vos y de prodigaros con las muestras de mi ternura, era suficiente á mi felicidad. Pero decís que debo renunciar á ese derecho... ¿y por qué? Esto es lo que vengo á preguntaros... Cuando un juez pronuncia una sentencia de muerte, hace conocer al reo los motivos de su decision.

Y como el jóven continuaba guardando silencio, añadió impetuosamente:

—Oh, Dios mio! mi voz no logra penetrar en

ese corazón vacío y helado... que no alcanza á comprender estos dolores inesplicables!... Escuchad, Luciano,—continuó con acento mas tranquilo; pero con una especie de ironía y de amargura reprimida:—no puedo creer que todo esto sea efecto de un capricho bárbaro... Un hombre de vuestro carácter no procede sin motivo ni reflexión... Acaso este matrimonio no satisfaga enteramente vuestra ambición y vuestro orgullo... acaso penseis que miss Diana Nevil, hija de un par de Inglaterra y una de las mas ricas herederas de la Gran Bretaña, no es un partido digno de vos... acaso tambien me falte belleza á vuestros ojos....

—Si fuéseis menos hermosa, menos rica y de condicion no tan elevada, no habria tenido quizá la fuerza necesaria para renunciar á vos,—replicó el jóven con acento cortado y doloroso:—precisamente esas mismas ventajas, de que teneis derecho á gloriaros, son las que acaban de separarnos... ¡Libreme el cielo de dar motivos para que pueda sospecharse siquiera que procedo por miras interesadas!

—Qué estais diciendo?—gritó la dama con tono de incredulidad y voz irritada.—¡Se alarma vuestra susceptibilidad y se cree ofendido vuestro orgullo á la idea de que, al casaros conmigo, podrian sospechar que haceis un matrimonio por interés! ¿Pues acaso era yo menos rica cuando

hace un mes aceptábais sin escrúpulo mi caudal con mi mano?

—Entonces no me hallaba aun bien informado de mi verdadera situacion,—respondió con resolucion el desconocido;—entonces podia, sin envilecerme á mis propios ojos, aceptar una comunidad de intereses, en que se reunian unos bienes inmensos por vuestra parte y un mediano patrimonio y esperanzas todavía inciertas por la mia.

—¿De modo que vuestra resolucion no tiene otro motivo que esos escrúpulos?

—Ningun otro que la pureza de mi honor.

—Y me sacrificais tan bárbaramente á esas susceptibilidades!—esclamó la dama con una violencia irónica, que se convirtió muy luego en lágrimas y en ternura.—Sí, sois orgulloso y teneis un alma grande: antes que aceptar el caudal de una mujer, rechazais su mano y despreciais su amor... Eso es desinterés! ¡esto es nobleza! ¡esto es magnanimidad!

Despues de un momento de silencio, añadió con acento indecible de reconvenccion, de resentimiento y de pasion:

—¡En el terrible egoismo de vuestro orgullo no habeis tenido en cuenta para nada mis sufrimientos!... ¡no habeis parado siquiera la atencion en lo que me debia costar lo que llamais la pureza de vuestro honor!... ¡no habeis pensado en que le pagaba con la felicidad de toda mi vida!...

—Evitadme esas reconvenciones,— replicó el jóven en un tono que revelaba á la vez un profundo dolor y una sorda irritacion;—no me obligueis á responder, miss Diana.

Despues, apaciguándose casual punto añadió con acento tranquilo y melancólico:

—Tengo la esperanza y la íntima conviccion, Diana, de que esa herida de vuestro corazon y de vuestro orgullo no os hará sufrir por largo tiempo... Nada habeis perdido para siempre, ni vuestra tranquilidad, ni vuestra dicha... Teneis veinte años y sois hermosa... vuestra existencia se halla rodeada de todo el brillo del mundo... de todos los goces... La sociedad, en la que ocupais un puesto tan elevado y tan codiciado, la sociedad, que tantos homenajes os tributa, conseguirá muy en breve distraeros, y un nuevo amor acabará despues por consolaros... Ya me olvidaréis.... todo se olvida.

—Ah! ¡pluguiera al cielo que fuesen ciertas esas crueles palabras!.. ¡entonces podría vivir!—esclamó la dama.

Felicia se estremeció al oirla; sin duda debió conmoverse tambien aquel á quien dirijia aquellas palabras, puesto que este murmuró con voz ajitada:

—Á precio de mi sangre querria honrar de vuestra vida y de la mia el dia funesto en que nos vimos por la vez primera, y el mas fatal todavia en que trocamos nuestras mútuas promesas.

La amante abandonada debió ver sin duda en estas palabras una espresion de pesar, y le pareció quizá que aquel corazon, que queria alejarse de ella, vacilaba en su resolucion, porque gritó como animada por una repentina esperanza:

—Luciano! ¡no habeis olvidado esas promesas de que ahora renegais!... Ah! ¡todavía no estamos separados enteramente! Vuestro corazon vacila, y teméis tanto el romper nuestro compromiso como el volverlo á anudar: pues bien, difiramos nuestras resoluciones y dejémonos llevar á donde el destino nos conduzca..... Nos veremos todos los dias como antes, y no seré ecsijente... no os pediré cuenta de vuestra irresolucion, ni de vuestros caprichos, ni me indignaré tampoco por vuestra indiferencia... me daré por satisfecha con guardar relaciones puramente amistosas... Qué digo! me tendré por feliz, pues ahora conozco que puedo sufrirlo todo de vos con abnegacion y hasta con alegria... todo lo puedo sufrir, á escepcion de vuestra ausencia... Luciano, no os pido mas: mañana os aguardó....

—Mañana ya habré partido,—respondió el jóven con voz alterada, pero firme.

Al escuchar estas palabras decisivas, sintió madama de Clavieres que la sangre se le helaba en las venas, y maquinalmente se inclinó hácia el cuadro, conteniendo la respiracion. Su rostro tocaba casi al lienzo que la separaba de los actores

de aquel drama invisible, y le parecía que un aroma, el fuerte perfume de algún frasco, que debía tener sin duda miss Diana en la mano, llegaba hasta su olfato. Durante unos momentos nada oyó, y aquel silencio, aquella tranquilidad la inquietaron más que si hubiese escuchado gritos y sollozos. Por último, el joven continuó con voz grave y alterada:

—No nos separemos con palabras tan amargas, Diana; dejadme al menos ausentarme de vos como un amigo. Algún día, cuando os halleis consolada y podáis dirigir una mirada serena é imparcial sobre lo pasado, os acordaréis sin cólera de mí... Entonces puede que recordeis sin amargura nuestra despedida y sintais una satisfacción al pensar que fué dolorosa, pero noble.

—Partis mañana!—esclamó la dama, como si de todo lo que acababa de oír no hubiese retenido más que aquellas palabras. Ah! ¡lo teniais decidido!... ¿Y durará mucho tiempo vuestra ausencia?

—Sí, mucho, á lo que creo,—contestó el joven con el mismo tono triste, aunque resuelto.

—De modo,—repuso la dama con violencia reprimida, pero que muy luego estalló con fuerza,—de modo que partís con el corazón tranquilo y el ánimo sosegado.... y yo quedo entregada á tormentos que no solo no compadeceis, sinó que ni acertais á comprender siquiera.... Habis

abierto en derredor mio un precipicio, en el que mi razon debe sumerjirse juntamente con mi felicidad!.... Ah! yo mido con terror esa profundidad, á cuyo borde me encuentro, y no hace un instante que, trastornando mi cerebro el vértigo del delirio, he sentido que mi juicio se estraviaba.... ¡Sí, mientras que estábais hablando, me parecia que un frio mortal penetraba en todo mi cuerpo y helava mi corazon, que cesaba de latir. Mi fuerza, mi voluntad, mi dolor, mi amor, todo perecia, y en ese aniquilamiento pasajero de mi ser, he columbrado la dicha que es morir... ¡Hé aquí el estado á que me habeis reducido, Lucia-no! Oh! si antes de espirar el término de esta agonía, á la cual sucumbiré infaliblemente, pudiese cesar por un momento de quererlos como á mi amante, conozco que os aborreceria como á mi verdugo.

Hizo el jóven un movimiento, y madama de Clavieres comprendió que se habia levantado. Poco despues le oyó decir con voz agitada y un tanto amenazadora:

—Separémonos, miss Diana, por vos y por mí, pues aun es tiempo... el prolongar esta conferencia solo serviria para desgarrar mas y mas nuestras heridas.

—Y qué me queda que temer?—replicó la dama,—¿qué puñal mas aguzado podeis asestar contra mi pecho? ¿en qué parte podeis ya herirme?

Guardó un instante de silencio, y luego añadió con voz alternativamente furiosa y suplicante:

—Insensato! ¡habeis creido no separar de mí mas que vuestro corazon, y es mi vida la que arrebatáis juntamente con él!... Ay! ¡os hablo con lágrimas y con muestras de dolor, que serian capaces de vencer el odio mas cruel, y no puedo obtener de vuestra indiferencia ni una palabra de compasion, ni una mirada de lástima!... Pero sin duda no comprendéis que me estais asesinando... Si no llego á sucumbir á estos tormentos, ¿qué será mi vida en adelante? Una horrible nada, una cosa monstruosa, que no seria ni la existencia ni la muerte... ¡Y vos sois el que me habeis condenado á tal suplicio con vuestra incomprendible frialdad! ¡el que hace perecer mis esperanzas, mi felicidad y mi amor!... Decis que las susceptibilidades de vuestro honor lo ecsijen... ¿pero no debeis tomar en cuenta para nada el mio, señor conde? ¿Pensais que no queda comprometido con este rompimiento y con el paso que estoy dando eu este momento? Mirad: sola estoy aquí, en vuestro cuarto, en medio de la noche, yo, miss Diana Nevil... Si mañana se llegara á saber, si se divulgara al mismo tiempo que vos os habiais ausentado, quedaria deshonrada, perdida... ¿y no tendria entonces derecho para decir que érais un hombre sin fe, un infame?

El jóven, al escuchar tan terrible injuria, hizo

un movimiento, como el de una persona que retrocede llena de ira y de indignacion, y casi en el mismo instante percibió madama Clavieres que la desgraciada dama se prosternaba de rodillas, exclamando:

—Oh! ¡perdonadme! ¡perdonadme, Luciano! Estoy loca... Si no quereis que espire de dolor á vuestros pies, no me dirijais esa mirada siniestra é irritada... no me mireis con esa espresion de cólera y de despecho... ¿No adivináis lo que me hace desvariar, y lo que hace que mis labios pronuncien palabras de amenaza y de odio? ¿No conoceis que mentia hace un momento cuando fingia creer en esos escrúpulos, en ese incesorable punto de honor, que os sirve de pretexto?... Si os separais de mí, porque sois infiel... el amor que profesais á otra mujer puede únicamente dáros ese bárbaro valor...

—Juro por mi honor que os he dicho la verdad, -contestó con eberjía Luciano.

—Vuestros hechos desmienten ese juramento, -replicó Diana con violencia. -No, no os creo; y si diese fe á vuestras palabras, os tendria por un hombre débil, sin corazon, que sacrifica á la mujer que le ama á una vana quimera.

En vez de responder el jóven, volvió lentamente á dirigirse al fondo de la habitacion, y condujo á la dama al sitio mismo que acababa de dejar, diciéndole con un acento inesplicable de

dignidad, de dolor y de indignacion reprimida:

—He dicho verdad, miss Diana; pero no completamente.

—Ah! ¡al fin!... gritó la jóven.

Después de un momento de silencio, añadió el conde con acento á la vez tranquilo y amargo:

—Escuchadme, miss Diana, escuchad sin interrumpirme y sin protestar contra los hechos que os voy á manifestar, porque seria inútil, puesto que no os creia. Hace algunos años que un hombre de edad, un extranjero de elevada categoría y cuyo caudal era inmenso, habitaba en compañía de su hija única en una de nuestras ciudades del Mediodia... La jóven tendria apenas quince años; pero ya su alma daba entrada á las pasiones que perturban con tanta violencia la existencia de las mujeres á quienes una severa educacion no ha fortalecido contra las inclinaciones de su corazon.

Tenia un jenio vivo y un carácter impetuoso, lo cual no impedia que fuese disimulado al mismo tiempo. Falsa y prematuramente pervertida, logré engañar á su padre, y tuvo un amante á la edad en que las jóvenes no saben todavía que existe otro amor que el que profesan á los autores de sus dias.

Al escuchar estas palabras, hizo la dama un movimiento, y repuso con voz mal segura:

—La calumnia ha podido marchitar á esa jóven... puede muy bien que haya cometido una im-

prudencia y no una falta.

—No me interrumpais, miss Diana,—dijo Luciano secamente;—cuando haya acabado de hablar, la justificaréis si os es posible.... La desgraciada jóven engañó á su padre y á su aya, y contando con el suficiente imperio sobre sí misma para disimular sus sentimientos, sin que nadie sospechara siquiera semejante intriga, entregó su corazón y prometió su mano á un hombre que, seducido mas todavía por sus bienes que por su belleza, tuvo la infamia de combinar los incidentes de aquel drama, de manera que concluyese inevitablemente por un matrimonio. Diestro en este jénero de intrigas, sabia que, para asegurar el buen écsito, era preciso ocultar sus tentativas y alejar las sospechas hasta el desenlace. Tomó tan bien sus disposiciones y rodeó de tantas precauciones y misterio sus relaciones con la jóven, que el dia mismo en que esta huyó con él, nadie habia sospechado aun su trato. Una circunstancia providencial, una carta olvidada en el cuarto de la fujitiva, indicó al desgraciado padre las huellas de los amantes, y siguiéndolos al punto, los alcanzó en una casa de campo, á donde el seductor habia conducido á la mal aconsejada jóven. Entonces.... ¿pero á qué recordaros los pormenores de aquella escena, en que el hombre sin corazón y sin honor, que habia contado con la debilidad y desesperacion de un anciano, con el amor y la

vanas promesas de una niña novelesca, se vió cogido en sus propias redes? La imprudente jóven solo poseia entonces un corto caudal que le habia dejado su madre: el padre, ultrajado, declaró que prestaba su consentimiento al matrimonio; pero que tomaria sus disposiciones para privar á su heredera natural de la totalidad de sus bienes. Ella tuvo la jenerosidad de aceptar; mas el amante no; y una hora despues regresaba el anciano á su morada en compañía de su hija, ajada para siempre. Sin embargo, como la aventura no causó ruido ni escándalo, salvóse la reputacion de la jóven, ya que no el honor, y pudo esta creer que el vergonzoso secreto quedaria para siempre oculto. Su padre, único testigo de su falta, falleció á poco tiempo, y la mujer deshonorada llegó á olvidar indudablemente á su seductor.... Sí, creo que miss Diana Nevil haya olvidado á Raimundo de Maussane, porque si, dirigiendo una mirada á lo pasado, se hubiese acordado de su primer amante, no me habria preguntado hoy por qué no puedo aceptar su caudal y su mano.

Siguióse un largo silencio á estas palabras, que el jóven pronunció rápidamente y con voz baja. Cualquiera hubiera creido que la persona á quien se habian dirijido se hallaba como petrificada, porque, por efecto sin duda de tan terrible golpe, ni profirió la menor exclamacion, ni derramó una lágrima. Saliendo al fin de su estupor, hizo la da-

ma un movimiento, y dijo con una tranquilidad, que tanto podria significar el colmo del envilecimiento como la espresion mas fuerte de la desesperacion:

—No hay mas que hablar...! ¡todo ha concluido!...

Comprendió madama de Clavieres que la jóven se habia levantado y buscaba alguna cosa en torno suyo, como una persona que se dispone maquinalmente á salir. El conde se habia levantado tambien.

Perdonadme,—dijo este con una dolorosa emocion,—perdonadme el mal que acabo de haceros. Creedlo, Diana: mucho he sufrido yo tambien... y á cualquier precio hubiera querido evitaros esta cruel justificacion de mi conducta y de mi determinacion... Ay! ¿por qué me habeis obligado á manifestaros que sabia ese funesto secreto?

—Quién os lo ha revelado?—preguntó Diana con voz sorda.

—Un hombre á quien aborrezco, á quien desprecio, y cuyo nombre debo ocultaros.

—Creo que sea inútil,—repuso la jóven.—Oh! ¡iniqua traicion! ¡infame villania!

Despues, en tono mas tranquilo, añadió:
—He sido introducida hasta aquí por un criado vuestro, y desearia marcharme sin que me viese: ¿no podré lograrlo?

—Bajarémos por la escalera interior,—respon-

dió el joven:—no hay mas que atravesar el patio...

—No, no,—replicó ella con viveza:—precisamente me espera allí vuestro ayuda de cámara. ¿No hay alguna otra salida?

—La puerta falsa del jardin, que da á los campos Eliseos.

—Bien. Vamos,—añadió Diana, siempre con la misma calma.—Haced el favor de acompañarme y me dejaréis allí, pues á dos pasos encontraré mi coche.

—Le engaña!—se dijo á si misma madama de Clavieres, herida de un funesto presentimiento.

—Gran Dios! ¿cual será su designio?

—Vamos,—repitió la dama,—vamos, caballero.

Alejáronse en seguida, y Felicia oyó el ruido de sus pasos, que se perdian en el fondo del aposento, y el de muchas puertas que se cerraban. Entonces apagó la luz y corrió al balcon del gabinete.

Era muy cerca de la una de la madrugada: la luna mostraba una pequeña parte de su disco á través de las nubes y despedia tímidos rayos, cuya claridad iba á apagarse en la oscura alfombra de verde yerba que cubria el jardin. No tardó, sin embargo, en divisar á favor de aquel débil crepúsculo dos sombras que se separaban de la casa de Albys, y no le quedó ya la menor duda de que allí vivia su desconocido vecino y de que

en aquel edificio acababa de pasar la escena de que habia sido testigo invisible. No podia distinguir sinó muy imperfectamente los dos bultos que se movian en la oscuridad, y conoció que le seria enteramente imposible conocer á aquellas personas si algun dia llegaba á verlas por casualidad. Percibia no obstante todos sus movimientos, y vió que despues de haber bajado la escalinata, siguieron rápidamente á lo largo de uno de los paseos del jardin y desaparecieron bajo un grupo de árboles que tocaba casi á la cerca. Algunos minutos despues volvió solo el jóven, caminando con pasos lentos, y despues de haberse detenido un momento, como para respirar y reponerse de su agitacion, subió otra vez á su cuarto.

Dejóse caer la viuda sobre el divan y apoyó en las manos su frente ardorosa y fatigada. Todo cuanto acababa de oír le habia conmovido extraordinariamente, y un mundo entero de ideas y de sentimientos se habia presentado á su asustada mente. Habia comprendido el acento de las pasiones y oído resonar en el fondo de su corazón el eco de sus voces tumultuosas, y admirada y pensativa, principió á sentir aquella fatal curiosidad que arrastró á la primera mujer á gustar los amargos y dorados frutos del árbol de la ciencia.

Hacia mucho tiempo que se hallaba abismada en sus reflexiones, cuando un nuevo incidente vino á llamar su atencion y á reavivar su ansie-

dad. Sintió que entraban con precaucion en el aposento inmediato, donde ningun ruido habia reconocido desde que salieron de él Luciano y Diana. Era el confidente, que volvía con otro hombre.

—Oh! ¡oh!—esclamó el primero á media voz con un acento lleno de sorpresa y de despecho,— ¡vaya una cosa estraña! Ya lo creo que no lo oiriais, Esteban, ¡como que han desaparecido!... ¿Qué significa esto?

—Es incomprendible!—repuso el criado:—estoy seguro de que nadie ha salido.

—¿Será acaso Luciano un calavera como yo?—se preguntó el otro á sí mismo.—En ese caso me he dado un chasco á mi propio. Vamos, Esteban, procura asegurarte de si está en su cuarto y de si está solo.

—Tiene cerrada la puerta, y no me atrevo á entrar sin que llame.

—Y qué puedes temer, belitre? ¿que te despida? No te dé pena por eso, que yo te tomo á mi servicio.

—No es eso lo que me apura, sinó que desearia saber.... Hasta aqui he cumplido exactamente las instrucciones que me habeis dado, y os he introducido en este cuarto juntamente con la dama... pero, sea como quiera, me parece que nada podrá resultar favorable á vuestros deseos, y que no estais, como lo creeis, en vísperas de casaros con miss Diana Nevil.

—Habla con mas franqueza, tunante: di que la cosa te parece imposible y que desearias saber cual es el golpe de mano que medito para conseguirlo.

—No me permitiré haceros la menor pregunta,—repuso el criado en tono irónicamente respetuoso;—pero ya os he servido, señor, y como no ignoro que vuestra audacia puede conducirnos muy lejos, tengo miedo de que....

—Voy á tranquilizarte en dos palabras,—dijo el confidente de miss Diana con imprudente cinismo.—La persona á quien he conducido aquí esta noche, ha salido en un carruaje de alquiler, sin que sepan sus [criados á donde se ha dirijido, y yo soy el que debo conducirla otra vez á su morada. Pues bien, no será en ella donde duerma esta noche, sinó que me la llevo á mi casita de recreo de junto á la barrera, en donde, quiera que no, permanecerá hasta mañana; y, á fe de quien soy, todo Paris lo sabrá, si para evitar este escándalo no consiente en darme su mano lo mas pronto posible.

—Podrá eso no salir bien,—replicó el criado;—pero, en último resultado, me parece que nada arriesgais en la empresa. Yo voy á tratar de saber lo que hay en el cuarto del señor conde.

—Anda, pues, que el tiempo se pasa.

Volvió Esteban un momento despues, y

Es cosa que no acierto á comprender,—dijo.

—El señor, conde se halla solo en su cuarto absolutamente solo.

—Estás seguro de ello?

—Segurísimo. He visto por el agujero de la cerradura que el amo estaba sentado delante de la mesa que hay enfrente de la puerta, ocupado en poner en orden sus papeles. Tiene un aire sumamente triste, y no parece que se halle en ánimo de acostarse esta noche. En cuanto á la dama, no ha quedado de ella ni el menor vestigio: sin duda se ha desvanecido en el aire como el humo.

—¡Mientras que hacia yo la grulla allá abajo, se la ha llevado por la puerta principal!—esclamó el confidente con despecho.

—No puede ser,—repuso el criado con viveza: —¿no sabeis que estaba yo de acecho en el patio?

—Entonces se habrá escapado por la puerta falsa del jardin,—añadió el otro con furor.—Sí, de ese modo ha podido salir sin ser vista... ¿Pero por qué no habrá venido á buscarme, segun habiamos convenido? ¿Habrá concebido alguna desconfianza, alguna sospecha?... No, no puede ser... ¿Cuál será entonces su designio, y cuál el objeto que se ha propuesto al deshacerse de mí?

—Despues, como si le hubiese ecurrido una idea repentina, añadió en un tono que hizo estremecer á Felicia:

—Ella es capaz de haber tomado alguna fu-

nesta resolucion... Oh! la conozco bastante... Estaban, atiende á lo que voy á decirte: mañana será muy posible que se la encuentre en el sitio en donde se espone á los cadáveres.

—Irémos á verlo,—contestó el criado con una terrible tranquilidad:—pero entretanto me parece que hariais bien en retiraros, pues de un momento á otro puede darle al señor conde la idea de entrar aquí, y entonces no lo pasariamos bien...

—Vamos, la partida se ha perdido,—barbotó el infame confidente.—Solo á mí me suceden tales cosas!

Oyó Felicia que se alejaban, y dirijiéndose á su cuarto trémula, consternada y con paso vacilante, se dejó caer anonadada sobre un sillón, murmurando:

—Cuántas perfidias! ¡cuántas traiciones! ¡cuántas Desgracias! Dios mio! ¿y es este el mando?

IX.

Un descubrimiento.

Al día siguiente, cuando madama de Clavie-tes se despertó, creyó al pronto que habia tenido un sueño penoso, y solo al recordar todas las circunstancias de aquella escena, de que habia sido oculta espectadora, fué cuando se convenció de la realidad de un hecho tan extraordinario. Habria seguramente dado algunos años de su existencia por ver, aun cuando solo hubiese sido por un minuto, á los personajes del drama que habia estado escuchando, pues eran para ella los tipos de lo mas noble, lo mas apasionado y lo mas vil que podia ecsistir en la naturaleza humana. Procuraba trazarse en su imaginacion la figura de aquel jóven, cuyo

acento era tan noble y triste, sus palabras tan dolorosamente espresivas y sus sentimientos tan jenerosos; la de aquella dama, ya pervertida y capaz á la vez del amor mas ardiente y de la deslealtad mas vergonzosa; y se representaba con horror al infame personaje que habia sorprendido la confianza de miss Diana y calculado con la mayor sangre fria la traicion que debia entregarle á la rica heredera, cuyo corazon, apasionado de otro, habia despreciado sus ofertas.

Esta agitacion de ánimo hizo que la jóven viuda se levantara mucho mas temprano de la hora regular. Inquieta, pensativa y con el alma llena de una vaga turbacion, fué á sentarse junto al balcon de su gabinete, desde donde descubria todo el jardin y una parte de la fachada interior de la casa de Albys. Oculta detrás de las persianas, estuvo contemplando por largo tiempo el paseo por donde en la noche anterior habia visto pasar al caballero y á la dama como dos sombras.

El sol de la mañana iluminaba los verdes bosquecillos y hacia brillar las gotas de rocío, adheridas á las hojas á manera de diamantes. La fachada de la casa del conde de Albys estaba, como siempre, muda y sombría, semejante á las de los castillos encantados, en donde las hechiceras educaban á las princesas sus ahijadas; únicamente se veia saltar de una en otra de las piedras des-

moronadas del terrado á los gorriones, y la brisa mecía blandamente las sartas de enredaderas, cuyas flexibles ramas estaban anudadas á las tablas rotas de las persianas. Casi al punto un incidente, que nada tenia sin embargo de particular, llamó la atencion de Felicia, haciendo latir su corazon. Una de las puertas-ventanas del piso bajo acababa de abrirse, y se divisaba en la penumbra una figura humana, que estaba á la parte de adentro del umbral, sobre el que caia á la sazón un rayo de sol. Mas allá de esta zona iluminada se percibia confusamente la lobreguez de un salon que debia ser inmenso. No tardó en adelantarse la persona que la viuda habia divisado, y se dejó ver enteramente: era un hombre viejo y pequeño, que tenia cubierta la cabeza con un gorro negro, muy grasiento, y envuelto su cuerpo en una bata parda, cuyas entretelás se asomaban por los codos y por el forro. Su rostro enjuto, su tez aplomada y una larga barba de color blanco amarillento le caia sobre el pecho.

--Este será el conde de Albys,—se dijo á si misma madama de Clavieres, contemplándole con una curiosidad mezclada de repugnancia y de lástima.

Un momento despues añadió mentalmente y en alguna emocion:

—Ah! ¡no está solo!.....

Con efecto, un bulto se habia presentado por

un instante en la penumbra de la puerta, á manera de aspiracion: Felicia no vió mas que un sombrero de color de ceniza, por bajó del cual caian unos bucles negros, ondulantes y bastante largos, una elevada estatura, un cuerpo esbelto y ceñido en una levita corta, y una mano cubierta con un guante. El viejo se volvió y permaneció inmóvil en el umbral de la puerta: indudablemente estaba hablando á una persona que se habia quedado algun tanto atrás. Por su violenta jesticulacion y por la aspereza de sus movimientos de cabeza creyó Felicia que estaba regañando.

—No es un criado á quien habla,—se dijo la viuda á sí misma:—¿porqué se incomodará de esa manera?

En el mismo instante la mano cubierta del guante se adelantó hacia el viejo, que titubeó en alargar la suya, y aun retrocedió con un movimiento de despecho y casi de cólera; mas á poco abrió los brazos, y un rostro jóven, despues de haber apretado la mano de su interlocutor, desapareció.

—Eso es que se han despedido,—pensó Felicia.—Sin duda es él... el mismo á cuyos pies ha llorado esta noche miss Diana... ¡Y va á marcharse! Gran Dios; ¿qué habrá sido de ella?

Recordó entonces las siniestras palabras que habia pronunciado el confidente de miss Diana Nevil; pero creyó que el funesto presentimiento de aquel

hombre no se realizaria. A pesar de todo, su ánimo estaba poseido de inquietud y mas todavia, de una viva curiosidad.

Entretanto el conde de Albys bajaba lentamente yarrastrando los pies por la rampa paralela á la tapia que separaba su jardin del de la casa de Serafina, de modo que se hallaba debajo casi del balcon en que estaba madama de Clavieres. Dorotea habia dicho verdad, pues tenia efectivamente todas las maneras de un maniático. Primero empezó á accionar, murmurando de vez en cuando palabras sueltas, y despues, levantando la voz, se puso á gritar con todas sus fuerzas:

—Piter! ¡hola! ¡Piter! ¡ven aquí tunante!... ¡pícaro! ¡borracho!

Adelantóse un lacayo respetuosamente, y gritó tambien con toda la fuerza de sus pulmones:

—Aqui estoy, señor conde.

—No se me responde?—añadió el viejo, poniéndose la mano en la oreja á manera de tornavoz.

—Tienes la manía de hablar entre dientes bribon.

—Decia que aquí estaba, señor conde,—repuso el criado en diapason mas alto todavia.

—Ya lo veo; no necesitabas decírmelo. Vamos dame el brazo y anda despacio. Hoy me incomoda la gota... Pronto hará dos meses que no he salido de mi cuarto... el aire libre me causa vahidos... Sin embargo, no estoy mal aquí al sol.... Oh! ¡oh!—esclamó, interrumpiéndose á si propio

y deteniéndose,—si no me engaño... Quién ha pisado por aquí?

Al hablar de este modo, señalaba con la contera de su baston unas huellas impresas en la tierra húmeda del paseo.

—No he sido yo, señor conde,—contestó Piter, estampando la ancha suela de uno de sus zapatos al lado de las huellas que habian dejado dos pies de tamaño desigual, pero ambos estrechos y pequeños.

—Ha sido mi sobrino!--esclamó el viajero,—¡y no iba solo!... Ah! ¡el solapado libertino! ¡quién la hubiera creído!... Si fuese su primo, no me estrañaria... ¡pero él!... ¡un mozo tan juicioso, tan mirado!... ¡un jóven que queria casarse no hace tres meses á pretesto de que le repugnaba el nombre solo de queridas!... ¡Vaya con la mosquita muerta!... ¡Y yo, que le veia marchar con pesadumbre!... Ha hecho bien en irse.

—Ya sabe el señor conde que es preciso dar á la juventud lo que es propio de la juventud,—se aventuró á decir Piter en tono sentencioso.

—De ningun modo; eso no me acomoda,—replicó el viejo gruñon.—Ah! ¡ah! me toman por un tio de comedia... Pues bien... ya lo veremos... ¡Cuando pienso en lo que he hecho y en lo que pensaba hacer por ese trastuelo!... Le recibí en mi casa, instalándole en la me-

por habitacion.... en la que habia hecho arreglar para mi pobre mujer... Le ofezco dinero á manos llenas... bien que nunca ha querido aceptarlo; pero, en fin, he procurado colmarle de beneficios, aun cuando no fuese mas que para hacer rabiarse al otro tuno de mi sobrino... ¡Y miren como corresponde á mis bondades!... ¡recibiendo en mi propia casa á sus queridas y paseándose con ellas por debajo de mis balcones!

—Quién sabe, señor conde!—esclamó Piter, levantándose al cielo los ojos.

—Quién sabe!—repitió el conde, remedándole y dando con la contera del baston en las huellas estampadas en el suelo.—Ahí está escrito, y bien puedes verlo, aun cuando no sepas leer... Mira, bien claro está: un pié tan largo como mi dedo... y allí la señal de unostacones... En mi casa no hay mas mujer que Úrsula, el ama de gobierno, la cual usa zapatos tan anchos como los tuyos... Vamos, punto concluido: yo sé lo que he de hacer, y ya veremos si soy un tio que se deja engañar fácilmente.

Al decir estas palabras, se retiró gruñendo y subió la escalinata sacudiendo el brazo de Piter.

Felicia, sentada detrás de la persiana, no perdió una palabra de aquel diálogo, que revelaba cosas que no habia hecho todavía mas que presumir; pero lo que acababa de oír, lejos de aclarar sus dudas, hacia mas inesplicable todavía una par-

te de los estraños secretos que habia descubierto.

—Ah!—se decia á si misma,—esa era la habitacion de la jóven condesa de Albys, que habrá vivido en ella tal vez hasta su fallecimiento. ¡Y cómo en todo ese tiempo no se ha advertido este medio de comunicacion que ecsiste entre las dos casas? Pues entonces, lo mismo que ahora, debia oirse hablar desde un cuarto en el otro... ¡Y ese pobre jóven quizá se vea desheredado por un falta que no ha cometido!... ¡Dios mio, qué estraña combinacion de sucesos!... Qué término tendran y cual habrá sido su principio?... ¡Qué sendas tan distintas han seguido esos dos jóvenes, sobrinos ambos del conde de Albys!... ¡Qué resultará de esta especie de pugna entre dos hombres, de los que uno es tan despreciable, al paso qué el otro es tan noble!... Y esa jóven, cuya mano rehusa el uno, mientras que el otro trata de conseguirla de grado ó por fuerza, ¿donde estará? ¿que sera de ella en este momento? Ay tal vez...

Se habia presentado á su imajinacion una imájen horrible: por segunda vez recordaba las terribles palabras del pérfido confidente de miss Diana.

—Oh no, no,—añadió mentalmente, tratandose apartar de sí aquella idea;—habrá sido una feliz inspiracion y no un designio funesto lo que le movió á huir de aquel hombre y á marcharse sola sin que lo supiera... Ya estaba bastante serena cuando se retiró, y quizá á estas horas se hallará consolada.

Felicia pasó á la habitacion de su cuñada á la hora de costumbre; pero aun cuando rodaban por su cabeza tantos y tan diversos pensamientos, se guardó muy bien de hacer á Serafina la menor confianza de Mr. de Ramsay era la única persona en el mundo á quien hubiera querido comunicar aquellos sucesos, que la tenian absorta; pero la presencia de la señorita de Clavieres impedia el cumplimiento de sus deseos. Ocurrióle tambien manifestárseles por escrito; mas renunció á esa idea, figurándose que el médico los tomaria por puras ilusiones.

No obstante, paseándose en el mismo dia por el jardin con Serafina y M. de Ramsay, se aventuró á decir:

—Tenemos por vecino á un viejo muy orijinal. ¿Le conoces tu, hermana?

—Ál conde de Albys?—preguntó Serafina.—En otro tiempo solia venir con mucha frecuencia á casa de mi madre: pero desde que se casó, se eclipsó completamente.

—Y vive solo? ¿no tiene á su lado ningun pariente?—añadió Felicia, titubeando y turbándose como si sus palabras revelaran los secretos motivos de su curiosidad.

—Tiene dos sobrinos, á quienes ama bien poco, porque no llevan su apellido.

—Los conoces tu?—preguntó con viveza la viuda.

—No, hermana,—respondió la señorita de Clavieres,—no me han visitado.

Y despues añadió riéndose:

—Qué interés te tomas por nuestro anciano vecino! ¿Le has visto acaso cuando se pasea por su jardin regañando á los criados con voz que se oye en todas las casas del contorno?

—Le he visto y le he oido.

—¿Te ha ocurrido quizá la idea de entablar con él relaciones de vecindad, querida? Bien podemos, sin comprometernos, tomar la delantera... y nada cuesta proponerle que venga á vernos sin cumplimiento con su bata parda.

—Mucho me alegraria!—esclamó con aturdimiento la jóven.

—Sí?—dijo la señorita de Clavieres alegremente.—Pues voy á escribirle en términos tan lisonjeros, que no podrá esusarse de hacernos una visita.

--Y yo,—añadió Felicia en tono medio serio y medio jovial,—recibiré con tanto agrado á nuestro viejo, sordo y gotoso vecino, que le decidiré á volver de cuando en cuando á vernos.

Un oculto pensamiento, que nadie podia ciertamente sospechar, hacia tomar á la jóven vídua interés en aquel pasatiempo, y le era grato pensar que cuando se anunciara la visita del conde de Albys, no dejaria de sentir alguna emocion, y que las palabras de aquel podrian á veces hacer latir

su corazón, porque los corazones desapasionados palpitan con mucha facilidad.

Al retirarse del paseo por el jardín, M. de Ramsay, que había tomado poca parte en la conversación, halló oportunidad de acercarse á Felicia y decirle á media voz, mientras que Serafina se volvía para regañar á Cupido:

—Hija mía, el verano se acerca, y mis pobres enfermos me necesitan, en Ramsay: me parece que muy pronto tendré que ausentarme.....

—Oh! ¡todavía no!—replicó la jóven con una mirada dulce y suplicante.

—Si lo deseais, me quedaré,—añadió el médico, dichoso y atormentando á la vez con aquella muestra furtiva de afectuoso interés.

Corrían entonces los primeros días del estío, y hacia un calor húmedo y pesado, que así enervaba el alma como el cuerpo. Al retirarse Felicia del jardín, subió á su cuarto, y haciendo seña á Rosita para que cerrára las persianas, se sentó en el testero de la sala, y quedó sumergida en esa especie de abatimiento que sucede á una escitacion de ánimo prolongada por mucho tiempo.

Desde el sitio en que estaba podia ver el interior del gabinete, cuyo artesonado recibia á la sazón los rayos del sol, y observaba maquinalmente los efectos de sombra y de luz que producian estos al atravesar por entre las movibles ramas de los álamos, cuyas copas se elevaban á mayor al-

tura que la de los balcones. Elastro del dia aparecia velado á medias por aquel trémulo cortinaje, y sus destellos penetraban por entre el follaje, produciendo rápidos relámpagos á traves de las entreabiertas persianas. Estas ráfagas de luz iluminaban por intervalos el cuadro grande, que Felicia veia de perfil, y deslizándose sobre la blonda cabellera de la dama del antifaz de terciopelo, hacian brillar el dorado del marco, cuyas ricas molduras, hechas de relieve, formaban una hermosa guirnalda de flores sobre fondo de ébano. Este adorno se reproducia esactamente hasta en sus mas minuciosos pormenores en cada uno de los listones del marco; pero Felicia notó que en uno de sus lados habia una flor que sobresalia mas que las otras.

Levantóse casi sin pensar en lo que hacia, y dirigió su mano á ella.

Al punto el cáliz, como si cediese á un resorte, se sumerjió en el marco, y corriéndose suavemente la tela por detrás, desapareció en la pared. Atónita la viuda, vió entonces delante de sí una especie de puerta formada por un lienzo estendido sobre un bastidor, á la que servia de escalon el divan y que cerraba un cerrojo pequeño.

La jóven vaciló por cortos momentos; pero arrastrada al fin por ese instinto de curiosidad que l'evó á lassiete mujeres de Barba Azul á la sombría caverna, donde fueron ahorcadas una tras

otra, descorrió el cerrojo y penetró con paso trémulo en el aposento en que la noche anterior había oído hablar á miss Diana.

Era una elegante pieza de estudio, en la que se veía á un lado un magnífico estante de libros, y al otro un piano. Un divan semejante al del gabinete, rodeaba la habitación y el sillón en que se había sentado miss Diana estaba aún junto á un velador, sobre el que se encontraba un candelero con una bujía consumida, que era sin duda la que había estado ardiendo en la noche precedente. Todo indicaba allí que el dueño de aquel aposento estaba ausente: el balcon se hallaba cerrado, igualmente que las puertas; pero, por olvido sin duda, habían dejado sobre la mesa de escritorio un jarro de porcelana, que contenía un ramillete de magnolias, las que despedían balsámicos aromas.

Felicia dirigió una mirada en torno suyo, y aun cuando se acercó á la mesa, no le ocurrió siquiera la idea de tocar á ninguno de los papeles colocados sobre el pupitre. Sin embargo, notando que una carta se escapaba de debajo de la piedra que la sujetaba con otras varias, leyó en el sobre: Al señor conde Luciano de Froidesaigues.

==Froidesaigues!==esclamó.!—¡Ya sé como se llama!....

Inclinándose despues hácia las magnolias, aspiró el fuerte perfume que ecsalaban sus corolas.

Era la primera vez que veía aquellas lindas flores, y en su injénua admiracion llevó la mano á una de ellas, que al punto se desprendió y se quedó entre sus dedos. Volvióse precipitadamente, como si quisiese huir; mas al hacer este movimiento, se halló frente á frente de la puerta misteriosa: tambien era esta un cuadro, un retrato de un hombre á caballo, que muy pocos habrian podido conocer. Representaba un elegante jinete, que tenia apoyada una mano sobre el cuello de su manífico corcel, en actitud de saltar sobre el noble animal, quien parecia relinchar de impaciencia; pero no se veía mas que el cuerpo y el pelo del apuesto caballero, el cual, con el rostro vuelto hácia el fondo del cuadro, miraba al parecer en lontananza las cúpulas de la ciudad eterna.

La jóven viuda se quedó por un momento inmóvil de sorpresa, y despues exclamó:

—No me cabe duda! ¡este es M. de Clavieres y su caballo Jaffa!

Un instante despues se retiró á su cuarto sin hacer ruido, cerró la puerta y tocó el resorte, que hizo volver á su sitio á la dama del antifaz de terciopelo. Sentóse en seguida en el divan, y se entregó á sus reflexiones.

Por fortuna Rosita, que no se habia movido de la sala, nada vió, y como tampoco pudo oír cosa alguna, creyó que su ama no habia hecho mas que cambiar de sitio; pero no fué poca su admi-

racion, cuando al entrar en el gabinete vió á Felicia un tanto descolorida y con la mirada fija, teniendo en sus manos la hermosa magnolia, que se habia traído inadvertidamente, y cuyos anchos pétalos esparcian por el gabinete un suave olor. Estuvo la muda contemplando por largo rato con aire inquieto y desasosegado aquella misteriosa flor, y despues de mirar á todas partes para ver de donde podia haber venido, señaló con un jesto de conviccion al cielo, como indicando que de allí solo pudo bajar.

La jóven viuda, absorta en sus reflexiones, acababa mentalmente el capitulo de sus descubrimientos.

—Ay!—dijo para sí con indefinible tristeza y fijando sobre la dama del antifaz de terciopelo sus ojos bañados en lágrimas,—esta es madama de Albys.... Uno y otro se amaban, y ambos han muerto... ¡Quién habia de decir que al cabo de tantos años llegaria yo á descubrir su secreto!

XI.

Los vivos y los muertos.

Al unirse madama de Clavieres, á la edad de diez y seis años, con un hombre cuya juventud estaba prócsima casi á su término, le habia considerado naturalmente como un protector tierno y solícito, como un fiel amigo y no como un marido prendado de su gracia y hermosura; asi es que siempre profesó á Mr. de Clavieres un cariño respetuoso, el cariño de una hija mas bien que el amor de una esposa, y la tranquilidad de tan puro afecto jamas la inclinó á preguntarle si otros sentimientos mas vivos se habian posesionado anteriormente de su corazon. Jamas llegó á sus oidos ninguna de esas confianzas que las jóvenes desean con tanto afan y escuchan frecuentemente con secreta envidia; dotada de un alma sencilla y pura, se habia llegado á figurar quizá que M. de Clavieres

nunca tuvo queridas: así es que aquel descubrimiento la sumerjió en un abismo de reflexiones sobre los tiempos pasados. Entonces recordó ciertas circunstancias, ciertos momentos en que la tristeza se apoderaba de su esposo sin que hubiese para ello causa alguna manifiesta, y se le vinieron á la memoria principalmente algunas palabras que le oyó en los últimos meses de su vida. Hallábanse en el valle de Meudon, y una tarde leía Felicia en alta voz los *Paseos por Roma* de Federico Stendahl. Cuando llegó al capítulo en que el curioso viajero cuenta su primera visita al Coliseo, la interrumpió Mr. de Clavieres, diciendo con voz ajitada:

—Basta, Felicia... Yo tambien por esa misma época me hallaba en Roma, y mis paseos en el Coliseo me han dejado una memoria muy grata aunque muy dolorosa.

Recordando estos hechos, la jóven viuda se esplicó la razon de ciertas coincidencias y calculó aprosimadamente los datos. En Italia era sin duda donde M. de Clavieres debió haber conocido á la condesa de Albys; en Roma donde cambiaron aquellos misteriosos retratos, que los celos ó la malignidad no podian conocer, y de regreso á Paris debió ser cuando, para no dar sospechas á un marido suspicaz y vijilante, practicaron en secreto aquel medio ingenioso de comunicacion. Acaso su felicidad habia durado mucho tiempo. Despues murió la jóven, y su amante abandonó

aquellos lugares sin sospechar que no volveria á ellos jamás y que iria bien pronto á reunirse con su querida. A medida que la imaginacion de la viuda se forjaba esta anécdota melancólica, pero cierta, atribuia á Mr. de Ramsay el papel que naturalmente debió haber desempeñado en ella: indudablemente fué en Roma el confidente de los dos amantes; mas probablemente ignoraba el medio á favor del cual habian continuado sus relaciones en París, pues ambos habrian sin duda guardado religiosamente aquel secreto, y Felicia era seguramente la única persona que, despues de su muerte, penetró por la puerta misteriosa que ellos abrian tantas veces con el corazon palpitante de impaciencia y de amor.

Este descubrimiento y el recuerdo de la escena de que habia sido testigo invisible, producian una inesplicable turbacion en el alma de la jóven, la cual no habia oido impunemente bramar en torno suyo á las borrascosas pasiones, y sentia en su interior un sordo eco de sus voces formidables. Triste, admirada, pensativa y vagamente enternecida, se entregó por largo rato á pensamientos que la llevaron bien pronto á los espacios desconocidos que acababa de entrever. De pronto se acordó de aquel canto que la habia hecho estremecer la primera vez que entró en aquellos sitios, de aquella cancion que una voz tierna hizo llegar á sus oidos. Sus

ojos se volvieron instintamente hácia los bosquecillos del jardín, sobre el que empezaban á descender las sombras de la noche, y repitió involuntariamente y á media voz el estribillo de la barcarola.

Escuchándose á sí misma sintió que dos lágrimas humedecían sus párpados al espirar en sus labios la última palabra de la amorosa canción. Siguiendo luego el curso de sus impresiones, mas bien que la hilación de sus ideas, barbotó con un suspiro:

—Se ha marchado!

Pero esta ilusión estraña se desvaneció al punto, y pasándose la mano por la frente, dijo para sí con cierta confusión:

—Dios mio! ¡qué locura!... ¿A dónde va á parar mi imaginación?.....

Y entrando apresuradamente en su alcoba, hizo seña á la muda de que la vistiese, pues Serafina y M. de Ramsay debían estarla esperando ya en el salón.

Pasáronse, algunos días, y la jóven viuda, lejos de recobrar su serenidad, sentía que iba en aumento la agitación de su ánimo. El doble secreto que había descubierto, infundió en su alma una profunda turbación y una inquieta curiosidad. Su imaginación se estraviaba en continuas conjeturas, que nada venían á destruir ni á confirmar, y experimentaba una impresión

análoga á la del lector que, habiendo llegado al final de una novela interesante, encuentra destrozadas las últimas pájinas, y trata en vano de adivinar el desenlace. Era consiguiente que en el estrecho círculo en que vivia, no oiria hablar jamás de miss Diana Nevil, y ya perdia las esperanzas de saber el efecto que habia producido en aquella alma orgullosa, violenta y apasionada un golpe tan terrible, cuando un incidente muy sencillo vino á poner delante de sus ojos el último capítulo de aquella historia de amor, que le habia dejado tan vivos recuerdos.

Habia una pieza en el piso bajo de la casa de Serafina que llamaban el salon de verano, y que, en efecto, solo se habitaba cuando la canícula hacia sentir su ardorosa influencia. Un capricho de la señorita de Clavieres habia hecho trasportar á este sitio el lujo de otra época y las voluptuosas comodidades de otro clima. Era uno de los salones de la Alhambra trasladado á una casa de París. Las paredes, cubiertas hasta cierta altura de azulejos, estaban adornadas de arabescos, cuyas molduras, pintadas de colores vivos y realzadas con filetes de oro, eran de un gusto y de una delicadeza esquisitos; las puertas, en forma ojiva, eran de cedro, y en su parte superior, que estaba fija en la tapia, se veia una inscripcion en caractéres moriscos: habia en medio del salon una fuente formada por dos elegantes tazas de alabastro coloca-

das una sobre otra, y el agua no saltaba en surtidero, sinó que, subiendo á la superficie, caia en forma de lluvia con un dulce murmullo, rociando con sus brillantes chispas las flores que rodeaban el pilon. El artista que formó el modelo de los muebles, debió sin duda haber soñado con los magníficos adornos del palacio árabe granadino despues de haber leído un cuento de las *Mil y una noches*, y la reina Zorayda habria reconocido aquel divan con estrellas de oro, aquellas ricas alfombras y aquel sillón forrado en cordobán, cuyos pies terminaban en cuatro esferas de marfil. El follaje de las acacias que se elevaban en el terrado, esparcia un verdoso crepúsculo en aquella mansion del silencio, de la frescura y de los aromas. Durante el rigor del verano, la señorita de Clavieres bajaba á este salón despues de almorzar, se hacia llevar á él algunos libros y los periódicos, y pasaba lo restante del día en conversar, en meditar y en leer. Regularmente solia ir M. de Ramsay bastante temprano, y Serafina le rogaba entonces que leyera alguna cosa en voz alta: de este modo se recreaba en oír aquellos acentos que penetraban en lo íntimo de su alma, sumerjiéndola en inefables ilusiones. Su amor silencioso se contentaba con estas satisfacciones, y formándose mil dulces quimeras, daba entrada en su corazón á ardientes pasiones, cuyo agradable suplicio iba consumiendo todas las fuerzas de su ser.

Estaban una tarde las dos cuñadas sentadas en compañía de M. de Ramsay en aquel apacible salon. La jóven viuda se ocupaba en bordar, el médico estaba leyendo un periódico, y la señorita de Clavieres, pensativa, con los ojos medio cerrados y cruzados los brazos sobre el pecho, escuchaba inmóvil aquella voz, cuyas inflecciones conmovian todas la fibras de su corazon.

Felicia habia prestado poca atencion á la crónica política y á las noticias estrangeras; pero levantó la cabeza y dejó escapar estremecida su aguja cuando el médico llegó al suceso siguiente, intercalado entre las noticias de la capital:

«Un acontecimiento tan funesto como inesplicable ha puesto en consternacion á la alta sociedad que hace los honores de la ciudad á las nobles ladys que vienen á pasar algunos meses entre nosotros. Miss Diana, una de las mas ricas herederas de la gran Bretaña, habitaba en París desde principios del invierno último, y aun se añadia que estaba en vísperas de contraer matrimonio con un francés. En la noche del lunes salió miss Diana sola y á pié, contra su costumbre, sin que nadie en la casa supiese á donde se dirijia. Siendo ya las doce y no habiendo vuelto todavia, empezó á cundir el sobresalto, y sus criados la estuvieron aguardando toda la noche y parte de la mañana siguiente. Habiéndose puesto en conocimiento de la policia esta desaparicion, se prac-

ticaron pesquisas. que fueron infructuosas. hasta que viendo ayer mañana unos muchachos que estaban en el puente de los Inválidos un objeto que flotaba á flor de agua y se asemejaba á una figura humana, dieron parte á los guardas del puesto inmediato, los cuales sacaron á la orilla el cadáver de una jóven. Conservaba aun en sus manos un pomito de esencias vacío, y rodeaba su cuello una cadena de oro, de la que pendia un reloj. Transportado el cadáver al sitio acostumbrado, fué reconocido en el mismo dia por el de miss Diana. Esta muerte parece ser resultado de un suicidio, cuyas causas se ignoran absolutamente. Todo el mundo se pierde en conjeturas acerca de tan lamentable suceso.»

—Se ha suicidado!—esclamó Felicia con terror y sin reparar en la estrañeza que semejante exclamacion debia causar en las personas que la escuchaban,—¡se ha suicidado! ¡Dios mio!

—Conociais acaso á esa jóven? ¿la habiais visto por casualidad en alguna reunion?—preguntó M. de Ramsay, inquieto y admirado de la palidez mortal que cubria el semblante de la viuda, y de la consternacion que revelaba su fisonomia.

—He oido hablar mucho de una inglesa que se llamaba miss Diana,—respondió la jóven, procurando disimular su emocion.

—¿Y crees que sea esa la que se ha ahogado? Qué simpleza!—dijo la señorita de Clavieres, en-

cojiéndose de hombros.—Muchas inglesas hay que tienen el nombre de Diana, y no será la que piensas la de que habla el periódico.

—Quién sabe!—repuso Felicia, con lágrimas en los ojos y tratando de continuar su labor.

—En verdad, hermana mia, que no te creía tan impresionable,—añadió Serafina en un tono que no carecía de cierta ironía:—¿te entristeces así porque una loca, atacada del esplin, se haya arrojado al agua?..... Estas son cosas que se están viendo todos los días, y no me parece un acontecimiento tan digno de interés.

—Ay! ¡preciso es que esa pobre loca fuese muy desgraciada, cuando ha tenido valor para darse muerte!—murmuró la jóven.

—¡Dios mio! ¡Felicia, eres incomprendible—esclamó la señorita de Clavieres.—Veo que te interesas por todo el mundo. ¿Cómo puedes diseminar de ese modo tu afecto y crearte esa multitud tan grande de simpatías? Seguramente que no sé si debemos envidiar tu sensibilidad universal, ó compadecerte por el modo con que desperdicias los sentimientos de tu corazón?

—¿Pues qué, hermana, no comprendes esa simpatía involuntaria que nos asocia á las satisfacciones ó á los padecimientos de otro?—replicó Felicia con dulzura.—¿No comprendes que haya diversos grados en nuestros afectos?

—No,—respondió Serafina;—no comprendo

mas que los sentimientos exclusivos: creo que no haya medio entre amar á un solo objeto con estremo y con todas las potencias del alma, ó no amarle absolutamente.

El médico y Felicia cambiaron una mirada: una misma idea les habia ocurrido á ambos, y admirados de aquella manifestacion, se dijeron interiormente:

—Y á quién ama ella así?

M. de Ramsay habia abierto un libro; pero una visita inesperada vino á interrumpir esta lectura. Un criado anunció al señor conde de Albys. El pobre viejo, prevaliéndose de los privilejios de vecino y de gotoso, nada habia cambiado en su traje: únicamente traia puesto sobre el gorro negro de seda una gorra provista de su correspondiente visera de tafetan verde, y se habia recortado un poco la barba.

—Señorita,—dijo besando con galantería la mano de Serafina é inclinándose delante de ella con un aire que recordaba habia tenido modales cortesano,—aquí teneis á un pobre achacoso, que viene á daros gracias por haberos acordado de que aun estaba vivo, aun cuando enterrado desde muchos años.

Serafina le hizo un gracioso saludo, y presentándole á su cuñada, contestó, volviéndose hácia él y levantando la voz:

—Madama Felicia de Clavieres, mi hermana política.

—Oh! ¡es muy hermosa!—esclamó el viejo con tono elegante y almivarado, que formaba el contraste mas chocante con sus antiparras, su pantalla de tafetan verde y su barba de capuchino. —¡muy bella!

En seguida, como animado con la presencia de las damas de cuyo trato se hallaba apartado hacia mucho tiempo, se sentó con la comodidad de un gran señor, cruzó sobre sus piernas el baston con puño de pico de cuervo, y añadió, dirijiendo una mirada en torno suyo:

—Esperimento seguramente una sorpresa de las mas agradables, pues me veo transportado á España y al palacio de la Alhambra. Doy mil gracias á la amable encantadora que á el me ha conducido, presentándome uno de los recuerdos mas gratos de mi vida.

—¿Habeis viajado mucho, señor conde?—preguntó Serafina.

—Recorrí la Europa á la edad de veinte años, y despues de otros diez fui por segunda vez á Italia.

Al oír estas palabras, levantó Felicia la cabeza; parecíale que la conversacion podia tomar un jiro interesante, y la mirada que dirigió al conde debió manifestar á este que era escuchado con gusto: así es que, lisonjeado, añadió:



—Hace unos diez años que llevé á Roma á madama de Albys: los médicos le habian ordenado este viaje para restablecer su salud, y bien pudiera decir que para dar el último golpe á la mia, pues casi estuve á punto de sucumbir al régimen que nos prescribieron.

—Mucho cuidado y contemplaciones de toda especie, ¿no es verdad?—preguntó Serafina,—pues todo eso prolonga la vida, señor conde.

—Cuidado!.. ¡contemplaciones!...—repitió el anciano.—Ya! ¡ya!... La medicina moderna procede de muy diverso modo: si una mujer débil y delicada pierde las ganas de comer y se siente lánguida, la comparan á una planta que se seca, y al punto la mandan á tomar aires y á que se pasee al sol; de modo que el pobre marido se ve precisado á poner en ejecucion por las calles, plazas y paseos, las prescripciones de la facultad. Así que se decidió que madama de Albys estaba enferma, no le permitieron un instante de sosiego, ni á mi por consiguiente. Nos dedicamos á los ejercicios gimnásticos: saliamos á caballo todos los dias, y si yo hubiese tenido el talento de ese viajero que llaman Stendahl, habria podido escribir tambien, no digo mis paseos por Roma, sinó por todos los Estados Pontificios.

—¿Y cuál fué el resultado de ese tratamiento nómade? ¿Tuvo écsito favorable, señor conde?—preguntó la señorita de Clavieres.

—Lo tuvo para madama de Albys,—respondió aquel con un suspiro;—pero á mí me ocasionó un reuma, que me obligó á dejarla seguir practicando por sí sola el método en cuestion. En fin, luego que estuvo restablecida, me la traje á París, y entonces volvió fresca como una rosa y viva y alegre como una avecilla, lo cual no impidió, sin embargo, que la perdiese al cabo de un año.

—La pobre avecilla no habia podido acostumbrarse de nuevo á su jaula,—dijo el médico en voz baja.

—No estaban los hierros tan espesos que no pudiese salir de ella alguna vez,—repuso Felicia en el mismo tono y sonriéndose.

M. de Ramsay estaba muy léjos de comprender el sentido y la intencion de estas palabras; así es que, meneando la cabeza, repuso con aire contristado:

—¡Murió de tristeza y de fastidio en su prision!

La presencia de aquel viejo extravagante y sordo, habia puesto de buen humor á la señorita de Clavieres, la cual veia todas sus dolencias con cierta simpatia, que no era otra cosa en realidad que la cruel satisfaccion de tener ante sus ojos el espectáculo de una desgracia igual á la suya. La acojida que hacia á M. de Albys era tan solícita y afectuosa, que el pobre hombre debia hallarse in-

teriormente lisonjeado. Felicia, por el contrario le examinaba con una penosa curiosidad y experimentaba á su aspecto aquella conmiseracion mezclada de tristeza que la decrepitud inspira á la adolescencia. Por una causa, de la que no sabia darse cabal razon á sí misma, se mostró sumamente afable con él, y le gritó al oido, con toda la fuerza de que era capaz su dulce voz, palabras á que el conde se mostró en extremo reconocido. Así es que prolongaba este su visita y parecia tener un gran placer en aquella conversacion, cuyo hilo no siempre podia seguir.

M. de Ramsay se mezclaba poco en ella: todo se le volvía reflexionar, contemplando el grupo que formaban á corta distancia la señorita de Clavieres, la jóven viuda y el conde de Albys. Este cuadro doméstico era con efecto muy propio para dar que pensar á un filósofo y para turbar á un amante. Serafina estaba sentada en el sillón de pies de marfil, al que llamaba en broma el trono de la sultana, y su horrible semblante se destacaba sobre el fondo azul turquí de la pared como un mascarón de barro: tenia á Cupido sobre sus faldas, y se entretenía en hacerle rabiarse golpeándole con una rama de naranjo, cuyas lindas flores mordía gruñendo el arisco animal. Enfrente de ella se veía arrellanado en el profundo sillón que habian acercado espresamente para él, á M. de Albys, el cual, con la visera algun tanto

levantada y puesta la mano en la oreja, á manera de trompetilla acústica, tomaba parte lo mejor que podia en la conversacion y sonreia en la espesura de su barba de judio errante á todo cuanto decia Felicia. En medio de estas dos figuras aparecia la linda cabeza de la jóven, que, negligentemente recostada sobre los almohadones del divan, jugaba con las cuentas frias y transparentes del rosario de amarillo ámbar que tenia colgado del brazo. Este contraste hizo sonreir y suspirar al médico, y se puso á reflexionar sobre la desigual distribucion que la naturaleza y la fortuna habian hecho de sus dones entre aquellas tres personas. Parecióle que si el destino procediera con equidad, en vez de establecer semejantes compensaciones, debia obligar al viejo y á la jóven Medusa á arrojar sus inútiles riquezas á los pies de la que llevaba ceñida su frente con la doble corona de la juventud y de la belleza.

La visita del conde de Albys se hizo ya tan larga, que al retirarse no pudo menos de alegar disculpas. Serafina, en honor á su edad y á la cualidad de antiguo amigo de la familia, quiso acompañarle hasta la antecámara, y antes de separarse le preguntó del modo mas afable si podria esperar que se renovasen las relaciones de buena vecindad.

—Mi hermana y yo tendrémos sumo placer en veros con frecuencia, señor conde,—le dijo con

una de aquellas sonrisas que dejaban á cualquiera petrificado, como si viese el ojo único, los dedos de cobre y la cabellera de serpiente de la Gorgona.

—Ciertamente, señorita, tendré con frecuencia el honor de tributaros mis respetos,—respondió el conde, inclinándose con el aire de galantería y de respecto con que saludaba en otro tiempo á las damas de la corte en la escalera del palacio de Versailles, cuando era paje de la reina.

Atravesaba en aquel momento Dorotea la antecámara, y viendo al conde que se a'ejaba con paso bastante ágil, dejando atrás á Piter, le pasó por la imaginacion una idea diabólica:

—Ja! ¡ja!--se dijo á sí misma,—¿quién sabe por qué hará la señorita tantas mamolas á este viejo carcamal?... ¿Pensará en hacerle pasar á segundas nupcias, casándole con nuestra jóven viuda, y efectuar así dos bodas á un tiempo?... ¡Por mi vida que el baile se abriria con dos lindas parejas!

XII.

Los sueños de una noche de estío.

Era la una de la madrugada. Largo tiempo había ya que no se oía ruido alguno en los vastos salones de la casa de Serafina, las luces se habían ido apagando sucesivamente, y solo una trémula claridad se descubría detrás de las cortinas del balcon del dormitorio de la señorita de Clavieres. Era la que despedía la lámpara de alabastro colocada sobre el velador. La hermana política de Felicia se hallaba acostada; pero el sueño no descendía sobre sus ardorosos párpados: así es que se incorporó como para respirar mas libremente y con el codo hundido sobre la blanda almohada, apoyada la cabeza sobre una mano, la vista fija y oprimido el corazon, parecia que estaba, como la ajitada Fedra, mirando al carro que veloz huía.

Dorotea, sentada sobre un taburete frente á la cama, habia referido ya dos ó tres cuentos soporíferos; pero su voz gangosa y monotoná, como el ruido de un torno, no habia podido vencer aquel rebelde insomnio. Tomó al fin el partido de callar y se limitó á levantar de vez en cuando los ojos al techo, suspirando profundamente, como una persona, cuyo ánimo se halla poseido de una gran tristeza. Serafina echó al fin de ver aquella pantomima.

—¿Qué es eso, Dorotea, y á qué asunto haceis tales aspavientos?—le preguntó de pronto.—De searia saberlo.

—Sois demasiado buena, señorita,—respondió el ama de gobierno, tratando de aparentar en la voz que lloraba, ya que sus ojos estaban enjutos; —mas no me atrevo á obedecer... diciéndoos el motivo de mi afliccion.

Y como su ama se volviese con un movimiento de impaciencia, se apresuró á añadir:

—Ay! vos, señorita, sois la que me hace estar con cuidado, pues la situacion de ánimo en que os veo no puede menos de inquietarme.

—Qué quereis decir!—gritó Serafina, cuyas mejillas se escedieron repentinamente.—¿Habeis notado alguna cosa?

—He notado que estais á veces sumamente triste,—respondió Dorotea,— que huis de la sociedad, que pasais todas las noches en casa, lo cual

no haciais en otro tiempo, y en fin, que pareceis batallar con un pensamiento, que os debe atormentar cruelmente.

—Ah! ¿habeis notado todo eso?—preguntó la señorita de Clavieres en tono medio reflexivo y medio irónico.—Pues bien, no os habeis engañado enteramente: os confieso que se ha efectuado en mí un gran cambio.

—Ya dimos en el hito de la dificultad,—dijo para sí el ama de llaves.

—Teneis bastante penetracion, Dorotea,—añadió Serafina,—y habeis adivinado cosas que no sospechan siquiera los que me tratan mas que vos todavia.

—No me considero con una grande penetracion; pero mi afecto hácia vos suple en mí la falta de alcances,—repuso el ama de gobierno con falsa modestia y satisfecha de haber dicho una frase tan oportuna.

—Sois astuta,—continuó diciendo la jóven con frialdad,—creo tambien que seais discreta.... Ya que no puedo conciliar esta noche el sueño, voy á hablaros de cosas que habeis adivinado á medias.

Dorotea acercó el taburete á la cama, y tomó un aire de atencion compunjada, que hubiera hecho honor á una confidenta de profesion. Seguramente que ni las Cleonos ni las Fedimas tenian bajo sus tocados de lana blanca la animada fisonomia ni la mirada investigadora que presen-

taba la astuta ama de gobierno bajo la papalina de encaje que cubria su pelo postizo, cuyos mechones, untados de pomada, caian en delgados tirabuzones sobre sus coloradas mejillas.

—Tengo con efecto preocupada mi imaginacion —añadió la señorita de Clavieres, —porque me hallo en vísperas de adoptar una gran resolucion.

—¡Ojalá fuese la que tantas veces he rogado á Dios que os inspirase, señorita! —esclamó insidiosamente la sirvienta.

No se escapó enteramente á Serafina este modo ingenioso de emitir un parecer anticipadamente sobre una cosa, cuya aprobacion está resuelta á todo trance; así es que fijando su mirada penetrante en el ama de gobierno, le dijo, sin intencion tal vez de apurarla:

—Y qué deseo es ese?

—El de veros por fin decidida á escoger un marido, —respondió osadamente Dorotea.

Al escuchar la señorita de Clavieres estas palabras, perdió el color, se ruborizó luego, arrugó en seguida las cejas y volviendo á otro lado los ojos, guardó silencio. Acaso experimentaba interiormente un secreto enojo de ver que le habian adivinado casi su pensamiento.

—Ea! —se dijo á si misma el ama de llaves con alguna inquietud, —la palabra sacramental ya está soltada... ¡Buena la hemos hecho si la toma á mal!
Pero Serafina, arrastrada por la necesidad de

manifestar sus ideas y sentimientos, miró á la criada sin cólera y añadió, guiñando uno de sus ojos aleonados:

—Ya que pensais que quiero casarme, deberéis tambien suponer que he hecho una eleccion.

El ama de gobierno no se atrevió á contestar sinó con una respetuosa inclinacion de cabeza.

—Ah! ¿con qué presumis que estoy decidida en favor de alguno? Pues veamos si en esto habeis adivinado tambien.

—Me parece, señorita, que no os dignariais dejar entrever vuestro afecto á M. de Ramsay, si no estuviéseis decidida á concederle vuestra mano.

—Teneis razon, Dorotea, —contesto la señorita de Clavieres, á cuyos oidos resonaron agradablemente los términos de la respuesta anterior. —¿Y pensais que el doctor sospeche mi intencion y se lisenjee de conseguir mi mano?

—Ah! eso seria mucho atrevimiento por su parte, pues no tiene el menor motivo para esperar tanta dicha.

—Habladme con franqueza, Dorotea: ¿no os parece horriblemente contrabecho?

—Creo que por su desgracia no hay en todo Paris, ni acaso en el mundo entero, otras piernas como las suyas, —respondió el ama de gobierno, — y puesto que teneis la bondad de pedirme mi humilde opinion, debo deciros la verdad, aun á riesgo de incurrir en vuestro desagrado M. de

Ramsay me parece un hombre excelente, tiene muy buenos modales y su carácter es, á mi modo de ver, sumamente apacible: esto en cuanto á lo moral. Ahora, respecto al físico, es preciso confesar que no puede darse cosa mas lastimosa: sus piernas apenas le pueden sostener, y es bien seguro que cuando tenga algunamas edad, no se meneará de un sillón.

—Así lo creo,—dijo Serafina, satisfecha y tranquilizada con las palabras de Dorotea.—Si, ese hombre es una escepcion en la naturaleza humana, y no solo nadie puede amarle, sinó que ni siquiera se atreveria él á tratar de agradar á mujer alguna.

—Perfectamente!—pensó el ama de llaves.—Ya la tenemos contenta: he acertado á probarle que M. de Ramsay es de una fealdad mas enorme que la suya.

—He aquí por consiguiente el hombre con quien quiero casarme,—añadió la señorita de Clavieres con marcada intencion,—el hombre á quien amo, Dorotea.

—Qué dicha la suya, señorita!—esclamó la criada, levantando al cielo los ojos.—¡Cuál no será su alegría al saber que ha logrado conmover vuestro corazón!

Y luego prosiguió astutamente:

—¿Quién sabe, sin embargo, si habrá llegado á sospechar algo de su felicidad?

—No,—respondió Serafina con una confianza inconcebible,—no; nunca podría figurarse que es amado... Las mujeres le han tratado siempre como á un hombre sin pretensiones, y está acostumbrado á recibir sin presuncion las muestras de su benevolencia y de su amistad. Para él la palabra amor carece de sentido, y estoy segura de que he podido manifestar mis sentimientos sin compromiso de ninguna especie: ni ha sabido, ni se hubiera atrevido á comprenderme; así es que soy todavía dueña de mi secreto.

—Presumo, señorita, que os veréis precisada á declararle vuestras intenciones, y este es un paso delicado.

—Quiero deferirlo aun por algun tiempo, quiero dilatar esta esplicacion, cuya última palabra debe ser un compromiso, una promesa de casamiento... ¿Á qué fin precipitarse para conseguir una cosa segura? ¿No vale mas llegar á ella lentamente y paso á paso?... Habladme de M. de Ramsay, Dorotea. ¿No es cierto que su asiduidad en las visitas que nos hace, prueba bien claramente lo agradables que le son sus relaciones en esta casa?

—Y que no pueden tener otro motivo que el placer de disfrutar de vuestra amena conversacion,—respondió Dorotea, gozosa de hallar una ocasion para denigrar á Felicia,—pues la presencia de la señora, vuestra cuñada, no es posi-

ble que ofrezca ningun incentivo, porque es tan seria, tan taciturna....

—Tan fastidiosa!—añadió Serafina.—Es enteramente una figura de cera blanca y de color de rosa, muy bien vestida, muy bien peinada, de mirada lánguida y melancólica, y que ni siquiera sabe sonreirse... Yo la quiero mucho, eso sí; pero no puedo menos de convenir en que es una belleza insípida, y que no ha debido tener muchos admiradores.

—Ja! ¡ja! ¡qué se yo!—esclamó maliciosamente la sirvienta:—se me figura que no mas léjos que antes de ayer se fué el señor conde de Albys en estremo prendado...

—De veras, Dorotea?—preguntó, interrumpiéndola, la señorita de Clavieres, á quien esta frase sugeria tal vez la idea que la primera tenia ya concebida.

—Estoy cierta y segura,—respondió descaramadamente el ama de gobierno,—pues cuando salia el señor conde, le oí que decia á Piter: «Madama de Clavieres es la persona mas hermosa que he visto en mi vida.»

—Ha dicho eso!—barbotó Serafina, algo admirada de que el antiguo paje de la reina hiciese semejantes confianzas á su criado; pero atendiendo á la extravagancia del personaje, se persuadió de que en efecto Dorotea podia haber oido aquellas palabras.

—Ah! ¿creeis que mi hermana haya hecho la conquista del conde de Albys?—añadió riéndose.
—Es un triunfo muy lisonjero para ella.

Y volviendo despues á su idea dominante, continuó diciendo:

—Conozco muy bien los deberes que me impongo al casarme con un hombre enfermo. Será preciso renunciar al mundo; pero encontraré la felicidad en mi casa, al lado de mi marido, y viviremos el uno para el otro únicamente. No temeré que la ambicion, los negocios y los placeres le alejen de mí, y mi felicidad estará al abrigo de todos los incidentes que destruyen la paz de las familias; no podrán asustarme ni la influencia de las antiguas amistades, ni los peligros de las nuevas relaciones; los hombres perversos y las coquetas no me disputarán á mi marido, y no le arrastrarán léjos de mí á esas fiestas que sirven de pretesto á las intrigas de amor. Al menos estaré segura de que no se atreverá á ir al baile sin su mujer.

—Diantre!—dijo para sí el ama de llaves,—¡es celosa como una tigre!

—Ah, mi querida Dorotea! todas estas ideas bullen incesantemente en mi imaginacion,—añadió la señorita de Clavieres,—y me he formado mi plan de conducta. Quiero por de pronto que M. de Ramsay se acostumbre á verme todos los dias, y que no pueda vivir sin mi presencia. Estoy cier-

ta de que ahora le costaría trabajo el ausentarse, y que no habla ya de marcharse á Ramsay á curar á sus enfermos. Hasta casi me atrevo á asegurar que no abandonará á París este verano, pues, sin pensar en ello, se ha dejado enlazar por el vínculo fuerte y sólido de la costumbre.

—¿Y si hubiese aun alguna otra razon? ¿y si estuviera enamorado de vos, señorita?—se atrevió á preguntar con imperturbable seriedad la criada.

—No.—respondió Serafina,—no; no me hago ilusiones acerca de sus sentimientos: es un alma fria, inaccesible, y jamás mujer alguna logrará hacer latir su corazon... No es esto decir que me disguste esa insensibilidad; antes veo en ella mayor seguridad.....

—¿De modo, señorita, que pensais hacer enteramente un casamiento por reflexion? Me parece, sin embargo, que profesais alguna inclinacion á M. de Ramsay.

—Sí! ¡le amo!—esclamó Serafina con un acento inesplicable de pasion áspera y profunda.

Y dejando caer su cabeza sobre la almohada, añadió:

—¡Qué noche!... ¡parece que el aire abrasa!

—Debíais procurar descansar algun rato,—dijo Dorotea, arreglando la cama:—van á dar las tres, y muy pronto empezará á amanecer.

—No puedo ya dormir,—repuso Serafina, sus-

pirando y entornando los ojos. — Retiraos, y cuando sea de dia, entrad sola, que tengo aun que hablaros.

La confidenta se marchó, y la jóven quedó entregada completamente á sus pensamientos. La conversacion anterior estimuló su pasion, y no impunemente habia pronunciado en alta voz ciertas palabras y manifestado los sentimientos encerrados hasta entonces en lo íntimo de su corazon. Temia que á pesar suyo brotarian, como esos fuegos subterráneos que, despues de ocultos por largo tiempo, estallan con fuerza; pero el ciego instinto de su pasion no le permitió preveer que aquella esplosion podria derribarla y desplomarla sobre las ruinas de sus ilusiones y de su felicidad.

Mientras que se abandonaba á estos sueños y proseguia sin descanso en sus desvaríos, Felicia se hallaba tambien dominada por una agitacion interior.

No habia podido la viuda recobrar su serenidad, ni la dichosa paz de su alma, y sin tener ningun motivo real de alegría ó de dolor, experimentaba crueles alternativas de abatimiento y de esperanza de tristeza y de vaga felicidad. Su corazon no formaba proyectos ni alimentaba deseos; mas á pesar de todo, sentia una agitacion continua y una multitud de emociones, cuya causa no

encontraba en sí misma, ni en los incidentes de su vida doméstica.

En aquella ardorosa noche velaba también en medio del silencio y de la soledad de su cuarto. Fatigada de su largo insomnio, salió del lecho, y echándose un peinador sobre los hombros, se había asomado al balcón del gabinete, para respirar con mayor libertad. La noche estaba oscura y la atmósfera húmeda y pesada. De vez en cuando prolongados relámpagos hendían las nubes é iluminaban la fachada de la casa del conde de Albys con una pálida claridad. Aquel silencio, interrumpido solo por el ruido de la tempestad, que bramaba á lo lejos, y el aspecto lúgubre del cielo, en donde se veían chocar entre sí negras y densas nubes, llenaban el alma de Felicia de un melancólico espanto, que le hizo abandonar el balcón, desde donde fué á sentarse enfrente del retrato, que parecía mirarla á través de su negro antifaz. La atmósfera del gabinete se hallaba embalsamada con el aroma que despedía la magnolia, colocada en un vaso de china que había sobre el velador.

La jóven tomó en sus manos aquella hermosa flor, y estuvo contemplando por largo tiempo la suave blancura de sus tupidos y aterciopelados pétalos, que se abrían dulcemente, dejando entrever el cáliz de color amarillento, de donde se desprendía un fuerte perfume, que trastornaba

agradablemente los sentidos.

Era como un veneno dulce y violento, que embriagaba á la jóven, penetrando en su cabeza y en su corazon.

Muy luego le pareció que vagaban en torno suyo fantasmas tristes y encantadores, y que el airado y lastimero acento de miss Diana se mezclaba á los quejidos del viento, que susurraba entre los álamos.

En aquel momento acababa de entrar Dorotea en su cuarto, y como al sacar el cuerpo fuera de la ventana para cerrar las persianas, divisó una débil claridad en el balcon, se dijo á sí misma:

—Oh! ¡oh! ¡tambien está la señora desvelada! ¿Qué será lo que la impide dormir?... ¿Estará acaso enamorada, lo mismo que la otra?... Pero de quien?... ¡No dejaria de tener gracia que fuese del cojo!.. Bah! no puede ser... No será malo, sin embargo, que no los pierda de vista.

Esta idea y las revelaciones de la señorita de Clavieres, la tuvieron por mucho tiempo sin poder conciliar el sueño, y cuando al amanecer logró por fin dormirse, tuvo un ensueño espantoso. Parecióle que se sentia transformada en cariátide, y que la figura de Serafina hacia juego con la suya, sosteniendo ambas el balcon principal dela casa mientras que Felicia, en traje de boda y con un ramillete en la mano, atravesaba el ves-

tíbulo, conducida de la mano por un gallardo mancebo.

Serafina, por su parte, se veía visitada por los sueños escapados del Tánaro, por la puerta de cuerno: se creía ya en el día de su matrimonio y delante del altar, en donde iba á pronunciar los solemnes votos; pero súbitamente y con terrible espanto le pareció que las piernas torcidas de M. de Ramsay se iban enderezando á ojos vistas, y que arrojando léjos de sí su muleta, mostraba una pantorrilla y un muslo tan bien formados como los del mas apuesto majo andaluz.

Los sueños á que da salida la puerta de marfil revoleteaban tambien por entre las colgaduras del lecho de la jóven viuda. Habíase dormido al sordo rujido de la tempestad, y veía á un hermoso trovador, que la conducia en su góndola, repitiendo el lindo estribillo de la cancion veneciana.



XIII.

Un rayo

No hay mas que un paso de la revelacion de ciertos pensamientos á un principio de ejecucion, pues cuando se ha hablado una vez, pronse decide uno á obrar.

Desde que la señorita de Clavieres manifestó á Dorotea sus secretos sentimientos, sus esperanzas y sus planes para lo futuro, se sentia arrastrada invenciblemente á realizar por fin aquella agradable novela que se estaba forjando en silencio hacia tres meses, y que se lisonjeaba terminar por un matrimonio de conveniencia, segun el mundo, y de inclinacion, segun su corazon; pero veia bastante dificil hallar un medio para preparar semejante desenlace, y solo un tercero podia entablar convenientemente una negociacion de

aquella especie. Despues de haberlo reflexiona-
de con detenimiento y madurez, resolvió confiar
esta delicada comision á la jóven viuda. Con es-
ta idea redobló las pruebas de afecto que le da-
ba, y le prodigó aquellas atenciones, aquellas pa-
labras cariñosas que tanta rabia causaban al ama
de llaves. De este modo las relaciones entre am-
bas hermanas políticas tomaron súbitamente un
carácter mas íntimo y mas tierno, y el corazon
de Felicia, penetrado ya de agradecimiento, es-
taba prócsimo á inclinarse á manifestar aquella
confianza que habia faltado hasta entonces en su
trato con Serafina.

Mientras pasaba esto, se presentó una tarde el
conde de Albys en la casa. Era esta su segunda
visita, y Dorotea, que estaba siempre en acecho,
acudió en cuanto oyó la voz de Piter en la ante-
cámara. Así que divisó al conde, que atravesaba
los salones con paso bastante ágil y con la cabeza
levantada, exclamó:

—Se ha afeitado la barba!.. ¡Vamos, esto es he-
cho!... ¡está enamorado de la viuda!... ¡Miren el
viejo loco!.....

Con efecto, el continente de M. de Albys pare-
cia anunciar un gran cambio en sus ideas y un
trastorno completo en sus hábitos, y en cuanto
entró en el salon de verano, las tres personas que
en él habia le miraron con cierta sorpresa. Un frac,
cuyos faldones, cortados á manera de cola de go-

londrina, le cubrían hasta la mitad de las piernas, habia sustituido á la bata parda; la gorra se habia metamorfoseado en sombrero, y una peluca de un color rubio equívoco, peinada sin duda por Piter, cubria con sus innumerables bucles aquella cabeza calva, oculta hacia tanto tiempo bajo un gorro negro de seda. Las antiparras y la visera verde habian desaparecido igualmente, y en vez de la ancha corbata de muselina, dentro de la cual se movia como un pelícano en actitud de decir, se habia colocado un pañuelo de raso, cuyas puntas cruzadas dejaban ver una chorrera de batista. Un alfiler montado con un enorme brillante resplandecia sobre la chorrera, y una cadena de reló, tan gruesa como un cable, le cruzaba por encima del chaleco.

—Ah, señor conde! —le gritó Serafina en tono jovial de reconvencion y dirijiendo una mirada sobre el peripuesto vejete, —si mal no recuerdo, habiamos quedado en que vendríais á vernos con frecuencia; pero sin que para ello os tomáseis la molestia de acicalaros.

—No reuuncio mas que á la mitad de mis privilegios de vecino, —contestó el conde, acariciando su barba, tan lisa como la de un seminarista, con el puño cincelado de un junco, que habia reemplazado á su muletilla: —vendré cuantas veces os dignéis recibirme, amable vecina, y permaneceré todo el tiempo que me permitais estar

en vuestra apreciable compañía.

Difícil era de sostener la conversacion en el tono sobreagudo, que era el único que llegaba á los oídos del conde de Albys. Hablar con este no era mas que una larga série de pantomimas mezcladas con algunas palabras, cuyo sentido no siempre comprendia el conde. Como vivió mucho tiempo en el gran mundo y hablaba con bastante acierto de la época en que habia sido una brillante mariposa, de las que revoloteaban en derredor de las flores deslumbradoras, abiertas á los primeros rayos del sol del Imperio, se le escuchaba sin impaciencia y sin fastidio. La misma Serafina se complacia en oírle contar los triunfos y la decadencia de aquellas altivas beldades, de las que habia sido afortunado adorador, y escitándole sus recuerdos, le hizo referir una multitud de anécdotas, en las que habia sido el héroe. Luego que hubo removido suficientemente las frias cenizas de sus antiguos amores, se contoneó orgulloso, como un veterano que se anima con la narracion de sus campañas, y dijo, sacudiendo su guirindola con un jesto inimitable de fatuidad, que habia debido aprender algunos cincuenta años antes en los salones de la antigua aristocracia:

—Hé aquí lo que era la juventud de entonces. Los jóvenes de hoy dia se figuran que valen mas que los de antaño; pero ¡ah!... no sé que decir:

o cierto es que á los treinta años están hechos unos enclenques, mientras que nosotros los hombres de otros tiempos nunca somos viejos.

—Eso es tanto mas creible, cuanto que vos os vais remozando á ojos vistas, señor conde,—dijo Serafina, dirijiendo una mirada sobre aquella ruina viviente.

La viuda estaba atónita, y recordando al viejo caprichoso, gotoso y estravagante que habia visto pocos dias antes, se preguntaba á sí propia qué motivo habia podido inducir al conde de Albys á tomar aquella apariencia de vigor y á hacerse jóven por fuerza. El médico le observaba tambien tratando de adivinar lo que habia galvanizado aquel cuerpo decrépito; pero las causas de semejante fenómeno no estaban al alcance de su penetracion.

—Os habeis retirado demasiado pronto de mundo, señor conde,—añadió la señorita de Clavieres,—y no es de personas cuerdas, dígase lo que se quiera, el abandonarlo antes de que él nos abandone, y sepultarse antes de que nos coja la muerte.

—Soy de la misma opinion,—contestó el conde con viveza:—así es que conozco que me he dado demasiada prisa á renunciar á las satisfacciones que pueda procurarse en esta vida miserable el que tiene, como yo, cien mil libras de renta. Todavía me quedan algunos años de edad viril,

que no pienso por cierto desaprovechar... Ah! mis herederos van á saber cosas que no dejarán de causarles admiracion, y estoy bien seguro de que en lo que ménos piensan es en ver resucitar al tio viejo, como suelen llamarme. ¡Dios de bondad! ¡va á ser para ellos un golpe teatral!...

El buen anciano miró involuntariamente á Felicia, y añadió despues en tono medio serio y medio jovial:

—Ah! la mayor sorpresa que yo podia darles, seria la de enviarles una invitacion para mi baile de boda.

—Piensa en volverse á casar!—murmuró M. de Ramsay,—¡pobre hombre!

—Vaya una ocurrencia!—añadió la viuda, á quien esta idea le parecia ridíeula hasta lo sumo.

Un momento despues se despidió el conde y, lo mismo que la vez primera, le acompañó la señorita de Clavieres hasta la antecámara. Felicia y el médico quedaron solos por un momento en el salon de verano.

—Querida hija mia,—dijo el último,—veo con placer que vuestro ánimo va saliendo de su apatía y que estais mas alegre y animada desde hace algunos dias.

—Sí, mi buen doctor,—respondió la jóven;—soy mas dichosa, porque comienzo á amar á Serafina... ¡Si supiéseis cuan buena y afable es para mí!... Es verdaderamente una hermana, que

el cielo me ha enviado.

—Sois dichosa.—añadió M. de Ramsay, contemplando con melancólica alegría aquel rostro apacible y encantador, en que brillaba una dulce satisfacción:—¿puedo ya ausentarme, Felicia?

—Ah! ¡todavía no!—esclamó la jóven, estendiendo el brazo con una ingénua espresion, como si quisiera detenerle, —¡todavía no!... ¡Qué gran vacío dejaría en esta casa vuestra ausencia!

Atrevióse el doctor á estrechar entre sus manos la preciosa que le tendian, y murmuró con voz sofocada por aquella dolorosa felicidad, que hacia estremecer todas las fibras de su corazon:

—Querida!.. ¡querida hija mia! ¡ah! ¡si mi amistad pudiese bastar para siempre á vuestra dicha!

Al pronunciar estas palabras, creyó ver una sombra que pasaba por detras de las persianas de la ventana enfrente de la cual estaba sentado.

—Nos observan!—dijo, rechazando precipitadamente la mano de la viuda.

—Y con qué objeto?—preguntó admirada esta; pero sin participar de la turbacion que manifestaba M. de Ramsay.—Aun cuando nos observáran, ¿qué importaría? Nada hemos dicho que no pueda ser repetido delante del universo entero.

—Teneis razon,—contestó el médico con un suspiro:—en vuestra alma pura no se alberga pensamiento alguno que no pueda decirse en alta voz, y nada hay oculto en vuestro corazon.

—Ay, mi buen doctor!—esclamó la jóven con acento encantador de injenuidad y de inocente confusion,—me llenais de remordimiento al hablar de esa manera... ¡Os he ocultado tantas cosas!.,.

—Vos, Felicia?

—Sí. Verdad es que son secretos que no me conciernen personalmente....

—Ah! ¡bendito sea el cielo! Entonces no importa—añadió el médico, tranquilizado.

Volvió un instante despues la señorita de Clavieres al salon, y lo restante del dia se pasó como de costumbre.

Cuando Serafina subió á su cuarto por la noche, encontró en él al ama de llaves, que la estaba esperando.

—Qué sucede, Dorotea?—le dijo, viendo el aire desasosegado y misterioso de la sirvienta, que se paseaba por el aposento como impaciente de la lentitud con que las doncellas desnudaban á su ama.

—Ya os hablaré cuando esteis acostada, señorita,—respondió á media voz y con un tono que anunciaba tenerle que hacer alguna revelacion importante.

La señorita de Clavieres, sobresaltada vagamente, se apresurò á despedir á las criadas, y en seguida dijo con altaneria:

—Vamos! ¿qué teneis que comunicarme, Do-

rotea? Al ver vuestra fisonomía nadie creerá sino que ha ocurrido algún desastre en mi casa.

—Y ocurren en efecto cosas desastrosas para vos, señorita,—replicó el ama de gobierno, levantando al cielo los ojos y suspirando, como oprimida por la indignación y la cólera.

—Pero qué hay? ¿de qué quereis hablarme?—preguntó la joven, reprimiendo un movimiento de impaciencia.

—Voy á decíroslo,—respondió Dorotea, articulando cada palabra con lentitud, para dar á Serafina el tiempo suficiente á sentir las penetrar en lo íntimo de su corazón como otros tantos dardos agudos y emponzoñados:—os están engañando, señorita, todos los días, á todas horas, y á vuestros propios ojos. En vuestra presencia misma se está fraguando una intriga amorosa, que nunca os hubiérais llegado á imaginar. M. de Ramsay está enamorado de vuestra cuñada; por ella es por quien frecuenta esta casa, y la señorita no le mira con ojos indiferentes.

Á las primeras palabras se habia incorporado Serafina de un salto, como una pantera herida; su rostro se cubrió de una palidez lívida, y cerrando los ojos, se quedó impassible. Después de aquella revelación guardó silencio por un momento, y pareció reflexionar. En seguida preguntó con voz cortada:

—¿Y quién os ha dicho lo que acabais de manifestarme?

—Lo he visto yo misma,—contestó el ama de llaves con frialdad.

—Dónde?..¿cómo?.. ¿cuándo habeis descubierto esa intriga?

—Hoy mismo,—respondió Dorotea con voz animada.—Cuando salisteis á acompañar á M. de Albys, estaba yo por casualidad en el jardin, detrás de las persianas de una ventaua del salon de verano... ¡Líbreme el cielo de que tenga que hacer en ningun tiempo el papel de espía! jamás he tenido ese defecto; pero sin la menor malicia dirigí los ojos hácia el interior de la habitacion. La señora estaba so'la con M. de Ramsay, y...

Aquí se detuvo y pareció titubear.

—Acabad!le —gritó imperiosamente su ama.

—Pues bien, vi entonces que la señorita se acercaba apresuradamente á M. de Ramsay y le hablaba con un acento tan tierno como nunca acostumbra á hacerlo en vuestra presencia. El parecia enteramente enajenado, y aun cuando no oia con bastante claridad lo que se decian, he creido que conversaban con mucha familiaridad: por lo menos el señor doctor llamaba simplemente Felicia á la señora, y ella á cada momento le dirigia unas miradas... Despues se tomaron las manos, ¡y entonces fué cuando vos volvisteis.

Pronunció el ama de gobierno estas palabras

con estremada volubilidad y con voz sumamente conmovida, pues no cabia en sí de gozo al considerar que habia traspasado á un mismo tiempo el corazon de Serafina y herido á la jóven viuda con un dardo tan pérfido como seguro. Gozábase en el mal que estaba causando á aquellas dos mujeres á quienes detestaba por motivos diferentes, y se decia interiormente, contemplando el rostro pálido y desencajado de su señora:

—Este sí que ha sido un golpe que le ha metido el resuello bien adentro. No parece sino que va á echar á llorar. Jamás le habia sucedido cosa semejante, al menos en mi presencia. Ya que me ha dicho tantas cosas desagradables, que me he visto precisada á sufrir sin la menor réplica, y aun dándole encima las gracias y ya que tanto me ha molestado y vejado, alguna vez habia de llegar la mia. Yo siento el mayor placer en verla de esa manera, y tal vez otra tendria miedo en mi lugar.

Con efecto, Serafina estaba espantada. Incorporada en la cama, apoyada una mano sobre la cabecera é inclinado su cuerpo hácia adelante, parecía entregada á interiores trasportes, que debian estallar con gritos de dolor y desesperacion. Jamás la antigua Meguera pudo ser representada con facciones mas horrorosas: la señorita de Clavieres, echando chispas por los ojos, con los labios amoratados y trémulos y sus rojos catellos erizados, era en aquel momento la viva perso-

nificación de una de las negras hermanas que enjendran los odios inestinguibles, los sombríos fueros y las venganzas implacables. Tuvo al fin el suficiente valor para dominarse á sí propia, y después de haberse quedado absorta por largo tiempo en aquel dolor mudo, miró á la sirvienta, que con el pañuelo aplicado á los ojos aparentaba enjugar sus lágrimas, y le dijo con voz sorda y apenas inteligible:

—Os creo, Dorotea... pero quiero no obstante verlo yo misma... Fácil será sorprenderlos... mañana los dejaré por un momento solos, y oculta en algun sitio cercano, los observaré... los veré.. oiré las palabras de amor que se digan... y seré testigo de las efusiones de su corazon... ¡Burlarme á mí de esa manera!... ¡Y yo que iba á ofrecer mi mano á ese hombre, que la hubiera despreciado, y á descubrir mi corazon á esa mujer!.

—Si os hubiéseis dignado pedirme mi parecer sobre ese último punto, habria tratado de quitaros esa idea de la imaginacion,—dijo el ama de llaves, que conocia haber llegado el momento oportuno de principiari su papel de consejera.— En fin, sois todavia dueña de vuestro secreto, y siempre esto es un consuelo.

—Sí, eso es lo que me deja los medios de vengarme,—murmuró Serafina.—Oh! ¡mañana! mañana!... ¡Qué larga es la noche!... ¡qué horrible la ansiedad en que me encuentro!... Desearia pa-

sear... salir de aquí... Oh! me ahogo en este cuarto.

Al decir esto, se levantó y empezó á vestirse.

Dorotea, creyendo que se volvía loca, principiaba á cobrar miedo.

—¿Estais atacada de los nervios, señorita?—le preguntó.—Voy á prepararos un calmante, que acaso os hará dormir.

Serafina, sin escucharla, se paseaba con ajitacion alrededor del aposento, profiriendo palabras cortadas. Dejándose luego caer como anonadada sobre un sillón, rechazó el vaso que le presentaba la criada, y dijo llorando:

—Vamos. Dorotea, aun no estoy bien segura de todo eso... Podeis muy bien haberos engañado.

—Mañana lo veremos,—contestó la confidenta.

Pero ocurriéndole luego que pasaria muy mala noche si no conseguia calmar la ajitacion de su ama, añadió con aparente sencillez:

—En último resultado, acaso tengais razon, señorita: nada he visto ni oido que pueda considerarse como una prueba positiva... ¡Cuánto me alegraria de haberme equivocado!... Seguramente que no me regañaríais por eso, pues si os he manifestado mis sospechas, ha sido únicamente por un exceso de celo. Mirándolo bien, ¿cómo es posible que M. de Ramsay se haya enamorado de la señora?]

—Si llegase á descubrir mañana que la habiais calumniado, os despedia sin remedio,—gritó Serafina, clavando en el ama de gobierno una mirada airada.

—Yo misma me consideraria indigna de vuestra confianza, y me retiraria sin necesidad de que me lo dijéseis,—repuso con altivez Dorotea, mientras que interiormente se decia:—Así como así, nada arriesgo: yo he visto lo que he visto, y tu lo verás tambien. ¡No será mala escena!

La señorita de Clavieres pasó lo restante de la noche en alternativas de furor y de abatimiento. A la mañana siguiente, á pretesto de que tenia que escribir algunas cartas, no se presentó en el comedor á la hora del desayuno; y mucho antes de la en que M. de Ramsay solia ir á la casa, se encerró en una piecesita contigua al salon de verano y que tenia otra salida á la sala de recibo.

No habia en ella ni mampara ni cortinas diestramente colocadas para observar de una parte lo que pasaba en la otra; pero Dorotea hizo en la puerta dos prosáicos agujeros con una barrena, y acercando en seguida una silla, dijo:

—Aquí podeis estar con comodidad.

Serafina se sentó trémula y ajitada: acaso sentia en aquel momento que se despertaba en ella el orgullo de la noble sangre que corria por sus venas, y quizá se avergonzaba en cierto modo de aquella infame accion, en que tenia por cómplice

á una criada: pero este vago sentimiento de dignidad quedó bien pronto sofocado por el feroz instinto que arrastra á las almas violentas á buscarse su propia desgracia.

Ya hacia un cuarto de hora que la señorita de Clavieres estaba en acecho, cuando se abrió la puerta del salon y Felicia entró en él. Colocó la jóven el ligero cestillo que contenia su labor sobre una mesa en que estaban ya los periódicos, y puso además en la misma un pupitre manuable, sobre el que solia escribir algunos apuntes cuando el médico leía. Despues dió dos ó tres vueltas por el salon con la lijereza de una avecilla que iba saltando al rededor de su jaula, cogió algunas flores de las que habia en la fuente, y bajando las cortinas de sus ventanas para evitar la demasada luz, se sentó por último delante de la mesa y se puso á bordar.

Al cabo de un cuarto de hora escaso entró M. de Ramsay.

En cuanto le divisó la señorita de Clavieres, apretó el brazo á Dorotea que, arrodillada á su lado, estaba tambien observandole y le dijo en voz baja:

—Ella no se ha turbado; pero á él se le ha inmutado el semblante así que ha visto que estaba sola.

El ama de llaves se puso apresuradamente un dedo sobre los labios é hizo seña á la jóven de que escuchase.

—Mi buen doctor, —decía Felicia, —venid á sentaros aquí, á mi lado; que tengo que regañaros mucho, mucho... Anoche estábais de un humor tan taciturno, que estoy segura de que habeis causado á Serafina un sentimiento.

—Estaría triste quizá; lo que me suele acontecer con bastante frecuencia, —repuso el médico sin acercarse á la silla que la jóven le mostraba, pues habia llegado á temer aquella encantadora familiaridad, que tan dichoso le hacia en un principio.

—¿Cómo es que no está aquí la señorita de Clavieres?—añadió á poco con voz algo cortada y pasando al otro lado de la mesa.

—Tiene que escribir algunas cartas, y todavía tardará un rato en bajar, —contestó la viuda.

El médico se asustó á la idea de una conferencia que podria prolongarse demasiado, pues ya en otra ocasion semejante se habia sentido tan débil y tan poco dueño de sí mismo, que temia la peligrosa embriaguez en que le sumerjian las palabras y las miradas de Felicia.

Esta tenia vuelta hácia él la cabeza y le seguia mostrando la silla desocupada que estaba á su lado.

—No, —dijo M. de Ramsay, dichoso y atormentado á la vez con aquellas amables instancias y buscando un pretesto para huir del peligro: —si lo permitís, querida Felicia, voy, mientras du-

ra la ausencia de vuestra hermana, à escribir una carta que habia olvidado tengo que enviar á uno de mis arrendadores.

—Aquí hallaréis todo lo necesario,—respondió la viuda, mostrándole el pupitre.—No hagais reparo en que esté yo aquí, mi buen doctor, y acabad vuestra carta con toda libertad.

Y pronunciadas estas palabras, se puso á continuar su labor, mientras que M. de Ramsay escribía.

—Os habeis engañado, Dorotea,—dijo en voz baja Serafina, clavando en su confidenta una mirada aterradora:

—Esto es inconcebible!—repuso confundida el ama de gobierno.

Durante algunos minutos nada se oyó en el salon de verano; pero á poco se levantó Felicia, y despues de buscar por un momento á su alrededor, se dirigió á la puerta, sin duda para ir por algun utensilio de bordar que habria dejado olvidado. Al llegar al umbral, se le cayó el pañuelo, y M. de Ramsay, que lo advirtió, se levantó con la mayor presteza: luego que ella salió, lo cogió con avidez, y contemplando por un instante una de sus puntas, en que estaba bordada la cifra de la viuda, aspiró el suave aroma que de él se desprendia, y aplicándolo despues á sus lábios, lo colocó en la silla que acababa de dejar la jóven.

Esta pantomima no habia durado sinó muy pocos segundos; pero era tan clara y significativa, que Dorotea dirigió una mirada de triunfo á su ama, diciéndole:

—Qué tal?

La señorita de Clavieres se levantó vacilante, pues habia visto lo suficiente, y sostenida por el ama de llaves se dirigió á su habitacion, donde le dijo á esta:

—No os habiais engañado sinó á medias, Dorotea... El la ama, aun cuando ella tal vez lo ignore... Oh! ¡yo me vengaré!... de él primero, en seguida de ella.

FIN DEL TOMO I.

Esta pretensión no había tenido sino muy pocas segundas; pero era tan clara y significativa, que Dorotea dirigió una mirada de triunfo á sus ojos, diciéndole:

—¿Qué tal?

La señorita de Claveros se levantó vacilante, pues había visto lo suficiente, y sostenida por el ama de llaves se dirigió á su habitación, donde le dijo á esta:

—No os habéis engañado sino á medias. Ahora... El la ama, una cuando ella tal vez lo ignora... Oh! ¿no me veáis?... de él primero, en seguida de ella.

FIN DEL TOMO I.

INDICE

de los capítulos que contiene este tomo I.

I.	<i>Una defuncion.</i>	pág.	5.
II.	<i>La viudita.</i>		31.
III.	<i>Serafina de Clavieres.</i>		47.
IV.	<i>La casa de Serafina.</i>		61.
V.	<i>Los interlocutores invisibles.</i>		79.
VI.	<i>La sordo-muda.</i>		98.
VII.	<i>Revelacion interrumpida.</i>		108.
VIII.	<i>Una escena invisible.</i>		118.
IX.	<i>Un descubrimiento.</i>		143.
X.	<i>Los vivos y los muertos.</i>		158.
XI.	<i>Los sueños de una noche de estio.</i>		174.
XII.	<i>Un rayo.</i>		188.

INDICE

En los capítulos que contiene este tomo I.

5	pág.	Una defension.	I.
31		La cindia.	II.
47		Sección de Clotres.	III.
61		La casa de España.	IV.
79		Los intérlocutores enrisibles.	V.
92		La zorra-avida.	VI.
108		Resolucion intravagada.	VII.
118		Una escena risible.	VIII.
143		Un descriptoimento.	IX.
158		Los rios y los mueras.	X.
174		Los sueños de una noche de estío.	XI.
188		La roya.	XII.